RAPAZ

LORENA GALL

Contenido

PRÓLOGO 3

CAPÍTULO UNO. EL DESIERTO DEL AMOR 8

CAPÍTULO DOS. PÁJARO EN MANO 25

CAPÍTULO TRES. SUEÑOS 64

CAPÍTULO CUATRO. EL CIELO SIN ESTRELLAS 92

CAPÍTULO CINCO. CONTRAPARTIDA 119

AGRADECIMIENTOS 146

PRÓLOGO

Por Diego Puig

Hacer literatura siempre por primera vez

De *Rapaz*, la primera novela de Lorena Gall, podría señalarse lo que una típica reseña de suplemento cultural de diario de Buenos Aires elegiría resaltar. Incluso, uno podría marcar, sin mayor esfuerzo intelectual, todos los casilleros que a las letras argentinas y a sus voceros los obsesionan en la actualidad. Hay, en esta muy trabajada incursión en la narrativa, una mirada y una voz femenina hablando de temas y problemas que significan mucho para las mujeres y sus relaciones en este momento histórico. Breve enumeración de temas que plantea el texto: el deseo sexual de las mujeres, embarazo y aborto, madres solteras, madres trabajadoras, relación de poder entre mujeres y hombres, edad, amistad entre mujeres, las mujeres y su familia primaria, dimensión socioeconómica en las relaciones afectivas, las mujeres en un contexto social específico, madres e hijas, planes y expectativas, la manipulación femenina. Son temas actuales y las mujeres están de moda: sus temas, sus nombres. En la calle y en la literatura.

Así, un momento particularmente revelador de la historia que cuenta Gall muestra a Magdalena Balmaceda, la protagonista de la novela, después de haber cocinado una tarta para congraciarse con un vecino. Cuando Magda intenta entregar ese clásico soborno femenino y el destinatario no atiende el llamado a su puerta, ella se siente desanimada. A Magda no le gusta estar en falta, pero tampoco pedir favores. Estos detalles no parecen corresponderse con ninguno de los arquetipos de la mujer en la literatura argentina. Al mismo tiempo, hay algo que Lorena Gall quiere narrar y va más allá de las agendas feminista y literaria del momento.

También, uno podría señalar la dimensión social de la novela. Una conciencia de clase particular queda expuesta constantemente y de manera desinhibida, frontal, sin rodeos. Magdalena es una representante de la clase media argentina, profesional, urbana y económicamente estable. El padre de su hija, Ezequiel, es un albañil de veintidós años que vive en una villa. Seguramente deberíamos celebrar el enfoque materialista de esta trama. Sin embargo, eso sería quedarnos, nosotros como lectores, en la banalidad de la superficie. Porque la novela además plantea estas diferencias sociales desde el interior de un personaje privilegiado socialmente y lo hace con la impunidad que solo permiten los razonamientos, los gestos y las maniobras de una odontóloga porteña de cuarenta

años.

Finalmente, cualquier comentario de *Rapaz* casi con seguridad hablaría de la neurosis de los tiempos actuales. Pequeños triunfos y fracasos que solo suceden en nuestras cabezas alienadas, solitarias, secretamente. Las indignaciones y ofensas fugaces que perdonamos y nos perdonan al instante para seguir viviendo. Esas que no sabemos si se acumulan o se dispersan. Nuestra neurosis queda reflejada con elegancia en la lógica budista que en un momento se intenta aplicar a la maternidad: "Un hijo te anula todos los deseos, y esa es la única forma de vivir en el presente", dice uno de los personajes.

Todas estas líneas de análisis, correctas y precisas en efecto, no dejan de ser pobres. Porque la literatura es otra cosa. Lo narrativo se juega en el momento en que Magda ve al padre de su futuro hijo desde "la jaula" del ascensor. La construcción de la imagen desde el lenguaje es lo que hace que el texto sea literatura y no un texto de opinión, una crónica ficcional o simple propaganda. A esa primera imagen se contrapone la siguiente del albañil en una musculosa que le queda chica, pectorales marcados, el signo del deseo de Magda. ¿Es que acaso vamos de jaula en jaula?

Dije antes que el trabajo de Gall en esta novela es evidente. No porque yo haya sido testigo del proceso, de los cambios, sus mutaciones, de los desafíos que presentó su escritura. De la resolución de los dilemas narrativos. El trabajo es evidente desde un primer párrafo lleno de energía: hay ritmo, fluidez y una excelente aceleración en toda la novela. Con adjetivaciones contundentes y sin que le tiemble el pulso, Gall logra que su prosa sea certera. El problema de la adjetivación en la literatura argentina actual muchas veces estriba en que los escritores no toman riesgos con el lenguaje. La influencia del realismo sucio y la edición Lish-Carveriana han secado nuestras prosas hasta límites donde el trabajo se reduce a eliminar palabras y a negar la plasticidad del lenguaje; el único recurso capaz de permitirnos narrar eso que es casi imposible de poner en palabras.

El trabajo en *Rapaz* es notable también en términos conceptuales, ideológicos, en lo que Lorena Gall tiene para decir y dice. Podría llamarse "Realismo femenino" lo que logra cuando escribe la amistad entre Ángela y Magdalena o la relación entre Agustina, la hermana de Ezequiel, y la protagonista. El registro íntimo, el verosímil de las voces es poco frecuente, más bien raro, en la literatura argentina que escriben hoy las mujeres. Las escritoras más celebradas en la actualidad suelen alejarse de cualquier registro que sea demasiado femenino. Eligen destacarse desde el extrañamiento. Abordan temas y adoptan estrategias narrativas con una pretensión de neutralidad o

distancia con respecto a lo femenino. Podría ser un hombre o una mujer escribiendo sobre mujeres. No hay diferencias. En el caso de Lorena Gall, esto nunca sucede.

El texto de Gall le hace frente a un amplio abanico de grises morales. En especial por la honestidad y la complejidad con que se explora el sentido de ser madre, las dudas con que viven las mujeres, sus miedos, la necesidad de una amiga y el abrazo maternal, que es diferente del cuestionado instinto maternal, pero que define un aspecto fundamental de lo que significa la palabra mujer y que se manifiesta en cada una de ellas desde su rol o situación. Y es justamente aquí donde la elección del título de la novela empieza a cobrar sentido. La palabra «rapaz» evoca el hambre y la necesidad descarnada que caracterizan los modos y mecanismos con los que hoy nos relacionamos; todavía más cuando «rapaz» también significa muchacho de corta edad. Jaula, privilegios y necesidad. ¿De quién? ¿Para quién? Todo confluye en *Rapaz.*

La primera novela de Gall no tiene miedo de ir siempre un paso más allá. Como cuando un espécimen de clase media se encuentra dentro de un grupo de jóvenes pobres. ¿Cuáles podrían ser las prioridades en esa situación, las preocupaciones, los desafíos, los problemas de esa temporaria minoría? Magda aporta su respuesta con un pensamiento: "¿No les llama la atención que yo esté acá?" *White people problems* o no, ese egocentrismo es revelador. Un punto de partida rico para entender por qué Magda busca la aprobación de los amigos de Ezequiel y se justifica cuando a nadie le importa lo que ella hace o deja de hacer la noche en que sale a bailar con ellos en el conurbano bonaerense.

Magdalena suele ser desagradable porque conocemos su lógica desde adentro, pero Gall no la maltrata por eso. Nunca prima la idealización, lo que convierte a la protagonista en una anti-heroína de la clase media argentina. Su lógica no carece de fundamentos porque su lectura de la realidad se asienta sobre hechos concretos y reales. No hay idealización ni saña, como cuando Magda considera respetar a las personas porque no tiene más remedio, cuando se ha quedado sin alternativas. El respeto es una imposición de las circunstancias, no la opción natural.

La misma moral, inescrupulosa si se quiere, se extiende al dominio del cuerpo. Que una mujer elija a un hombre por sus aptitudes físicas (porque entre otras cosas "no es friolento") recupera una dimensión de la realidad que solemos dejar de lado a favor de marcos conceptuales más racionales o psicoanalíticos. La novela no evade una realidad: somos cuerpos. La relación entre letras, palabras y materia, nuestra materialidad es un hallazgo de esta obra.

Sin embargo, a mi entender, el gran hallazgo de *Rapaz* es que muchas cuestiones

centrales se narran con naturalidad o se dan por sentadas desde la singularidad de los personajes y nunca como una revelación espectacular o una percepción iluminada universal. La literatura debe abrir posibilidades. En cambio, vivimos una literatura llena de clausuras. Lorena Gall evita muchos de esos caminos e intenta explorar una visión personal del mundo con un lenguaje propio. Y allí donde lo logra, es justamente donde hace literatura.

Diego Puig

Tucumán, marzo de 2019

¿Qué fruta guarda
esta tierra amarga?
¿Qué tan bueno será el amor
que nadie lo comparte?
Y si mi vida es como el polvo
que oculta el brillo de una rosa
¿Qué tan buena soy?
Sólo el cielo lo sabe.
Esta tierra amarga
¿puede ser tan fría?
Hoy sos joven;
mañana, vieja.
Y mientras tanto…

Esta tierra amarga, de Clyde Otis

CAPÍTULO UNO. EL DESIERTO DEL AMOR

Agosto, 2010

I

Cuando apareció la segunda marca en la tira reactiva tuvo que leer de nuevo el instructivo para asegurarse de que no se había equivocado. Y no. Había hecho todo bien: más de seis horas de retención; el pis no tocaba las flechas azules. Las rayas habían aparecido al minuto y ahí seguían, convincentes. Se suponía que a su edad no era fácil quedar embarazada. No alcanzaba con descuidarse un par de veces. Mucho menos en un caso como el de ella, con un solo ovario.

Tiró el reactivo a la basura y salió del baño. El estupor y la felicidad de antes se transformaron en un escalofrío violento.

Ezequiel.

¿Cómo se lo iba a contar? Ahora le parecía evidente que "poco probable" no quería decir lo mismo que "imposible" pero ¿no era un adulto capaz de cuidarse solo? No le había mentido. Le había dicho más o menos lo mismo que los médicos a ella. Si él era un inconsciente, no era su culpa.

Un hijo.

Ni siquiera lo podía decir en voz alta. Volvió al baño, miró el resultado de nuevo y se dejó invadir por una olvidada sensación de plenitud.

A las doce tenía que estar en el consultorio, pero prefirió pasar antes por la casa de Ángela, su mejor amiga. Llamó a su secretaria y le dijo que iba a llegar un poco más tarde para hacer unos trámites en la facultad.

—¿Pero si hoy hay paro?

—Algunos empleados vinieron igual —mintió. —Voy en una hora.

Antes de contestar, había pensado que la chica era una metida.

—Tengo diez pacientes citados para hoy. ¿Con qué cara les hablo?

—Todavía falta, Vanesa.

—Tenemos que completar mil quinientos formularios.

Vanesa era meticulosa y eficiente, pero en ese momento, Magda se hubiera querido deshacer de ella. Era su manera natural de resolver las cosas.

—Voy a tratar de estar antes. En cuarenta minutos llego.

Su secretaria la trataba de “usted”. En los seis años que hacía que trabajaba en el consultorio, Magda nunca había conseguido que cambiara eso.

Manejó hasta la casa de Ángela. La necesitaba. Estaban distanciadas desde la última vez que hablaron. Ángela le había dicho que se cuidara de Ezequiel, que no subestimara el hecho de que vivía en la villa, un lugar peligroso y con códigos que ella no conocía, que se estaba haciendo la boluda. Magda se había enojado y desde entonces, no sabían nada la una de la otra.

Tomó valor y salió del auto. No llegó a hacer sonar el timbre, apenas lo rozó. Si Ángela no estaba en su casa, la iba a ir a buscar adonde fuera. Tenía que saberlo antes que nadie. Respiró hondo y presionó con fuerza.

A los cinco timbrazos se resignó y la llamó por teléfono. La atendió el contestador, pero no dejó ningún mensaje porque sabía que Ángela no los escuchaba.

Atendeme por favor.

Tuvo el recuerdo de algunas situaciones en las que había experimentado una especie de telepatía con su amiga. Cuando se accidentó en la bici unas vacaciones o la vez que un perro mordió a su hijo menor y Magda supo que algo malo había pasado. Los dos episodios habían servido para apuntalar todavía más la complicidad entre ellas. Con pocas personas sentía esa unión profunda. Con la mayoría tenía que hacer “traducciones”, poner las cosas en otros términos, menos subjetivos e inciertos. Con Ezequiel, por ejemplo.

Es como hablar con un nene.

Había que soportar sus opiniones confusas, sus juicios sin matices, pero a la vez, se sentía estúpida criticándolo. Podía ser su madre. Seguro que compartiría más cosas con ella que con él, aunque no la conocía. Ni a ella ni a casi nadie del mundo del chico, excepto por algunos amigos con los que había ido una vez a bailar y por su hermana, que también había estado con ellos esa noche y a la que había visto hacía un tiempo embarazada. Magda había sentido celos. No había podido despegarle los ojos de la panza. Ahora no tenía nada que envidiarle.

Ángela no contestaba y estuvo a punto de largarse a llorar. Sentía que, de no ubicarla, no iba a ser capaz de volver al trabajo. Se iba a pasar todo el día como caminando entre dunas.

Sabía que cuando se lo contara a su familia se iba a poner igual de nerviosa. Se imaginó el juicio de su padre: “embarazada de un tipo que recién conocés. Un pibe de veintidós años sin título, sin recursos.” Se tocó las mejillas. Estaban calientes y supuso que también, coloradas.

Puedo hacer lo que se me cante. Es mi vida.

Volvió al auto y se abrochó el cinturón, pero antes de prender el motor, el teléfono empezó a sonar. Leyó el nombre de su amiga en la pantalla y sonrió.

Ángela llegó a los diez minutos.

—Perdón —dijo Magda. Y la besó.

—¿Por qué?

—Por haberte cortado el teléfono la otra vez. Te extrañé mucho.

—Yo también —se abrazaron.

Ángela hizo café y puso un budín de chocolate en un plato, unas galletitas y frutas secas. Magda se acordó de que su alacena estaba vacía. Se preguntó si con un hijo su casa se volvería un lugar más amable.

—¿Mauricio cómo anda?

—Con mucho trabajo. Y entrenando. Este sábado nos vamos a Junín. Hay una maratón importante.

—¿Ya se rehabilitó? —Magda trataba de pisar con cuidado el terreno conocido pero abandonado.

—Sí, sí, pero la pasamos mal estos meses. Yo me tuve que hacer cargo de todo, me volví loca.

—¿Fue grave, entonces?

—Grave no, pero la recuperación lleva tiempo. Recién le sacaron los clavos hace un mes.

—Uh...

—Ya pasó, por suerte.

Magda sintió que la atmósfera se había entibiado.

—Tendría que haberte llamado, pero después de la pelea quise esperar un poco.

Ángela bajó los ojos sobre la taza. El café seguía humeando. Apoyó sus manos en la porcelana caliente y los sacó enseguida.

Tiene los dedos fríos.

Sabía qué comida, qué ropa o película prefería su amiga, pero igual les tenía un poco de miedo a sus críticas. En el auto, se había preparado para plantarle cara a lo que hiciera falta. Iba a tener ese hijo.

Sí, un bebé de ese pibe. Sí, aunque él no quiera.

Ángela no le daba ningún pie. ¿Por qué no hacían contacto mental ahora que ella lo necesitaba?

—Perdoname vos. No tendría que haberme metido en tus cosas.

Magda sintió un mareo repentino y corrió al baño con una mano en la boca. Ángela la acompañó hasta la puerta. Las arcadas iban y venían, pero no pudo vomitar. Cuando salió, su amiga sostenía un vaso en una mano y una pastilla en la otra. Magda pensó que ella no hubiera tenido un gesto como ese. Se puso la pastilla abajo de la lengua. Un reflejo de precaución hizo que la retuviera.

—Pará, ¿qué me diste?

—Reliverán.

—Ah… —la tragó. —No quiero tomar cualquier cosa.

La cara de Ángela se fue transformando a medida que pasaba de la duda a la comprensión.

—¿Estás embarazada?

Magda asintió con una sonrisa temblorosa. Su comentario había sido obvio, pero igual, esperaba esa pregunta.

—¿De Ezequiel?

—Sí.

Ángela le dio un abrazo enérgico. Magda se quedó inmóvil, mirándose los pies.

—No te preocupes. Te vamos a ayudar —dijo y la soltó.

En el tono condescendiente o en alguna micro expresión de la cara, Magda reconoció la incomodidad de su amiga.

—Me imaginé que iba a pasar tarde o temprano.

—¿Por?

—No sé, me pareció que tenías ganas.

El comentario le molestó.

Ganas de que hiciera con mi vida lo mismo que ella.

Pero no quería discutir. Estaba feliz con la noticia.

—¿Ya lo hablaste con Ezequiel?

—No. Me enteré hace un rato.

—¿Y qué? Lo podrías haber llamado. A tu viejo ya se lo contaste, seguro.

Magda dejó que el silencio llenara todo el espacio y tomó un sorbo de café.

—No le dije, no.

La boca de su amiga se torció hacia un lado. La campana del celular le avisó que tenía un mensaje y ella se distrajo leyéndolo, mientras picoteaba el budín.

—¿Y no te interesa saber más nada?

—Contame lo que quieras. Tampoco te voy a andar tironeando la información –
–dijo Ángela y volvió a mirar la pantalla.

Reconoció esa actitud. Eran celos. Su amiga era demasiado orgullosa como para preguntarle si era la primera en saberlo. Podía mentirle y decirle que ya lo había hablado con otros. Podía castigarla por su indiferencia del último tiempo.

—No se lo conté a nadie. Te lo quería decir primero a vos.

La cara de Ángela se iluminó.

—¿De cuánto estás?

Magda supo que su amiga había vuelto para ella. Caminó hasta el sofá y se dejó caer con confianza.

—De unas siete u ocho semanas.

Ángela empezó a hablarle de todo lo que la esperaba, de las oportunidades que tendrían para hacer cosas juntas en familia.

—¿Y seguís saliendo con Ezequiel?

—No sé, no da para mucho. Cogemos, la pasamos bien, pero no tenemos nada que ver y además… —hizo una pausa larga.

Un hijo justifica cualquier cosa.

—¿Además qué?

—No creo que él quiera hacerse cargo. Me gustaría esperar para decírselo.

Ángela apiló rápido las tazas, como si no fueran de porcelana. Magda trató de adivinar el razonamiento que estaría haciendo su amiga.

Que no se lo digo por si lo pierdo y él se empieza a cuidar en serio.

Lo más difícil no era saber si continuaría la relación con el chico sino cómo iba a contarle lo del bebé y para qué. Miró el reloj y se levantó apurada.

—Me tengo que ir. Hoy Vanesa me agendó como diez pacientes.

—Ojo que al principio vas a estar agotada. ¿Por qué no te relajás un poco?

—Estoy bien. Mañana voy a ir al médico —sintió pudor.

Acompañame.

—Lástima que no puedo.

—Ah, no te preocupes. Te llamo cuando salgo.

Apretó las manos heladas de Ángela y las calentó con las suyas. No habían hablado de la pelea, pero habían hecho las paces. Pensó que, a lo mejor, eso era lo que tenían que hacer para seguir siendo amigas: reprimirse las ganas de contarse todo.

II

Llegó a su consultorio una hora más tarde de lo común. Miró el teléfono. Tenía dos llamadas perdidas de su secretaria y varios mensajes de Ezequiel. Habló con Vanesa y le dijo que fuera preparando sus cosas, que estaba en el ascensor. La chica le contestó que hacía más de cincuenta minutos que todo estaba listo y que los pacientes se habían empezado a quejar. Magda se imaginó una docena de situaciones como esa en las que se le haría imposible llegar a horario. Pudo ver la complicación infinita en el futuro, la logística que iba a necesitar para cuidar al bebé y pensó que había demasiado poca gente en su mundo.

Se excusó con los pacientes en la sala de espera y se apuró para entrar al consultorio. Cerró la puerta y mantuvo el brazo extendido con fuerza y la mano sobre el picaporte, previendo la interrupción de Vanesa.

¿Cómo harán las otras madres?

La imagen de Ezequiel fue su única respuesta.

Pero no.

No podía tomarse demasiado en serio la posibilidad de formar una familia con él.

Abrió la puerta y llamó al primero de la lista. Esa tarde, la mayoría eran arreglos de caries y limpiezas bucodentales sencillas, pero para el martes tenía agendadas dos operaciones en el hospital y una decena de pacientes en su consultorio. No quería que ese día terminara porque sabía que el siguiente sería peor. Se preguntó cuándo había decidido que su rutina sería esa: sola en un cuarto mustio, hurgando en la boca de la gente durante horas.

Te gusta sentir asco.

La satisfacción que le había dado la época de estudiante la había traído hasta ahí. Pensó que también ese era un momento que tendría efectos en el resto de su vida.

El celular empezó a sonar alrededor de las cuatro. Era Ezequiel. Le daba miedo su reacción tanto si se lo decía como si dejaba pasar más tiempo y él se terminaba dando cuenta cuando le asomara la panza. Estaba segura de que el chico le pediría que abortase. Al menos, al principio lo haría.

Lo conoció a fines del 2009, cuando hizo refaccionar su departamento. Ezequiel fue a reemplazar a Sergio, el peón habitual de Rubén, un albañil con mucha experiencia que le había recomendado un vecino. Lo vio por primera vez desde la jaula del ascensor: un cuerpo alto y flaco, los pectorales apretados contra una musculosa

demasiado chica. Rubén descargaba las herramientas y Ezequiel estudiaba la cuadra y la fachada del edificio.

—Este es mi sobrino —dijo Rubén en cuanto Magda abrió la puerta. Ezequiel levantó las cejas y la saludó.

Magda les indicó el recorrido desde la entrada hasta el baño principal y las vías para moverse en la casa: por el pasillo o por la puerta que unía la cocina con el living y siempre por los caminos que ella había dibujado con papeles y trapos.

—La obra le ensucia todo, señora —dijo Ezequiel. —Si no quiere mugre, no tiene que arreglar nada.

Ella lo miró seria, pero aliviada de que le dijera la verdad. Rubén propuso que aprovecharan el sol y empezaran por la terraza y Ezequiel subió corriendo las escaleras. El cuerpo del chico le pareció hermoso: fuerte y elástico. Y claro. Ser albañil sí que era un trabajo completo. El suyo, en cambio, estaba saturado de repetición y más sedentarismo del que hubiera querido. Corría y nadaba dos veces por semana, pero no era nada comparado con la cantidad de deporte que hacía antes de empezar a trabajar. Se sintió sepultada por la vejez y el futuro se le acercó de golpe como con un zoom. Vio el fin de una forma de autonomía: el de no tener ni siquiera que pensar en eso.

Se había tomado una semana de licencia en el hospital para acompañar la obra. Quería que las cosas se hicieran a su manera, pero después de enunciarle a Rubén su larga lista de recomendaciones se quedó pensando si no se le habría ido un poco la mano. Ella no era arquitecta, podía estar diciendo un montón de pavadas. Quiso atrapar el fragmento de tiempo en el que se había convencido de que tenía razón y pudo verse a los 9 años, jugando en la playa sola mientras otros chicos se divertían en grupo. La única manera que había conseguido de llamarles la atención había sido tratando de impresionarlos, armando un castillo gigante, atestado de túneles y habitaciones. Un universo jerárquico y controlado en el que ella era la reina y los demás, sus súbditos.

Escuchó el ruido del taladro y subió a la terraza para ver de qué se trataba. Rubén estaba perforando unos quince centímetros de la medianera que daba al departamento de al lado. Magda se puso nerviosa. No tenía ganas de lidiar con abogados o burócratas así que se quiso anticipar y preparó mentalmente un discurso para convencer a sus vecinos de que iban a tomar todas las medidas de precaución necesarias y que en caso de que algo se rompiera, ella se haría cargo de todos los gastos de reparación. Se arrepintió. Solo tenía que avisarles que iban a estar en obra por unos meses y que habría mucho más ruido del normal. Un poco más, y no todo el día. También les podía cocinar algo. En general, desconfiaba del altruismo, pero su vecino le

había dado muchas razones para ser generosa. La única vez que la medianera había tenido filtraciones, él no solo había pagado el arreglo, sino que incluso le había vuelto a pintar la pared completa de su lado.

Preparó una tarta de brócoli. Era un gesto amigable. Se esforzó para que la cubierta le quedara prolija además de tentadora, un primer ejercicio en retórica femenina. Bajó por el ascensor y salió a la vereda con la tarta todavía caliente y las manos engrasadas. Ya frente al portero del vecino, tocó el botón del 4to C sintiéndose ridícula. No había nadie.

Volvió a su casa, desanimada. Escuchó a Rubén y a Ezequiel en la cocina. Pensó en sus pies, rebosantes de cal y arena, la pinotea del living estropeada por el polvo. Caminó despacio, tratando de retrasar el encuentro con el caos. Se sorprendió de que tanto Rubén como Ezequiel se hubieran quitado los zapatos: habían hecho lo que hubiera hecho ella.

—Se nos murió la garrafa —se disculpó el chico. —Vinimos para calentar acá la comida, señora.

—No hay problema… —dijo Magda.

La tarta virgen se le enfriaba en las manos.

—…pero si quieren, podemos comer juntos.

Las palabras se dispararon solas. Tuvo miedo de que la situación se saliera de control y se imaginó que terminaría almorzando con dos desconocidos de ahí en adelante, todo el tiempo que durara la obra.

—Solo por hoy, si les parece.

III

Llegó al sanatorio diez minutos antes. Estaba ansiosa y le hubiera gustado ir con alguien más pero no quería empezar a pedir favores. Se puso a ver algunas de esas revistas en las que los famosos ostentan tanto su riqueza y belleza como a sus familias. Magda había estado enojada con la suya durante muchos años, pero ya se le había pasado. Se daba cuenta de que la mayoría de las cosas que había conseguido se las debía en gran medida al apoyo de su papá y de su hermano. Estaba contenta de haberse mudado cerca de los dos. Había aprendido a tolerar las excentricidades de uno, que vivía con una docena de perros, y la inmadurez del otro, que había empezado a trabajar recién a los 32

años. Ellos también habían aportado su cuota de tolerancia cuando dejaron de preguntarle si algún día se casaría y tendría hijos.

Escuchó su nombre por el altoparlante y se sobresaltó. Guardó la revista y entró al consultorio.

—Buen día —dijo el obstetra poniéndose de pie para saludarla. Magda se aseguró de que aquél fuera el médico que recomendaban en los foros. "Doctor Gruzinsky" leyó en su credencial y le apretó la mano con fuerza.

—Encantada.

—¿Tuviste un test positivo?

Magda sonrió y se sentó. El hombre le pidió que esperara mientras contestaba el teléfono. Ella trató de relajarse. Pensó que no le convenía contarle demasiado de su relación con Ezequiel. Si ese bien podía ser un bebé buscado. Era lo natural. Enamorarse, formar una pareja, tener hijos. Así podrían haber pasado las cosas. El médico cortó y buscó su historia clínica en el sistema.

—¿Ya estuviste embarazada antes?

Magda lo negó.

—Vamos a hacer un análisis de sangre para confirmar el resultado. Después, ya arrancamos con todos los controles del primer trimestre —sacó un talonario y lo completó. —Mañana te venís temprano y te hacés la extracción —le dio la orden médica. —¿Cuántas semanas de retraso tenés?

Magda titubeó.

—Más o menos, ¿te acordás de cuándo fue la última vez que compraste toallitas?

Se mordió las mejillas y las retuvo entre las muelas. No le gustaba que le hablaran como a una ignorante.

—Unas seis semanas —dijo con la voz entrecortada. —Un mes y medio, creo, pero no lo anoté en ningún lado.

—¿Y cómo te cuidás?

Magda descubrió en sus ojos un interés malicioso. Tardó en responder porque sabía que, de esa manera, tendría que explayarse mucho más en el terreno del que justamente intentaba huir.

—Preservativos —dijo, pero se previno de avanzar más en esa dirección.

¿Qué? Debe haber hasta matrimonios que usan forro...

El médico volvió sobre el tema.

—¿Tenés pareja estable?

Ella bajó la vista.

—¿Sí o no?

—No. Es alguien que estoy viendo hace poco.

—¿Pero sabés que él es el padre?

—Sí, claro. Pero él todavía no lo sabe.

—Eso es tema tuyo.

El médico movió el mouse y completó algo en el documento.

Muchas no deben saber ni siquiera eso.

Se irguió con ese triunfo minúsculo alentándola. No era justo que ese hombre estuviera pensando lo peor de ella, no necesitaba ni su conmiseración ni su desprecio. Ella había logrado muchas cosas en la vida. No era una nada.

—Sos odontóloga —dijo él con una sonrisa.

—Ahá.

De repente, lo encontró atractivo. Le miró las manos y notó su alianza.

Obvio.

—Vení a verme en unos días con el resultado, y si te da positivo, que es lo más probable, ya te hago la orden para las otras cosas. Hoy mismo empezás a tomar una pastilla por día de ácido fólico.

¿Cómo se animaba a alentarla de esa manera? ¿Y si el examen le daba negativo? Odiaba eso de las personas felices. Ella hubiera preferido que el médico la protegiera de la posibilidad de perder a ese bebé, que le diera un antídoto contra la frustración.

Gruzinsky la acompañó hasta la puerta con una mano en el hombro y antes de que saliera, lo apretó con la punta de los dedos.

—Ojalá que estés.

Magda sintió que una media se le corría por la espalda.

Estoy.

La pareja podía ser un privilegio, pero un hijo era lo natural.

Apenas cruzó el umbral, tuvo miedo de nuevo, como si fuera una pieza suelta.

Mientras manejaba hacia su casa, recordó una conversación que había tenido con Ángela a los pocos meses de que hubiera nacido su segundo hijo. Su amiga decía que, de ser por ella, seguiría teniendo bebés. Uno tras otro, hasta que fuera vieja.

—Un hijo no te va a dar las satisfacciones que te puede dar tu carrera ni la autoestima o la seguridad que te da una relación, pero por un tiempo, al menos por unos años, te va a hacer sentir que todo eso no importa nada.

Aquella vez, se había preguntado qué podía tener eso de valioso.

—Un hijo te anula todos los deseos, y esa es la única forma de vivir en el presente —había dicho Ángela.

Mientras manejaba, Magda sintió que por fin la comprendía.

IV

El examen de sangre le confirmó un embarazo de ocho semanas. Su obstetra le recetó un complejo vitamínico y le hizo las órdenes para una ecografía transvaginal y un hemograma completo. Empezó a cambiar sus horarios de sueño, pero igual se sentía cansada. Dejó muchas de sus actividades y le contó a la secretaria del consultorio, pero para la semana diez, todavía no lo había informado en el hospital ni se lo había dicho a nadie de su familia.

Tampoco a Ezequiel.

El chico la llamó varias veces desde la última vez que se vieron y le mandó algunos de sus típicos mensajes: breves, confusos y con faltas de ortografía. Magda solo le contestó uno diciéndole que tenía muchísimo trabajo. Al principio, se justificaba con el hecho de que todavía no tenía el resultado del laboratorio, pero desde que lo sabía se había dado cuenta de que había otra razón. Todavía no le habían surgido las ganas de compartirlo con él. Era feliz con su secreto.

Es que las cosas entre ellos no estaban bien. Y no era algo reciente, era algo que siempre había estado ahí, separándolos. El chico le gustaba, eso no podía negarlo, y tampoco podía decir que no lo extrañara, pero eso no era suficiente como para formar una pareja con él. Sabía que más tarde o más temprano se lo iba contar, pero empezaba a considerar la posibilidad de que la relación se diluyera sola.

No era el hombre con el que alguna vez había pensado que tendría un hijo, pero ¿había alguno con el que sí? Si se le había pasado por la cabeza, no había sido con ninguno de los tipos “presentables” con los que salió alguna vez. Ni con Dante, el apático estudiante de arquitectura con el que había convivido unos meses; ni con Esteban, el ingeniero obsesivo con el que se entendía en casi todo menos en el sexo. En general, se acostaba con conocidos de conocidos, con gente de su círculo ampliado. Y tenía amigos, pocos, pero los suficientes como para sentir que no le hacía falta un novio.

Ezequiel tampoco hubiera sido su amigo. ¿Cuánto tiempo más iba a aguantar esa relación a solas, sin ningún mundo común? Ángela no lo conocía. Eso sí que era raro. Más absurdo todavía que ni su papá ni su hermano supieran que existía.

Una vez, distanciada de Ángela, lo había llevado a cenar con su amiga Marisa y su esposo. No pensaba repetir un encuentro como ese. Marisa se había mostrado desinteresada por cualquier cosa que él tuviera para decir. Eso le había dolido. Las dos parejas enfrentadas. Marisa y Rodrigo monopolizando la charla. Ezequiel, escuchándolos con atención. Magda hubiera preferido que él no opinara de nada, pero ¿cómo hubieran sostenido el encuentro hasta el final? Cuando le preguntaron qué pensaba de la situación del país, él dijo que el problema era que acá se fomentaba la vagancia. Marisa y su marido le explicaron que sus opiniones sonaban reaccionarias. Y él dijo que opinaba por lo que había vivido. A Magda le había gustado ese gesto defensivo, aunque toda la situación le pareciera horrible. Después, llegó la fondue que su amiga y su marido pidieron por los cuatro. Ezequiel le dijo por lo bajo que le parecía asquerosa y que ella tendría que haber dejado que cada uno pidiera lo que quería. Más tarde, les contó la historia de un accidente en una obra en San Justo, la primera en la que había trabajado, pero Marisa y Rodrigo ya no lo escuchaban. Interrumpieron el relato para hablar entre ellos, para pedir el postre o atender el teléfono.

Había muchas cosas que le atraían de él. Si no, ¿por qué no lo había podido cortar en tantos meses? Le gustaba, por ejemplo, que el chico supiera hacer de todo. Su tío lo retaba por desprolijo, pero le tenía suficiente confianza como para dejarlo a cargo de la obra si él se tenía que ir.

También sabía pelear. Ella lo había visto defenderse aquel día, en el parque, cuando le quisieron robar la bici.

El teléfono sonó y ella supo que era Ezequiel. Esta vez iba a contestar.

—¿Hola?

—¿Dónde carajo estabas?

—Te dije que tenía mucho laburo.

—Pero me podías llamar igual, ¿no?

—Estuve con mil problemas.

—¿Posta? ¿Qué te pasó? —preguntó y ella no quiso seguir mintiendo. ¿Era tan ingenuo como para creerle o se hacía el tonto para insistir? Lo mejor iba a ser hablarlo en persona. Magda le propuso que se vieran al día siguiente en un bar en el que sabía que no habría nadie conocido.

Lo vio desde la ventanilla del auto. Había elegido una mesa en la vereda. Hacía frío pero como él fumaba, no quedaba otra.

Además, no es friolento.

Ezequiel la buscaba con los ojos. Magda pensó que, en su lugar, hubiera tratado de disimular la ansiedad.

Estacionó el coche cerca y se quedó mirándolo un rato. Se había puesto un jean, unas zapatillas flúo y una campera de gimnasia. Tenía un nuevo corte de pelo: casi al ras y con dos líneas rapadas a la altura de la sien. En la mesa de al lado, unas chicas se reían a los gritos. No tendrían más de veinticinco años. Magda se miró en el espejo. Movió los rulos de un lado a otro y se reforzó el delineado. Bajó del auto y él se paró apenas la vio. Se abrazaron. Ella reconoció su perfume frutal, siempre excesivo. La boca de él se chocó con su bufanda rasposa y antes de besarla, escupió la pelusa que se le había pegado.

—Hablemos —dijo Magda y lo separó de su cuerpo. Corrió la silla y se sentó.

Ezequiel llamó a la moza y empezó a tararear una canción. Magda no dejó de mirarlo ni un segundo y esperó hasta que él decidiera enfrentar la situación. Ya habían pasado por esto. Ella, flemática y pedante; él, efusivo y disperso.

La moza llegó hasta donde estaban sentados y les tomó el pedido. Una cerveza y una gaseosa.

—¿No querés una birra? —preguntó él, sorprendido.

—No.

—Vamos a tu casa, mejor.

Se acercó a ella por encima de la mesa y le mordió el labio superior. Magda lo frenó. Las cosas habían cambiado. Tenían que hablar.

Me cuido más de lo normal y listo. Y no se la chupo.

—¿No querés bailar? —propuso Ezequiel y se levantó y la agarró de la mano sin darle tiempo de que lo pensara. Una vez en la pista que se había armado al amontonar las mesas en una esquina, Ezequiel empezó a sacudirse y a saltar. Ella intentó pasar desapercibida. Se quedó lo más quieta que pudo y miró al suelo. Igual, el chico supo cómo incomodarla de nuevo y se burló de su rigidez y sus poses. Magda sintió bronca. Se contuvo, pero después, la dejó crecer. Se le acercó y le dijo que se iba.

Ezequiel la retuvo de un brazo y le dio un beso.

—No te ortivés, dale.

—Tenemos que cortarla acá —dijo ella. Su voz sonaba más lenta o como si estuviera abajo del agua. La cara del chico se transformó. Le agarró de nuevo la mano, la arrastró hasta la barra. Magda se dejó llevar.

—¿Y la mesa? Ya pedimos —dijo ella, pero él no la escuchó.

Ezequiel hizo tamborilear los dedos y entonó otra canción. No dejaba libre ninguna grieta como para que ahí se colaran las palabras de Magda. O para que repitiera lo que ya había dicho. El chico se apoyó en la barra y ella notó que los ojos se le habían llenado de lágrimas.

—Vamos a tu casa.

—Es que…

Ya no recordaba ni a qué había venido.

A contarle lo del bebé.

¿Por qué lo había cortado? El barman le tocó el hombro y él se dio vuelta con una media sonrisa. De repente, Magda dejó de verlo como una víctima de la situación. Ezequiel tomó unos tragos de su cerveza y con un dedo, corrió el otro porrón hacia el lado de ella.

—No quiero tomar alcohol. ¿No te dije recién?

—¿Tenés miedo de ponerte en pedo? ¿Que te viole?

Nunca se había imaginado esa situación. A lo sumo, había pensado que cuando estuviera borracho la avanzaría, como el primer día que estuvieron juntos.

—¿Te acordás de cuándo curtimos la primera vez? Tabas re loca vos.

Magda sonrió. Por fin volvía a experimentar la telepatía.

—Y ahora te arrepentís, ¿no?

Para nada. No le gustaba arrepentirse. No quería tentar la fortuna. Si cambiaba esta fecha o aquella otra, quizá no estaría con él, pero no tendría a ese hijo tampoco.

—Lo que pasó, pasó por algo.

—De una ¿Vamos a tu casa? Acá no se puede hablar.

Magda buscó su mesa. La coca estaba entera, la cerveza de él ya se debía haber calentado. Se acercó a la caja y le preguntó al encargado cuánto debía. El hombre hizo las cuentas y redondeó la cifra. Ezequiel hurgó en los bolsillos y sacó un piloncito de billetes doblados, pero Magda le atrapó la mano y pagó con tarjeta. Ezequiel la abrazó y le dio unos piquitos en el cuello.

—Bueno, vamos —dijo ella.

Entraron al auto. Ezequiel se metió del lado del copiloto. Abrió la guantera, revisó lo que había adentro y la volvió a cerrar. Magda se sentó frente al volante y se

puso el cinturón de seguridad. Prendió el motor y arrancó. Ezequiel se apoyó en su hombro. Cuando llegaron a la esquina, Magda frenó. El chico giró su cara para besarla. Le sacó el cinturón, le metió la mano abajo de la remera y desabrochó el corpiño. Después, le acarició la panza y las tetas con suavidad. Magda relajó los músculos de la espalda, los hombros. Ezequiel se abrió el pantalón.

—Mirá cómo me ponés la pija.

La ayudó a pasar por arriba de la palanca de cambios sosteniéndola de la cadera. Ella separó las piernas y se sentó encima de él. Ezequiel le desabotonó el jean. Su mano se abrió camino a través de la ranura y abajo de la bombacha. Después, la sacó y se chupó un dedo.

—Toda mojada.

Magda se inclinó hacia adelante y lo besó. Sintió su propio olor en la boca del chico y se excitó más.

—Cogeme —le pidió mientras presionaba el clítoris contra las costuras. Ezequiel la dio vuelta y le bajó el pantalón hasta las pantorrillas.

—Dejate la tanga.

El chico se aflojó la ropa. Magda percibió a través del parabrisas el barrio desolado. Un hombre cruzó la calle sin descubrirlos.

—Ahora metétela toda.

Magda liberó una pierna del jean. Enganchó con dos dedos la tela de encaje y se montó sobre él. El aliento alcoholizado le llegaba desde atrás en bocanadas cortas.

—Te extrañé mucho —dijo conmovido. Le soltó las tetas y bajó sus manos hasta la cintura.

—Me encanta coger con vos.

Ezequiel bordeó sus ingles con los dedos, y ella se apoyó contra la guantera para no sentir las cosquillas. El chico corrió el asiento y la empujó desde la espalda hasta la nuca. Humedeció un dedo y se lo hundió en el culo. Magda sintió un poco de dolor y chilló mientras él jadeaba. Después, lo sacó y acomodó la cadera de ella contra la suya.

—¿La sentís?

—Toda…

—Te voy a llenar de leche.

Ezequiel le estrujó las nalgas y orientó los movimientos para poder ver.

—Pedímelo.

—Acabame adentro —dijo ella.

Sintió el hormigueo en las piernas y el pecho, el ardor concentrado en el clítoris y un orgasmo lento y expansivo. Se dejó caer de espaldas mientras él besaba su pelo revuelto.

—Acabé afuera. Por las dudas.

Magda se tocó el semen de la espalda. Se dio vuelta y lo abrazó del cuello, maternal. Buscó en la guantera un pañuelo de papel y se limpió. Se acomodó el pantalón y el resto de la ropa. Cruzó las piernas y volvió a su asiento.

—Estoy embarazada.

El chico se incorporó sobresaltado.

—¿Me estás jodiendo?

—No. Ya tengo la confirmación del médico. Voy por la semana nueve.

—¿Es mío?

Ella se quedó pensando en su tono de voz. Sonaba más joven que nunca. Más incómodo que nunca. A ella la hacía feliz; a él no, pero no pensaba dedicar toda su energía a alimentar la culpa. Ella amaba a ese bebé. Era el fruto de un trabajo minucioso de creación, capa sobre capa, los pliegues de su deseo vueltos una sola pieza de carne, una pequeña escultura a escala humana que iría creciendo con ritmo propio.

No se le habían presentado muchas oportunidades de tener un hijo. Tampoco expectativas. Las expectativas habían surgido con él, con su indolencia para cuidarse.

—¿Alguna vez pensaste en tener un hijo?

Ezequiel hizo un arco con las cejas. Magda trataba de interpretar sus gestos, atrapar el fondo de su mente.

—No quiero tener un pibe ahora.

—No importa. Lo voy a tener igual.

—¿Entonces para qué mierda me lo decís?

—Para que sepas. No te estoy pidiendo nada.

—¿Y lo vas a tener sola? No te voy a dejar pagando.

—Mirá, Eze. Vos sos mucho más chico que yo. No tiene sentido que formemos una familia ni nada.

—¿Y quién te lo va a cuidar cuando te vayas a trabajar, eh?

Magda improvisó la respuesta: la mujer que limpiaba su casa; un maternal de tiempo completo; alguna amiga si el bebé se enfermaba.

—Mi vieja también te puede ayudar. Ahora está hecha mierda por el tratamiento, pero se va a poner mejor. Y además le encantan los pibes.

Ezequiel le contó que su mamá había cuidado los hijos de otras mujeres del barrio.

—Tengo un montón de amigos con pibes. Yo pensaba que más adelante, pero…

Magda puso los ojos en blanco.

—¿Vos cómo te pensás que se hacen los bebés, nene? No es cuestión de querer o no querer. Es cuestión de cuidarse o no cuidarse. ¡Y vos nunca te querés poner un forro!

—¡Si siempre acabo afuera! Por algo no me pasó nunca hasta ahora —dijo sonriendo. —¿Y esto cuándo fue?

—Hace dos meses más o menos.

—Ah, ya sé. Qué puntería.

—Igual, no fue solo una vez, ¿eh? O porque estaba indispuesta o porque…

Ahí se detuvo. Tampoco iba a desatar una pelea.

—También me la metías sin forro después de acabar y, bueno, es un riesgo.

—Estaría en pedo, yo qué sé.

Magda sintió la pesadez de la situación. No sabía qué hacer con lo que había generado, con la carga que había puesto en la vida de él al contárselo.

—La re bardeamos —dijo Ezequiel con la voz a punto de romperse. Algunas lágrimas le iluminaron la piel. Magda pasó el dedo por sus mejillas húmedas, lo llevó hasta sus labios.

—Ya se me paró de nuevo.

—¡No vamos a coger otra vez acá! —gritó ella.

—Acá no, en tu cama.

La campera se le había enrollado hacia adentro y dejaba ver su panza chata y dura.

Qué pibe más lindo.

Magda encendió el motor y manejó despacio por el empedrado. Ya en el asfalto, aceleró, buscando todas las maneras de acortar la distancia.

CAPÍTULO DOS. PÁJARO EN MANO

"En el desierto del amor, el espejismo del poder"

Horacio Pilar

Marzo, 2010

V

No la volvió a llamar desde el día que estuvieron juntos por primera vez. Tampoco se apareció en la obra, así que Magda supone que Ezequiel no debe haber resuelto los problemas que tiene con su tío. Rubén volvió el miércoles pasado y dijo que iba a terminar los retoques con un nuevo peón, pero hasta hoy no vino nadie más que él.

Antes de salir para la facultad, recibe un mensajito de Ezequiel.

"nos bemos? quiero dormir con voz y también lo otro un beso"

En general, las faltas de ortografía le producen escozor, pero esta vez no le importa, tiene ganas de verlo. Le contesta enseguida.

"Venite a las nueve. Vamos a cenar. Yo invito. Después, volvemos a mi casa."

Se le había ocurrido que iba a pasar algo con él desde el primer día que lo vio o cuando notó que él también la miraba con ganas. Ya estaba harta de los levantes del chat, de los conocidos de sus amigos. Por fin alguien nuevo, el chico más joven con el que había estado. El más lindo, también. Y la mejor primera cogida que recordaba.

Va a la cocina para tomar un vaso de agua antes de salir. Se inclina sobre el dispenser y aprovecha para ver si la mesada quedó limpia. Unas migas sueltas, grasa que solo se distingue a trasluz. Enjuaga la rejilla y repasa todo de nuevo. Chequea que las hornallas estén apagadas. Cerrada, cerrada. Siente que pisó algo blando con el talón. Desprende el pie con cuidado. Mierda. Mira hacia el piso y encuentra sobre el porcelanato brillante tres, cuatro tiritas marrones que forman una cruz chanfleada o más bien, los pétalos de una flor. El corazón se le acelera. Busca papel de diario y envuelve el excremento. Tira todo a la basura y ata la bolsa. Mira el reloj. No tiene tiempo de ocuparse de eso ahora. ¿Cómo carajos se metió una laucha en mi departamento? Sabe que el animal está ahí, vivo, recorriendo zócalos, alcantarillas y placares. Revisa las alacenas con desesperación. Si la veo me muero. Busca restos de comida, los sobres que haya podido dejar abiertos. Ahí estás. Restos de harina y unas pequeñas huellas de cinco

dedos. Desesperada, vacía todo lo que hay en la alacena adentro del tacho de basura. Mira el reloj de nuevo, su ropa de trabajo. No puedo ponerme a lavar ahora. Laura. Busca su celular y la llama, pero la chica no atiende.

Cierra la puerta de su casa con la sensación de estar abandonando un naufragio. Taconea ansiosa, se puso unos zuecos con suela que imita el corcho pero que de corcho no tiene nada porque hace ruido. Se quita un zapato y lo da vuelta. Dos chinches clavadas justo en el talón. ¿Dónde puse la pata? No puede recordar. La última vez que los usó fue el día que vino Ezequiel. Intenta sacar las chinches, pero no lo consigue. Una pinza de depilar. Un cuchillo. No tiene tiempo de subir. Piensa que el chico tendría una solución y que ella, en cambio, es una inútil. Sube al auto. Huele raro, como a podrido. La laucha. No. La comida del súper. Arranca, deja que el motor se caliente, que su mente se despabile también y resuelva el enigma, pero el olor es insoportable. Abre la guantera, revuelve los restos de papeles de golosinas que come en atracones cada tanto, son muchos, demasiados, los hace un único bollo y los mete en el bolsillo de la cartera. Cierra la tapa y olfatea como un sabueso, la cuerina polvorienta, detrás del volante, la palanca de cambios, la funda de los sillones. Es olor a animal muerto. Camina hasta Córdoba para tomar un taxi. Un chico le sonríe por el retrovisor. No recuerda haber tomado un taxi con un conductor de ¿qué tendrá, apenas 18? El mundo se volvió de repente más joven. Mira por la ventana: una policía mujer de no más de 25; una ciclista con piernas de pendeja; el portero, el paseador de perros que decide cruzarlos; el mozo que hace el delivery del desayuno; todos menores de treinta. El mundo está rejuveneciendo y ella va quedando atrás de lo que no hizo todavía. La calle está atestada, como siempre.

—¿No te conviene ir por Scalabrini?

—No, señora. Es lo mismo por cualquier lugar. Es hora pico.

—Yo voy por Scalabrini hasta Santa Fe y después agarro Junín. Hago ese viaje todos los días y te aseguro que es lo más rápido.

—Bueno, como usted diga.

Tiene que estar a las ocho en la clase. Los alumnos esperan media hora, no más. Ella detestaba cuando los profesores eran impuntuales. Hoy tiene un día larguísimo. A la tarde, más de diez pacientes en su consultorio y después… Recuerda el plan. Te invito a cenar. Tiene que ocuparse de limpiar el auto y de sacar la laucha de su departamento. Con suerte va a estar muerta. ¿Y si no? Tiene que poner una trampera. Repugnante. Mejor, veneno para ratas. No. Tampoco quiere que sufra, pobre bicho. Va a necesitar ayuda. Alguien que pueda decidir por ella.

Llega a la facultad. Firma la hoja de asistencia y sube corriendo al aula, en el séptimo piso. Las dos primeras clases tarde le hacen fama de impuntual a cualquiera, y quizá por eso ningún alumno se fue todavía. No ven la anomalía que quisiera explicarles, que ella no es así, que le pasó todo junto este mes. Alguien se ocupó de encender la computadora y el cañón, de conectar los parlantes. La oyeron cuando lo solicitó al pasar, los últimos cinco minutos de la clase anterior. Al menos, la escuchan. Deja sus cosas en la silla. La chinche del zapato suena con cada paso. Se sonríe y por un segundo, se olvida del malestar que le causaron la laucha, el olor del auto, la demora.

—Disculpen la tardanza. Tuve muchos inconvenientes, chicos, no saben.

Los alumnos hacen silencio. Magda se hace sonar los dedos. Se estira los pliegues de la camisa. Desde el fondo del aula, se escucha una tos acatarrada. Magda conecta el pen drive a la notebook y busca el archivo. Lo abre, despliega una gran foto de un fósil.

—El otro día casi terminamos con la historización de la cirugía buco maxilofacial. Me olvidé de mencionarles que, si bien la cirugía bucal surge como disciplina en el siglo XIX, se estima que el primer implante ya se hizo en el año 7000 A.C. Hay evidencia a partir de un cráneo femenino con una falange implantada en la región de premolares superiores que se encontró en Argelia. Miren acá.

Magda señala en la foto la zona específica a la que se refiere.

—Hoy nos vamos a centrar en la anestesia y con esto terminamos la introducción a la materia. Los primeros que emplearon el óxido nitroso fueron Horacio Wells y William P. G. Morton y ese fue uno de los grandes aportes de la odontología a la humanidad porque traten de imaginarse lo que sería cualquier operación sin anestesia. Una cosa tremenda, inconcebible para una persona de hoy.

Magda hace pasar varias fotos de los médicos mencionados. Los alumnos las observan y toman nota. Se escucha el golpeteo de los dedos de Magda contra el teclado.

A las doce y cinco ya está cruzando la puerta principal del edificio. Está disfónica, apenas le alcanzó el aire para terminar la clase. Está haciendo demasiadas cosas a la vez y la obra no termina.

En el bar, se sienta en una de las mesas que dan a la calle. Le toma el pedido: un bife a caballo, una tónica. Mira la nota principal del día. Le traen el almuerzo. Lo come con voracidad, pero el recuerdo de la laucha le corta el apetito.

Sale del consultorio a las siete y corre a ducharse.

Su departamento todavía está lleno de polvo. Hace días que pasa el trapo y el polvo vuelve. Con cada visita de Rubén, el caos se recupera. Le cuesta encontrar lugares

en los que apoyar su saco sin que se manche. Mugre y más mugre. Esta no es su casa, no hasta que las cosas se vean como suyas: ordenadas, limpias, ninguna cosa puesta ahí porque sí. Se termina de arreglar en el living. ¿Por qué tarda tanto? Vuelve a chequear el mensaje: a cenar, esta noche. No quedó nada claro. ¡Boluda! Lo llama. El chico atiende la segunda vez que suena.

—Hola, Ezequiel. Habla Magda.

—Hola, ya llego en un toque, disculpá, ¿eh?

—¿Dónde estás?

—Toy caminando por Medrano.

—Te espero abajo, entonces.

—Pero pará, ¿nos quedamos ahí mejor?

—No, no, vamos a cenar a un lugar re lindo, yo te invito, ya te dije, no te preocupes.

—Todo bien. Ahí te veo.

—Voy.

El taxi los deja en Borges y Costa Rica. El restaurant ocupa la esquina noroeste completa. Unas veinte personas se amontonan en la vereda. Magdalena y Ezequiel bajan y se suman a la multitud. Cuando los ve llegar, la recepcionista les pide el nombre.

—Tenemos reserva —aclara ella.

—¿Para quién?

—Magdalena Balmaceda.

La chica verifica la lista y hace una tilde.

—Por acá, por favor —dice y da dos golpes con una aldaba en la puerta de acceso. Del otro lado, abren una de las hojas para hacerlos entrar.

—Buenas noches —saluda uno de los mozos.

—Ah, ta re bacán este lugar —dice Ezequiel ni bien atraviesa el umbral.

—Se supone que no es tan caro y se come bien.

El chico la toma de la mano mirando de un lado a otro.

—Ojo que yo tampoco vine nunca, ¿eh?

El mozo los ubica en una mesa del lado de Costa Rica, contra la ventana.

—Hace bastante que quiero venir, pero no tenía con quién.

—¿Y tu guacho?

—¿Qué?

—Te estoy jodiendo.

—Bueno, pero nunca vine acá por una cosa u otra. Además, es medio nuevo, debe tener dos años —dice Magda, mientras busca al mozo con los ojos para el lado de la barra. —Mis amigos prefieren siempre otra cosa. Sushi o peruano, alguna cantina criolla, pero a mí me gusta probar comida de distintos lugares del mundo.

—¿Y acá qué vamos a comer?

—Comida nórdica, de Suecia, Noruega, Dinamarca, esa zona. Dicen que es muy buena.

—Yo le entro a todo, no te preocupés.

—¿Comiste alguna vez sushi?

—No. ¿Eso qué es?

—Son unos arrolladitos de arroz con pescado crudo adentro.

—¡Qué asco!

—No, es riquísimo. Es como el ceviche, si vamos al caso.

Ezequiel la cuestiona con los ojos.

—¿Ceviche comiste?

—No, no.

—¿Tu mamá es paraguaya también?

—¿Por qué también? —la mira sin pestañear.

—Porque es la hermana de Rubén.

–Ah. Sí, pero vive acá hace una banda. Como veintipico de años.

—Y vos naciste acá.

—Sí, soy argentino. ¿No parezco?

—¿Qué sé yo si parecés o no? ¿Cómo es un argentino?

El chico se ríe con la boca cerrada y larga todo el aire por la nariz.

—Y, como vos. Así: blanquita, rubia, con pequitas.

—No soy rubia, che. ¿Todavía no te diste cuenta?

—Bueno, lo mismo.

—Pero mirá cuántos pelirrojos hay acá, ¿no te fijaste? ¡Está lleno de pelirrojos!

—Y, no. Sos la única.

—¿Viste?

—Juego en primera.

Magda le cierra los labios con los dedos y le acaricia la mejilla con el dorso de la mano. Un mozo joven les trae el menú y apoya una cesta de madera con panes caseros y una compotera.

—Este es el paté de la casa, a base de hígado y gírgolas.

—¿Qué cosa?

—Son unos hongos salvajes riquísimos. Pruébenlos. Ahí tienen también nuestros panes de almendra.

El chico se reclina sobre su silla y pone las manos detrás de la nuca. Estira las piernas por debajo de la mesa y las choca contra los tobillos de Magda, sin dejar de mirarla.

—Cuando hayan elegido el menú, me llaman.

—Este está bien —dice Magda —¿te parece? —y señala el plato del día.

—Lo que vos quieras.

El mozo toma el pedido y se va.

—Tengo calor —dice el chico y se quita el buzo desde el cuello.

—Nunca supe cómo los hombres hacen eso.

—¿Qué cosa?

—Sacarse el buzo por arriba. Las mujeres lo agarramos de la cintura y de ahí lo damos vuelta.

—Mi hermana me dice lo mismo.

—¿Tenés una hermana?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Agustina. La Toti.

—¿Son ustedes dos solos?

—Nosotros y mi vieja.

—¿Y tu papá?

—Se murió hace una banda, cuando yo tenía cinco, por ahí.

—¿Y tu mamá no tiene otra pareja?

—No, no, un novio cada tanto, pero no le duran nada.

—¿Por qué no?

—¡Yo qué sé! ¡Preguntale!

—¿Cuántos años tiene tu mamá?

Ezequiel piensa por un rato.

—Treintipico, treintinueve, me parece.

—Es re joven.

—¿Vos cuántos tenés?

—Ya te dije. Lo mismo. Treinta y nueve.

—Ah, bueno, pueden ser amigas.

Se quedan varias horas en el restaurant. Esa noche, Magda gasta más plata que nunca. Toman dos botellas de vino, piden un surtido de postres y antes de irse, ella sugiere que prueben unos tragos. Elige uno a base de licor de maracuyá que bautizaron "Atrévete" y él, un Cosmopolitan. Cuando llega la cuenta, Magda se apura a manotearla. Lee el detalle del monto y hace sumas mentales.

—¿Es mucho? Nos re zarpamos.

—Es bastante, sí, pero es una excepción.

—¿Sos rica vos?

—Nada que ver, solo que a veces me puedo dar un gusto.

Salen del restaurant a eso de las tres.

—Te quedás, ¿no? —pregunta ella.

—¿Vos querés?

—Sí.

En el taxi, Ezequiel trata de meterle la mano abajo de la pollera y ella, mareada, lo empuja contra la puerta. Cuando el auto para, mira el contador y paga con un billete de cincuenta pesos sin esperar el vuelto.

—Hay una laucha —dice en cuanto cruzan el hall. —No sé por dónde se metió, pero hoy encontré caca en la cocina.

—Eso es porque dejaste comida abierta.

—No, no, a lo sumo dejé harina o azúcar.

—No te calentés, yo te la saco.

Magda abre la puerta del ascensor, inquieta ante la perspectiva de encontrarse su departamento atestado de lauchas.

—¿No te dan mucho asco?

—¿Vos te creés que en mi casa no hay lauchas? Ratas, comadrejas, de todo hay.

—¿Siempre? —pregunta ella sorprendida.

—Haber hay. A veces no aparecen, nomás. Una vez, un turro que vive ahí enfrente se compró una iguana y se le escapó. Y nosotros veíamos mierda por todos lados… ¿Vos viste alguna vez caca de iguana?

—No creo.

—Es más grande que la caca de laucha, es así —y separa los dedos dos centímetros. Magda saca la llave de la cartera y abre la puerta. Entran. Ezequiel retoma su historia, entusiasmado, pero Magda apenas lo escucha. Está concentrada mirando el suelo.

—…y a la semana, va mi hermana y la encuentra abajo de la estufa. ¡No quería salir la guacha! Y se la devolvimos al pibe de enfrente, pero se le murió al toque. Fija que me quiero tatuar una iguana. ¿Te imaginás, todo acá atrás en la espalda? Tiene cinco dedos en cada pata, ¿viste?

—Sí, las patas son re lindas… las escamas son como una malla de esas que usaban en el medioevo.

—Ay, sí, vos lo explicás re bien. Yo quería decir eso. Son como esas cosas de los caballeros. Re loco, ¿no?

Magda se quita el saco. Cuelga las llaves, la cartera en el perchero.

—Dejá tus cosas ahí.

—¿Qué cosas? Ah, sí —dice Ezequiel haciendo la mímica de sacarse muchas prendas.

—Bueno, el buzo. ¿Querés tomar algo más?

—No, no. Fumar quiero. Tengo una tuquita acá.

—Pero ¿qué vamos a hacer con la laucha? —Magda se apoya de espaldas contra la pared para no caerse.

—Dejala a la laucha. Mañana yo te la cazo. Ahora vení.

Se sientan en el sofá. Ezequiel saca una caja de cigarrillos y hace una tuquera de cartón. Mete el porro ahí y lo prende. Inhala hondo y se lo pasa a Magda.

—Buen faso este. Me lo pasó mi hermana que se está comiendo a un pibe que cultiva ahí en la villa.

Magda escucha una alarma interior y el estómago se le contrae.

—Tiene unas plantas así de altas —dice y levanta el brazo un metro y medio por encima del suelo.

—Ah…

Ella le da otra seca al porro y enseguida siente el efecto, el calor áspero en la garganta, las palabras acopladas del chico que van y vienen. Se para frente a él y se saca la bombacha con la pollera puesta. Ezequiel mete una mano entre sus piernas. Con la otra, se baja el cierre del pantalón y se masturba.

—¿La tenés pelirroja también?

Magda se levanta la pollera y le muestra los pelos.

—Guau.

—¿Pero el otro día no te diste cuenta?

—No, ni me acordé de mirar. Taba re cebado.

—Mnn.

—Es re linda. ¿Te puedo sacar una foto?

—¡No!

—Pero para mí nomás. No se la voy a mostrar a nadie.

—No, no.

—Dale.

Magda cierra los ojos y duda.

—Bueno.

Ezequiel busca el celular en el bolsillo trasero del jean. Saca una foto de la cintura para abajo y algunas de cuerpo entero.

—Basta —dice ella y se lo quita. Se saca la blusa, el corpiño y se desarma el rodete. Ezequiel también se desviste.

A eso de las seis de la mañana, se despierta sobresaltada. La villa. La laucha. Se descubre durmiendo en el sofá al lado de Ezequiel, con la pollera levantada. Se mueve con cuidado, tratando de orientarse antes de despertarlo. El forro anudado sigue en el piso. Magda lo agarra con la punta de los dedos y camina hasta la cocina. Lo envuelve en una servilleta de papel y lo tira a la basura. Vuelve hasta el sofá. Algo la martillea por dentro. Qué resaca de mierda. Escucha un sonido híbrido: un chillido animal o metálico.

—Chst, Eze, despertate que está la laucha.

El chico murmura algo incomprensible, manotea el buzo del respaldo del sofá y se cubre con él.

—Pará, che. Es en serio que te digo.

—¿Qué cosa?

—Que recién la escuché a la laucha, que está por acá.

—¿Y qué querés que haga?

—Que me ayudes a sacarla.

—Después.

Magda se impacienta. Hurga los zócalos, las esquinas, abajo de la mesa ratona. Ezequiel se mueve de un lado a otro.

—Shhh.

Magda camina en cuatro patas hasta el sofá y agarra la zapatilla.

—¡Pará! ¿Qué hacés?

—Nada, si la veo, le doy con todo.

—¡Pero hacelo con tu zapato, pilla! —grita enojado.

—Es que mis zapatos tienen taco. Le voy a errar.

—Y bue, pero con las mías no, sos re viva vos.

—Perdón.

Deja su zapatilla en el suelo y se para. Ezequiel se viste.

—Me duele todo.

—A mí también —dice Magda. Trota hasta el baño y vuelve con dos sobrecitos y dos vasos de agua. Reparte un juego para cada uno. Lo preparan.

—Primero la pastilla.

Ezequiel le hace caso. Magda se sienta al lado del chico y mete los dedos en su pelo negro. Desde la cocina se oye un chillido agudo.

—¡Ahí está!

Ezequiel da cuatro zancadas largas y se atrinchera contra el marco de la puerta. Magda lo sigue descalza. Asoma medio cuerpo en la cocina y pesca el palo del escobillón. Lo levanta sin hacer ruido y en un solo movimiento lo trae hacia ella, del lado del living.

—Le pegamos con esto.

Ezequiel se muerde los labios y agarra el escobillón con seguridad.

—Ahí está. Dejame a mí.

El chico camina con cuidado hacia la cocina y desaparece atrás de la puerta. Magda escucha un golpe seco, primero y un chillido, después.

—¿Le diste?

—La toqué, pero no la maté.

—¿Y las vas a matar así de un golpe?

—Si no, le tenés que meter veneno.

—No quiero que sufra.

—Es un bicho.

—Es un mamífero.

—Se te va a llenar la casa de ratas a vos.

La laucha pasa corriendo muy cerca de sus pies.

—¡Ah, me muero! ¡La sentí, la sentí!

—¿Para dónde se fue?

—Para allá, pero a lo mejor no hay una sola, ¿no?

—¡Es la misma!

Ezequiel avanza con la mirada fija en el suelo y empuña el escobillón como un arma La laucha pasa por delante de ellos otra vez. El chico le da un golpe fuerte con el canto del cepillo. La laucha queda atontada y se retuerce con movimientos lentos.

—Ay, pobrecita —dice Magda. —No se murió.

Ezequiel le da otro escobazo. La laucha se incorpora y corre en la dirección contraria a la de antes dejando un hilo de sangre en el camino. Cuando llega a al zócalo, cae, rendida.

—No la sigas torturando, matala de una…

Ezequiel se acerca hasta el animal moribundo y le da un pisotón. Los huesos crujen como ramas secas; las vísceras se asoman por abajo de la suela.

—¡Por dios! ¡Qué espanto!

—Es que le di con todo.

—La columna vertebral hizo "crac".

—Yo qué sé, a mí me pareció una tortilla.

—No, nene. Es un ser vivo. Siente. Sufre. ¿No viste la cara de terror que tenía?

Ezequiel resopla. Se mira las zapatillas. Unas vetas de sangre le manchan la puntera. —Se me ensuciaron las zapas.

—Y sí, ¿cómo se te ocurre pisarla? ¿Por qué no le seguiste dando escobazos?

—¡Pero si vos me dijiste con la escoba no! —se defiende.

—Bueno, pero nunca se me ocurrió que le ibas a saltar encima, sos un bruto. ¿No te pasó nada? A mí me dio escalofríos de escuchar eso y vos…

Ezequiel se mete en el baño y cierra la puerta con un golpe. Magda escucha la rabia de sus palabras como un eco. Justo hoy. Va a la cocina, busca papel de diario y una bolsa de residuos. Levanta el animal con la pala y siente arcadas. Mientras limpia los restos de coágulos y tripas escucha la puerta del baño, unos pasos y los dedos que Ezequiel hace sonar casi como un vicio. Pedile perdón. Los pies del chico se alejan hacia la terraza. Lo sigue.

—¿Qué buscás? Mirá que ya probé de todo.

Ezequiel le muestra un bidón de aguarrás y sonríe.

—Con esto tiene que salir.

Todavía parece enojado. Echa un poco de solvente sobre el piso y la mancha se diluye enseguida.

—Claro. Era obvio que iba a funcionar.

—Era obvio para mí.

Magda se mete en el baño y cierra la puerta. Qué hago. Se mira en el espejo y prende la luz del botiquín, tira la cadena, abre la canilla, cuenta hasta diez y sale.

—Che, no hace falta que…

Ezequiel escurre el trapo y lo tira a la basura.

—Ya fue ese trapo, eh.

—¿Y para qué lo lavaste? —pregunta Magda y lo besa.

Lo agarra de la mano y lo lleva hasta el baño. Abre la ducha y lo hace sentarse en el inodoro. Ezequiel se saca las zapatillas, una contra otra y las medias. Ella, la pollera y queda desnuda. El vapor empieza a condensarse en los azulejos, las ventanas y los frascos de perfume sobre la repisa de mármol. Magda lame las gotitas de la frente, la nariz y el bozo del chico, que se apura a meterse en la ducha.

—Ta que pela.

—Es que yo me baño con agua hirviendo.

—Tas en pedo —dice Ezequiel y mezcla el agua caliente con la fría. Prueba varias veces con las piernas, las manos, los brazos antes de empaparse.

—Así la aguanto yo. Después de un rato, la ponemos más caliente.

—Dale.

Ezequiel la abraza y hunde la cara en su cuello. Magda siente frío, pero acepta lo que le queda: el rebote del agua contra la piel de él que apenas la salpica.

VI

Al sacar las alfombritas del auto descubrió la causa de la putrefacción: una mancha de sangre que se habría caído de una bandeja de carne apareció, ya seca, pegada al piso. Probó limpiarla con detergente, después con lavandina, y ya más atenuado el hedor, mandó el coche al lavadero. El lunes se fue al trabajo en bicicleta, como había hecho durante años antes de manejar, aunque a los veinte minutos de andar recordó las otras razones que la habían convencido de comprarse un auto: andar en bici en hora pico era suicida y además, llegaba transpirada al hospital. Andar en auto la estresaba, pero al menos, no se ensuciaba y podía escuchar las noticias. Solo que entonces, tenía que buscar nuevos momentos de hacer ejercicio y cada vez tenía menos tiempo. El sábado a la mañana le mandó un mensaje a Ezequiel preguntándole si quería salir a pasear en bici por la ciudad.

El chico le contestó al rato.

“*No tengo bisi voz tenes dos para prestarme una a mi?”*

Magda le escribió que podía conseguir otra pero que no sabía si estaría en buen estado y él le respondió que se la prestara como estuviera. Como hacía calor se acordó

de regar las plantas. Una brisa suave entró por el ventanal y la puerta de la cocina se cerró de golpe. Escuchó el timbre del portero eléctrico, se asomó por el balcón y lo vio. Ezequiel la saludó con las dos manos como si estuviera muy lejos. Ella le hizo señas de que la esperara.

Cuando se encontraron en el hall, se abrazaron y besaron. Magda cerró los ojos tratando de imaginar cómo se desarrollaría la escena a continuación: se sacaría primero el pantalón, después la remera, se explorarían con los dedos… pero en cuanto ella le tocó la panza, Ezequiel la corrió hacia atrás.

—Pegué un trabajo.

Magda abrió grandes los ojos.

—¿En serio? ¿Adónde?

—De repositor en un chino. Empecé el lunes, al toque.

—¿Muchas horas?

Antes de que contestara, ella hizo un cálculo del poco tiempo que les iba a quedar para verse.

—Sí, bocha, pero hoy tengo franco. Bien ahí con la bici porque a la noche voy a salir con unos amigos.

Magda dejó que se notara su decepción.

—¿Qué pasa? ¿Me querés todo para vos?

Ella dijo que sí con una mueca infantil.

—Mentiiiiiira. Te la creíste, ¿eh?

—¿Te quedás?

—Más vale. Me quedo con vos acá.

—Mejor.

—Me quedo a vivir si te pinta.

Ella achinó los ojos como si sonriera con ellos.

—Vamos al garaje así te muestro la bici.

Caminaron rápido.

—Es esta. Me estuve fijando y me parece que está pinchada nomás. Ya compré los parches y el pegamento.

—Tomá —Magda levantó una cajita del suelo. —Y grasa para la cadena.

—Tas re equipada.

—No, lo acabo de comprar y eso que ando en bici hace mucho. Alguna vez emparché una goma, pero ahora llevo todo al bicicletero. Está acá por Gascón así que si no la podés arreglar, se la llevamos antes de que cierre.

—Mirá si no voy a poder arreglar una bici. Si yo te hice la casa.

—Son cosas distintas.

—Son lo mismo.

El chico sacó la rueda y la apoyó en el piso.

—¿Querés que te traiga unos mates?

—Dale. Bien ahí.

Corrió escaleras arriba y preparó el mate y la mochila para la tarde. Buscó algo para el almuerzo en el freezer y puso a descongelar una caja de hamburguesas. Cuando el agua estuvo lista, la echó en el termo y cargó la yerbera y la azucarera. Abrió un paquete de galletitas y las llevó para el garaje junto con el set matero. Ezequiel ya estaba manchado de grasa y había sacado la cubierta.

—Se cortó acá, mirá.

El chico le mostró la rajadura con el dedo. Después, lijó la cara posterior de la cubierta y aplicó el pegamento con cuidado.

—Ahora la dejo un ratito antes de ponerle el parche y listo, es una boludez. No vas a andar pagando.

—Es que a mí me da fiaca hacer esas cosas el fin de semana.

—Te gusta tirar la plata.

—No —se defendió Magda. No le gustaba que el chico pensara que era una inútil. —Es que no sabía si era la cubierta o la cámara lo que se había pinchado.

—Pero la cámara también se arregla.

—Bueno, sí, pero es más quilombo.

—¿Qué quilombo? Es una pavada.

Magda levantó los hombros, rendida.

—Bueno, es que no me cobran mucho. Treinta pesos por arreglarte una cubierta.

El chico se puso en cuclillas, balanceándose hasta hacer equilibrio.

—¿Querés amargo el mate?

—Sí, más vale.

Ezequiel buscó el parche en la cajita.

—Ajá.

Removió el plástico protector y puso el parche sobre la cola ya seca.

—Ahora lo sostenemos así.

—No me expliques —dijo Magda entre risas. —Parecés un tutorial.

Ezequiel se rio también. Tomaron mate hasta pasado el mediodía y comieron tantas galletitas que decidieron saltearse el almuerzo. Cerca de las tres, se subieron a las bicis y empezaron a pedalear hacia el oeste.

—¿Conocés el Parque Avellaneda? —preguntó Magda.

—Sí.

—¿Te parece si vamos para allá y nos quedamos a merendar?

—¿Pero no es re lejos?

—Son como cincuenta cuadras. No es tanto. No para estas piernas —dijo Magda golpeándolo en los muslos.

—Bueno, dale. Vamos.

Llegaron al parque a las dos horas. Habían ido a ritmo lento, paseando tranquilos, hablando en todos los semáforos en rojo. No le prestaron atención a la hora hasta que empezaron a tener hambre.

Entraron por Lacarra y ataron las bicis a un poste de luz pasando la única linga que tenían por los dos cuadros. Había mucha gente: vendedores de comida casera, malabaristas y manteros con todo lo que se pudiera encontrar en un galpón. Se acostaron de espaldas. Magda se puso la mochila de almohada y le ofreció al chico una mitad. El cielo era de un celeste intenso, con algunos cúmulos de nubes. Se quedaron dormidos enseguida.

Una hora más tarde, Magda se despertó, con la picazón del sol en la piel.

—¡La puta que lo parió! ¡Nos insolamos!

Ezequiel tardó algunos segundos en orientarse.

—¿Qué pasó?

—Estás todo colorado.

Magda le sacudió los pastos del pelo y lo tocó con la parte más fría de sus manos para aliviarlo.

—Pero si soy re negro yo. No me quemo nunca.

—Te tenés que poner protector igual. Ni nos dimos cuenta, qué boludos.

—¿Siempre?

—Bueno, en verano, sí.

—Es que tu piel es como el culo de un bebé —dijo el chico y le rozó la mejilla con la punta de la lengua. —Ah, estás hirviendo.

—¿Y no estoy como un tomate?

—Un cacho, sí —dijo él con la voz despejada.

—¿Volvemos, mejor?

—Uh, no… vinimos hasta acá. Vamos a caminar por el parque, ¿no? ¿No te va?

Le molestó que el chico hubiera rechazado su plan sin siquiera preguntarle cómo se sentía, pero igual, aceptó. Ezequiel se paró y estiró la mano para ayudarla a levantarse. Se metieron por un bosquecito de araucarias. A los pocos metros, estaban a oscuras. Los murmullos de la gente que pasaba por ahí formaban un eco gomoso entre las hojas.

—Qué lindo es acá, ¿no?

Ezequiel inhaló con exageración.

—Justo ahora que conseguí trabajo, me llamaron unos amigos de la técnica para que cante en la banda de ellos. Ya nos juntamos dos veces esta semana. ¿Te imaginás si la pegamos? Dejo el chino, de una.

—Bueno, pará, no te cebes tanto que recién te están probando.

—Ah, no, yo me cebo a full. Soy así. ¿Está mal?

—No, pero es como que estás empezando por el final. Todavía te falta hacerlo por gusto; después, si tenés mucha suerte quizá puedas vivir de eso.

—Vos sos dentista y vivís de eso.

—No vas a comparar.

—¿Por qué?

—Y porque es algo que no depende de que le gustes a un público, que otros te valoren. Una vez que tenés el título se supone que estás calificada para trabajar en cualquier lugar.

—¿Vos decís que a nosotros no nos va a mirar ni mi vieja?

—No sé, Eze. Nunca escuché la banda. Por ahí está buenísima o es una cagada.

—Está buenísima.

—Pero eso lo decís vos y como vos sos parte, no podés juzgar.

—Yo sí que puedo juzgar. Mi vieja me dijo que desde chiquito tengo el re oído.

—No digo que no.

—Entonces haceme caso, te digo que la vamos a romper.

—Pero ¿cuándo? ¿Van a tocar ahora, dentro de poco?

—Ya vamos a tocar. Por ahora ensayamos en la casa del Leo, ahí en el Bajo.

—Y bueno, ¿ves lo que te digo? Falta mucho todavía. Tienen que mostrarse en vivo un montón de veces, hacerse un público. Después, no sé, sacarán un disco, algún video.

—Uh, sí, re flashero. Un video bailando.

Ezequiel se puso a hacer unos pasos de reggaetón. Ella lo miró e hizo un paneo por el bosquecito.

—¿Qué pasa? Tenés miedo de que me vea alguien, ¿no?

Magda se puso todo lo seria que pudo.

—¿Te cagás de risa de mí?

—No, no, Eze. Es solo que me hizo gracia verte acá bailando, así, de la nada.

—Sos muy perseguida vos.

Sintió una vergüenza súbita, como si la hubieran descubierto haciendo trampa.

—Vení, a ver.

—¿Qué?

—Sí, sí, ¿te gusta bailar?

Magda asintió con desconfianza.

—Mové el orto, dale. —Ezequiel empujó las caderas de atrás para adelante, primero, despacio, y después, rápido. —Perreame un poco.

—¿Acá?

—Si no te ve nadie.

—Ahí pasa gente.

—Que la chupen.

Magda apoyó las manos sobre las rodillas y movió las caderas sin dejar de mirarse las piernas. Interrumpió varias veces el baile para empezar de nuevo.

—Esto es serio. Fiestero pero serio.

—¿Qué querés decir?

—Que es importante, corte que tenés que ponerle todo.

—A mí me gusta bailar, pero en un boliche, de noche, no acá.

—A mí me gusta bailar cuando me pinta.

Ezequiel caminó hasta un árbol y se sentó. Sacó de su pantalón una bolsita con marihuana. La picó con los dedos y armó un porro. Lo prendió y le dio unas pitadas. Se tumbó con todo su peso contra el tronco sin siquiera mirarla para convidarle. Magda rescató el porro de entre sus dedos, fumó un poco y se apoyó en él.

—Empecé a escribir una letra, pero no me sale nada.

—Y, es difícil… —dijo ella.

—Pero tengo bocha de cosas que decir. Vos sabés todo lo que yo viví...

Magda hizo silencio. No quería que se pusiera oscuro ni que le contara cosas de su vida que le pudieran dar miedo. Pensó que con lo que sabía de él le alcanzaba.

—¡Mirá! —gritó ella mientras le señalaba un nido de hornero.

—Por acá está lleno.

Ezequiel dio otra pitada al porro y se lo pasó. Buscó una ramita y empezó a escribir en la tierra con surcos profundos. Dibujó un pájaro con las alas desplegadas y un elefante con bastante detalle: la trompa en el aire, las orejas dobladas por el movimiento, la cara torcida hacia el frente. Ella siguió sus trazos, hipnotizada. Después, agarró un palito y se puso también a dibujar: una flor, una estrella de cinco puntas.

—¿Así de derechito dejás los dientes?

Magda largó una carcajada.

—Vos dibujás muy bien.

—¡Yo ya sé que dibujo bien, pero bailo como el culo! —dijo el chico con una media sonrisa.

—¡Para nada! Yo no puedo dibujar sin copiar.

—A mí me gustaba plástica —dijo el chico.

—Fuiste a una técnica, ¿no?

—Ajá.

—¿Y terminaste? —preguntó Magda, aunque se arrepintió muy pronto de haberle preguntado eso.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque soy vago, no sé. La que sí va a terminar es mi hermana. Ella es la inteligente de la familia.

—Hay un montón de programas para terminar rápido el secundario.

—Naaaa —Ezequiel le dio un apretón en los hombros. —El año que viene veo. Es que… —Movió la cabeza con preocupación. —Son todas las cosas juntas. Mi vieja está enferma —la voz se le quebró. —Se lo dijeron el otro día. Cáncer de mama. Ahora parece que la tienen que operar, todo mal.

Las lágrimas le cubrieron la cara. Magda lo abrazó. Ezequiel se secó los ojos y la transpiración con la remera y pasó su mano por los bucles de ella.

—Alto pelo.

Magda lo acarició por la espalda y siguió hasta el nacimiento del culo. El porro le había pegado bien, como si se despertara de una buena siesta. Tomó una mano del chico y se la puso abajo del corpiño. Ezequiel la sacó en un acto reflejo.

—No me pinta garchar ahora. Te quería contar lo de mi vieja.

Magda bajó los párpados para tapar la vergüenza.

—Me gusta hablar con vos porque me decís cosas re flasheras y yo me quedo pensando bocha después, toda la semana pienso, corte va a pasar esto o lo otro, como si supieras.

Magda sonrió con los labios pegados.

—Vos solamente me querés coger, ya sé —dijo el chico.

—¿Qué?

Ezequiel hizo una pausa larga y se puso de pie.

—Mi vieja está hecha concha y a veces me pega re bajón cuando pienso en eso.

—¿Pero qué tan mal está? —no sabía qué decir.

—Y… la tienen que operar en quince días. Le van a sacar todo.

—Una mastectomía.

—Ah, vos sos la doctora, explicame vos.

—No soy doctora, Eze. Soy odontóloga. Como hago cirugías también tengo formación en medicina, pero no soy médica. Ya sé que a vos te gusta decirlo, pero…

—No, no. Está bien: odontóloga. No te lo digo más.

El chico se sacó el pasto.

—¿Vamos?

Magda se miró el cierre del pantalón a medio bajar. La remera afuera. Se acomodó la ropa tratando de que él no lo notara y se levantó.

—¿Querés que volvamos a mi casa?

—Sí, dale, toy fusilado.

—Trabajaste mucho ayer, ¿no?

—De ocho a ocho, olvidate.

Ezequiel se pone los auriculares del celular y elige una lista de canciones. Magda se queda pensando si debe decirle que se lo saque, que es peligroso además de antisocial, pero sabe que también puede llegar a disfrutar de esa forma todavía inexplorada de estar juntos. Ezequiel se adelanta bastante, unos cincuenta metros. Magda le grita que doble en la esquina siguiente, pero con los auriculares es imposible hacerle saber nada. Se enciende la luz roja del semáforo y una avalancha de autos cruzan la avenida Rivadavia de sur a norte. Ezequiel es apenas una mancha en la marea de autos, menos que eso, un punto. Cuando Magda retoma el ritmo ya no está segura de que el chico haya seguido por la avenida. Piensa que, de todos modos, no pasa nada si vuelven cada uno por su lado y se reencuentran allá, en su departamento, habiéndose olvidado de la pelea del parque. Qué pelea. Un desacuerdo como mucho. No puede

pelearse con él. No tan pronto. No puede repetirse con alguien tan distinto de los tipos con los que suele salir. Si es un cachorrito. Si ella podría romperlo con muy poco. No deberían haber salido en bici ni de día. A lo mejor, la suya es una relación para la noche, para bailar sin público, aunque él quiera otra cosa.

Cruza el Parque Rivadavia. Ahí está. La espalda sudada del chico se deja ver en la vereda, casi llegando a la esquina del Pasaje del Maestro. ¿Qué está haciendo? La bici apoyada contra el poste de luz. Es él, ¿quiénes son ellos? Dos chicos se le enfrentan. Magda pedalea lo más rápido que puede, la sangre le fluye por los muslos, le calienta los cuádriceps como cuando entrena. Ezequiel está cada vez más cerca, la remera empapada que ya siente familiar, los bíceps endurecidos por hacer fuerza con los puños cerrados. ¿Qué pasa? Uno de los chicos le tira una piña frontal, Ezequiel se cubre, esquiva el golpe, devuelve la trompada, pero en ese lapso, el compañero del otro, que seguía inmóvil, se corre hacia la derecha para tratar de tocarlo y recibe un golpe cruzado en la sien. Cae al piso inconsciente y el pómulo se estrella contra las baldosas. Ezequiel aprovecha su debilidad y le da una patada en las costillas.

—¡Ayuda, paren, paren! —grita Magda, que ya está al lado de ellos.

El chico que sigue de pie mira a su amigo, busca entre los espectadores la solución, pero Ezequiel lo acecha, lo arrincona. El desconocido le lanza una patada y no le da; Ezequiel le golpea la base del cráneo con una piña lateral, pero el otro recobra toda la fuerza y le acierta con un gancho en la mandíbula.

—¡Au! —grita Ezequiel. La sangre riega la vereda. —¡La muela, hijo de puta!

El desconocido lo intenta derrumbar con una patada, pero Ezequiel le atrapa el pie en el aire y lo hace caer, se tira encima de él y lo trompea. El desconocido se cubre con los codos juntos y hacia arriba.

—Ya está, ya te la dimos —dice con un hilo de voz.

—¿A quién se la dieron, gato? Yo te la estoy dando, cagón, puto de mierda.

—Basta, Eze. Vamos, dejalos —pide Magda, llorando.

El chico que se había desmayado se incorpora. Se agarra la cara con las dos manos.

—Ya te la dimos la bici, tomatelá.

—Te voy a matar —dice Ezequiel.

—¡Basta, por favor! —grita Magda y lo tironea para hacerlo mover. La gente empieza a acercarse desde el parque. Un policía trota en dirección a ellos.

—La yuta, rajemos —dice uno de los chicos y ayuda a su compañero a levantarse. Cruzan la avenida sin esfuerzo, esquivando los autos en un solo zigzag. Corren hasta la esquina y desaparecen por Campichuelo.

Magda y Eze se suben a sus bicicletas y pedalean a toda velocidad hasta que la figura del policía se confunde con el resto de la gente y se vuelve imperceptible.

A las diez cuadras, Magda le hace señas a Ezequiel para que pare.

—¿Cómo estás?

De la boca del chico asoma un gusanito de sangre.

—Me hicieron mierda la muela. Ahora después llegamos y me lavo.

—Estamos cerca. Déjame verte acá —dice Magda y apoya la bici contra un edificio. Ezequiel se baja de la suya y corre el soporte con la punta del pie.

—Sí, está para remover. Vamos a casa, nos bañamos y después te llevo al consultorio. ¿Querés?

Ezequiel le agradece y la abraza. Ella lo rasca desde la nuca hasta el remolino del pelo y se muerde los labios. Su corazón late acelerado.

—¿Por qué te pusiste así, che? ¿Por la bici?

—Es que no era mía, mirá si la tengo que pagar.

—¡Pero tu vida es mucho más importante, nene! Y esos pibes podían estar armados.

—¡Qué van a estar armados!

—Nunca sabés.

—Te das cuenta. No te miran a la cara. Si tienen fierros te miran a la cara.

—Bueno, pero igual. Pueden tener una faca, un cuchillo.

Ezequiel niega, convencido. Se toca la mejilla y aúlla de dolor.

—¿Vamos?

—No te podés poner tan loco por una cosa así. Sos un inconsciente.

—A mí no me van a agarrar más. ¿Sabés cuántas veces ya me chorearon?

—No importa, Eze. No te vas a hacer matar por algo que se puede comprar.

—Yo no me la puedo comprar.

El chico se sube a la bici. Magda lo sigue con velocidad, le grita entre los bocinazos, pero él se adelanta otra vez, como si quisiera perderla a propósito.

Entran las bicicletas por el garaje y las atan juntas.

Las llaves que Magda tiene en la mano hacen un suave tintineo. Suben la escalera de servicio hasta el primer piso. Salen al palier y entran al ascensor. Ezequiel se

sostiene la muela con la palma abierta contra la mejilla. Traga saliva sin separar los dientes.

—No hagas tanta fuerza porque es peor —dice Magda. —Esperá que lleguemos.

Ezequiel entrelaza sus dedos con los de ella y la besa. El panel marca el 4to y el ascensor se detiene.

—Llegamos.

Abren la puerta y el chico se tira sobre el sofá, la mano todavía en la mandíbula.

—Venite acá, al lado mío.

—Pará que me lavo antes.

En cuanto vuelve del baño, Ezequiel la atrapa con el brazo que dejó suelto.

—Vení, dale.

—A ver… sacá la lengua todo lo que puedas.

Ezequiel abre la boca mientras le acaricia las piernas. Magda busca una linterna en su cartera y le apunta con el haz en el lugar de la herida.

—Sí, te la tengo que sacar. No es urgente. Te lo puedo hacer en un rato o mañana. ¿Te duele mucho?

—Un poco…

—¿Querés que vayamos al consultorio?

—Lo que vos digas. ¿Me puedo bañar? ¡Tengo un chivo!

—Sí, claro. Yo, mientras, preparo la cena.

—Sopita, por favor.

El chico acerca su cara a la de ella y la mancha con sangre. Ella lo empuja, impresionada, y corre al baño a lavarse.

VII

Ezequiel le contó que en el secundario había ido como cincuenta veces a bailar a *Los reyes*, un boliche de Morón. Ese sábado quería ir de vuelta con algunos amigos y decidió invitarla. Le dijo que su hermana iba a estar con sus compañeras de la técnica, que por fin conocería a su gente. Desde que se veían, nunca habían salido con otras personas. Cuando se lo propuso, Magda estuvo tentada de decirle que mejor fueran al cine, pero terminó por aceptar. Siempre era preferible hacer algo distinto.

—Qué raro que te guste salir con tu hermana menor —le comentó ella.

—Re vigilante yo.

—¿Es para controlarla, en serio?

—Sí, pero la Toti se zarpa.

—¿En qué sentido? ¿Que coge con el que se le da la gana?

—Con quién no coge es la pregunta.

—¡Como vos, caradura!

—Es una mujer, es distinto. Y además se toma todo.

—Bueno, pero vos no sos el papá. Sos el hermano. No te tiene por qué hacer caso.

—No digo que me haga caso, pero yo la cuido. ¿Qué? ¿Si tu hermano la re bardea vos no le vas a decir nada?

—Si yo me la paso bardeando supongo que no.

—Yo no me como a todas las pibas que se me cruzan.

—Bue…

—No boquiés porque no tenés una hermana menor.

—Tengo un hermano menor.

—Es diferente, nada que ver.

—¡No! Es lo mismo.

—Yo soy como su papá. Ya te conté de mi viejo, ¿no?

Magda no respondió, confundida. —No es algo que yo me lo inventé. Yo soy el hombre de la casa —dijo el chico, posando.

—Lo único que importa es si no se cuida cuando tiene relaciones, me parece. ¿Se cuida?

—Yo qué sé. Por ahí no. Es que para ella es todo lo mismo. Todo bardo.

Magda miró la hora en su celular.

—¿Qué? ¿Ya te aburrí?

—No, pero tengo mucho que hacer. Si vamos a salir mañana, ahora me voy a poner a trabajar.

—¿A esta hora? ¿Si son como las ocho?

—Sí, sí, tengo que entregar un paper para un congreso la semana que viene.

—¿Un qué?

—Una ponencia.

—Ah. ¿Sos famosa vos? ¿Escribís libros?

—No, libros no. Pero todos los profesionales se tienen que actualizar, hacer maestrías, capacitaciones, ir a congresos. Es normal.

—No, seguro que sos re grosa vos. Si hablás como un profesor.

—Es que doy clases, pero no soy famosa. ¿Querés que te acerque a la parada?

—Dale, sí. Me tomo el 132.

Se detuvo pensativo.

—¿Qué?

—¿No me puedo quedar?

—Hoy no, Eze. Mañana sí. Cuando volvemos ya te quedás a dormir.

—Hoy también, dale.

Ezequiel se le tiró encima y ella lo esquivó apretándose contra la pared.

—No puedo, tengo que trabajar y si te quedás, vamos a boludear.

—A boludeaaaar, sí, en la cama —dijo el chico acercándose a ella.

—No, no, basta.

Magda lo separó con suavidad y descolgó las llaves del auto. Media hora más tarde, lo dejó en Rivadavia y Acoyte.

Cuando se acostó esa noche, cansada de leer, pensó que a lo mejor se había equivocado en aceptar la invitación. Sabía que no necesitaba mucho más que lo que ya tenían, pero también, sospechaba que ese encierro feliz no podía durar para siempre. Sintió el perfume del chico y hundió la nariz en la almohada. Cerró los ojos y lo sintió encima de ella, las manos recias tirándole del pelo, su cuello arqueado hacia atrás más de la cuenta. Abrió las piernas. Se acarició las nalgas, se frotó el clítoris, que estaba duro como sus pezones y acabó de golpe.

No puso el despertador y durmió hasta no tener más sueño. Se levantó contenta, con ganas de verlo. Hizo mate y se puso a estudiar.

Recién a las nueve de la noche empezó a prepararse para salir. Abrió la ducha para calentar el ambiente y se desvistió. Al quitarse las medias, decidió que las uñas de los pies no podían seguir así de largas. El agua seguía corriendo. En el espejo del botiquín ya se podía dibujar con el dedo. Escuchó el timbre y frustrada, cerró la ducha.

—Soy yo —dijo Ezequiel a través del portero.

—Fijate si no está con llave —respondió ella y apretó la tecla que abría la puerta.

—Listo.

—Subí.

Magda lo hizo pasar al departamento. Ezequiel cruzó la puerta mirando hacia todos lados, como si fuera la primera vez que iba. Se limpió varias veces los zapatos en el felpudo.

—Te quedó alto rancho, ¿eh?

—Lo hiciste vos. Y Rubén.

—¿Cuándo pintaste esa pared? —preguntó señalando el fondo de color durazno.

—El fin de semana pasado, ¿ayer no la viste?

—No la vi, no.

Ezequiel se sacó la campera y la dejó en el perchero. Caminó hasta el centro del living y se sentó en uno de los brazos del sofá. Magda lo examinó como él a su departamento y también lo notó cambiado. El pantalón negro estaba planchado al estilo antiguo, con la raya sobre la pierna, y se había abotonado la camisa hasta arriba. El pelo le brillaba de gel. Lo único que reconocía era el perfume frutal que inundaba el living.

—¡Te vestiste de señor!

—Es que donde vamos es re cheto.

—Yo también me tengo que producir, entonces.

—Más bien.

—¿Estás seguro de que voy a poder estacionar cerca?

—A la vuelta nomás.

—¿Y no es un lugar medio peligroso?

—Naaa. Es en Morón —dijo él.

—Esperá que termino de prepararme.

—¿Todavía no te bañaste?

Se hizo la distraída.

—¿Te olvidaste? —preguntó Eze con la mitad de su voz.

—No, no ¿Cómo me voy a olvidar? Pero hoy se me pasó el tiempo volando. Estuve estudiando toda la tarde.

—Uh, perdón.

Ezequiel caminó hacia el balcón.

—Me baño enseguida —dijo ella tratando de darle seguridad. —No me tengo que lavar el pelo así que son cinco minutos. Después, me cambio, me maquillo y salimos.

El chico hizo un gesto de aprobación con la mano y abrió una hoja de la puerta balcón. Se asomó, miró la calle y la cerró de nuevo.

—En la heladera hay cervezas —dijo ella y se escabulló en el baño. Abrió la ducha y se metió abajo del chorro hirviendo con los ojos cerrados y la boca abierta. Estiró la mano y corrió la cortina. Sintió el chirrido de los aros sobre el metal y el ritmo uniforme de la lluvia contra la loza.

—Ya comiste, ¿no? — gritó. Las palabras se le atragantaron con el agua, pero el eco de la respuesta le alcanzó para entender que sí.

—Ah, porque yo picoteé algo, pero tengo hambre todavía. Después compramos unas empanadas por ahí.

—¡No te entiendo nada! —creyó que le decía el chico.

Magda cerró la canilla.

—Poné música si querés —dijo lo más claro que pudo. —Ahí atrás hay un montón de cedés.

Abrió otra vez la ducha y se preguntó qué música pondría.

Tiene que haber algo que nos guste a los dos.

No se le ocurrió ningún ejemplo.

Se frotó con calma, tratando de no hacer ruido para adivinar la elección del chico. Ezequiel no puso nada. El silencio era cada vez más nítido.

¿Se habrá ido?

Se apuró a terminar. Se secó rápido y abrió la puerta. Ezequiel estaba en cuclillas frente al equipo y se dio vuelta en cuanto la oyó. Tenía el librito de un cedé en la mano.

—No pusiste nada, al final ¿No te gusta mi música?

Ezequiel movió la cabeza, negando, afirmando.

—No conozco a ninguno de esos.

Guardó el librito con cuidado en su caja y lo devolvió al estante.

—¿Y cuál estabas mirando?

—Este —le mostró la tapa de *Oktubre*.

—Ponelo… —dijo ella y se acercó a pasos rápidos, sacó el cedé y lo metió en la bandeja. —¿Te gusta? —le preguntó en cuanto empezó a sonar.

—Seee. ¿Vamos? —la apuró.

—Dame cinco minutos.

Subieron al auto una hora más tarde.

—Voy por Rivadavia derecho, ¿no?

Había buscado el itinerario, pero prefería que él la guiara.

—Sí, sí, hasta el quince mil, por ahí.

A los cuarenta minutos de salir, detectó el cartel luminoso de *Los reyes.* Miró el reloj del panel. Eran recién las doce y media. Ezequiel le contó que sus amigos le decían por mensaje que lo iban a esperar en alguna esquina cercana una hora antes de entrar. El chico intentó hablar con ellos, pero no había buena señal.

—A lo mejor, no tenés crédito —sugirió Magda, a la vez que le ofrecía su teléfono.

Ezequiel no quiso aceptarlo y a ella le pareció lógico. Podía ponerse en sus zapatos, entender su orgullo que le rechazaba su crédito ilimitado, aunque no sabía cómo hacerlo sentir bien. También ella estaba incómoda en un lugar que ni conocía y al que nunca hubiera ido sola.

Ezequiel volvió a probar con su celular, pero no pudo hacer ninguna llamada y decidió usar el de Magda. Copió los datos y mandó un mensaje.

—Llamalos.

—No, no.

—¿Pero les aclaraste que sos vos?

—Se van a dar cuenta.

—Si no contestan al toque, llamalos, por favor.

—Bueno —dijo Ezequiel, torciendo la boca hacia un costado. Y lo hizo.

—Están acá a dos cuadras. Vamos.

Por un minuto, Magda había preferido que no le contestara nadie, que tuvieran que volver, pero cuando lo atendieron, se dio cuenta de que la sensación de inseguridad no era solo desagradable. Bajó del auto, se ajustó el lazo del saco. Ezequiel dio la vuelta por atrás del coche y empuñó su mano con fuerza. Magda sintió la humedad de su piel. Lo besó en la mejilla. Ezequiel buscó su boca y reafirmó el contacto. Caminaron juntos hasta la esquina en la que habían quedado con los otros y por fin los vieron.

—Ahí están.

Había dos chicos sentados en el umbral de una casa que parecía abandonada, otras dos chicas paradas en frente de ellos y un grupito mixto en el cordón de la vereda, fumando porro y tomando cerveza del pico. Magda se preguntó si arreglada como estaba pasaría por una más. Se había puesto su vestido favorito, el de jersey semi ajustado, medias y unos zapatos de taco que casi nunca usaba porque la hacían sentir enorme, pero como Ezequiel era el hombre más alto con el que había salido, esa noche le daban seguridad. Se acercaron al grupo del cordón. Ezequiel le agarró la mano de nuevo, pero ella le sostuvo un único dedo, el roce mínimo.

Un chico se acercó trotando.

—¿Qué hacés, perro?

—Todo bien.

Se abrazaron. Magda se quedó quieta en una esquina y después de un rato se animó a unirse a los demás.

—¡Eze! —gritaron desde la mitad de cuadra.

La cara del chico se iluminó como si fuera a la vez una sorpresa y un encuentro esperado. Magda sintió un cosquilleo de celos mezclado con admiración. Algunas chicas se acercaron al trote, se tiraron encima de él y lo apretujaron. Ella tragó saliva, incómoda.

—Esta es Agustina, mi hermana. La Toti —dijo Ezequiel, batiéndole el flequillo.

—Hola.

—Magdalena —dijo ella y se agachó para darle un beso.

Se sintió torpe por aclarar su nombre, pero no se le ocurría otra manera de cortar el silencio.

—Yo soy Tomás.

—Y yo, Lucas.

Los otros ni le contestaron. Ezequiel se sentó en el cordón de la vereda y le dio una seca al porro. Ella se quedó de pie, esperando algún gesto de inclusión que no llegó. Agustina se puso a charlar con sus amigas y el círculo se fue cerrando hasta que Magda no escuchó nada más.

¿No les llama la atención que yo esté acá?

Pensó que, de haber estado entre sus amigos, la situación hubiera sido distinta. Ella habría ayudado a los otros a sacar algún tema en el que Ezequiel pudiera participar. No sólo por él sino también por ella, aunque si continuaba el relato más allá del primer encuentro, la situación se convertía en algo muy parecido a lo que estaba viviendo ahora. Sus amigos hubieran hecho el esfuerzo de generar una charla con él por un rato, pero después, habrían buscado maneras disimuladas de abrirse camino por la conversación que de verdad les interesara.

Magda buscó un lugar en un extremo del grupo, al lado de Tomás, el único nombre que había registrado. El porro dio una vuelta completa y antes de que su vecino lo mandara de nuevo a la otra punta, ella le pidió que le convidara. Ezequiel charlaba con una chica que ella no se acordaba de haber saludado. Tomás le pasó el porro y la estudió un instante. Ella fumó una sola seca y lo devolvió a la ronda. Uno de los del medio se tapó la cara con un trapo y lo inhaló y se inclinó hacia atrás con los ojos abiertos. La chica que estaba al lado de Tomás hizo lo mismo a su turno. Magda miró con recelo hacia los costados, como buscando una salida.

—Tengo que manejar —le dijo bajito a Tomás y se excusó con la mano, aunque nadie le hubiera preguntado nada.

Sus ojos se cruzaron con los de Ezequiel, que se distrajo rápido. Magda golpeó frenética los tacos contra el cemento y se inclinó hacia adelante para poder verlo de reojo sin que él la notara. Recién cuando lo escuchó rechazar la oferta se relajó. El chico se recostó sobre sus codos en la vereda. Magda se preguntó si no estaría actuando delante de ella para no impresionarla.

*Porro, merca, okey, pero esta mierda n*o.

Al rato, se paró y se acercó al grupito que charlaba contra la pared de la casa. Una de las chicas abrió el círculo para dejarla entrar.

—Hola… —dijo con timidez. —Soy Magdalena. ¿Y ustedes?

Alguien a sus espaldas largó una carcajada. Ella miró la hora en el celular y hacia atrás con disimulo, tratando de descubrir a la que se había burlado. Se convenció enseguida de que se estaba poniendo paranoica y de que todavía estaba a tiempo de pasarla bien. Una bocanada de aire dulce la despabiló. Ezequiel le puso el porro en los labios y le dio un beso en el cuello.

—Es linda mi novia, ¿no? —preguntó, altanero y Magda se recostó en su hombro.

—¡Sí! —dijo una que tenía el pelo teñido hasta la mitad.

—Esta era mi novia el año pasado.

Ezequiel levantó la cara de la chica desde el mentón. La teñida miró a Magda y le hizo unos cuernos con los dedos. Las otras le festejaron el chiste.

—Ojo que recién lo conozco hace dos meses, ¿eh? Yo no le saqué el novio a nadie —dijo Magda. El chico, en lugar de defenderla, se salió de la ronda y caminó de vuelta hacia el cordón.

—La cornuda sos vos, pilla —dijo la más bajita.

Magda trató de sostenerle la mirada, pero aguantó poco. Las otras se amucharon para darse apoyo.

—¿Pero es tu novio de en serio? —ya no había agresividad en su voz.

—Sí —dijo Magda.

El que se había presentado como Lucas se acercó y les dijo que fueran entrando al boliche, que ya estaban aburridos de estar ahí. Bailaron más de dos horas seguidas y Magda se olvidó del mal momento que había vivido en la calle. A eso de las cinco, la teñida volvió a buscar a Ezequiel y le dijo que la acompañara al baño, que se sentía mal. Las amigas de Agustina se amontonaron alrededor de ella. Gritaban, se hacían caballito, se salpicaban cerveza. Magda se fue al baño y recién después de diez minutos de cola, pudo entrar. Cerró la puerta de su casilla y se bajó las medias con cuidado de no

correrlas. Mientras hacía pis escuchó un lloriqueo y la voz de Ezequiel, que discutía con la teñida en el baño de al lado. Pegó la oreja al separador y escuchó. La chica le preguntaba por qué la había dejado. Él no le explicaba nada. Solo repetía que la quería, que esa no era una buena situación para hablar. La chica vomitó y Magda pensó que ese era un buen momento para salir.

Caminó de nuevo hasta la pista, pero como no encontró a nadie de los conocidos, volvió al baño. Ezequiel y la teñida ya se habían ido así que se pasó toda la hora siguiente recorriendo cada esquina del local. Recién a las seis de la mañana, después de varias llamadas perdidas y cuando había decidido volver sola a su casa, lo encontró, en una esquina del baño de hombres. Estaba tan borracho que no lo pudo levantar y le tuvo que pedir ayuda a uno de los guardias. Sus amigos Tomás y Lucas, que apenas podían mantener el equilibrio, salieron con ella y le dieron una mano también. En cuanto tuvo contacto con el aire fresco, Ezequiel se reanimó un poco.

—Avisame si querés que pare, por favor —dijo Magda una vez que lo acostaron en el asiento trasero.

—Todo bien —respondió él.

—En serio te digo, no me vayas a vomitar el auto que me muero del asco. Y ustedes lo mismo, chicos.

Tomás y Lucas la tranquilizaron.

—Y pónganse el cinturón.

—Ni ahí, dejá.

—Sí, te lo ponés igual porque la responsabilidad la tengo yo.

—¿De qué? —le preguntó Tomás con prepotencia.

—De que salgas volando por el parabrisas, por ejemplo.

Magda manejó todo el camino de vuelta en silencio. Tomás y Lucas miraban por la ventanilla tratando de orientarse. Cuando llegaron a Nazca y Rivadavia, ya dormían profundamente, como Ezequiel, que no se había inmutado.

—Llegamos, chicos. Se bajan, ¿no? —preguntó Magda con la puerta ya entreabierta.

—¿Acá?

—Sí, acá —dijo ella mientras le daba la vuelta al auto para garantizarse que salieran sin caerse.

Siguió de largo hasta su casa, concentrada en no quedarse dormida en cada semáforo. Cuando llegaron, ayudó a Ezequiel a bajar del auto y lo metió en el ascensor, casi a empujones.

—Ahora sí somos novios, ¿no? —le dijo el chico apenas cruzaron la puerta.

—¿Qué?

Ezequiel cerró los ojos y se agarró la frente con la mano, como si no pudiera aguantar el equilibrio.

—Perdón, me re escabié. Me da vuelta todo —se excusó.

Magda lo hizo acostarse en el sofá y le sacó los zapatos y las medias.

—¿Querés que traiga un vaso de agua?

Ezequiel dijo que no con el índice. Magda se sentó en un extremo del sillón y se reclinó sobre el apoyabrazos. Se le había pasado el sueño y estaba aburrida.

—Tenés que tomar agua. Mañana vas a tener una resaca espantosa si no.

—Ya es mañana —dijo él.

Magda se levantó y abrió la heladera, buscando algo que picotear, pero solo había un yogur y restos del guiso del mediodía. Cerró la puerta con fuerza y se sirvió agua en un vaso. Prendió el celular y se fijó si tenía algún mensaje, pero no había nada. Volvió donde estaba el chico, reprimiéndose las ganas de pedirle que se fuera, que volviera cuando estuviera recuperado.

No le gustaba verlo así. Sentía que la relación empezaba a transformarse en otra cosa.

El primer día que cogimos estaba casi tan en pedo como ahora.

Pero no era solo eso.

Le masajeó el cuello, se acercó a olerle el remolino del pelo. Ezequiel le devolvió una caricia en la pantorrilla. De repente, volvió a sentirse a gusto, puertas adentro, sola con él. Lo natural era dejarse llevar por su voz grave, su ronroneo excitado y calentarse despacio, vestidos primero, desnudos cuando el contacto se volvía urgente. Pero había otro sentimiento que aparecía de vez en cuando.

Se deja cuidar, pero también maltratar.

Ezequiel se movió de un lado a otro, procurando liberar su brazo derecho del peso de su cuerpo.

—Me está pegando mal.

—Si vomitaras te sentirías mejor.

—Ya vomité un poco en el baño.

—No creo.

Magda sintió que extrañaba a sus amigos, las relaciones adolescentes de extrema intimidad, alguien a quien se hubiera confiado de haber estado como Ezequiel en ese momento. Hacía semanas que ni siquiera hablaba con Ángela. Pensó en llamarla apenas

se levantara. Su amiga todavía no lo conocía, aunque Magda no estaba segura de cuándo sería la mejor ocasión para presentárselo. Ni si durarían lo suficiente.

—¿Qué hago, Magda?

—Ayudate a vomitar. Metete los dedos.

Ezequiel giró su cara de hacia ella, sorprendido.

—Pero ¿qué? ¿Nunca te pusiste en pedo, nene?

—¡Más bien!

—¿Y qué hacés cuando te pasa?

—Me siento para el orto, nomás. Pero vos sos médica, dame algo, canuta.

—¡No soy médica!

—Bueno, lo mismo.

—Si no podés vomitar, date una ducha, tomá agua. Y al mediodía o cuando te levantes, te tomás un Alikal y listo.

—Quiero dormir. Si me duermo está todo bien.

—Pero no te vas a dormir en ese estado, olvidate.

Magda se levantó y fue a la cocina. Abrió la alacena. Una puerta, la otra. Nada.

—Mañana compro Alikal. Acá no me queda.

—Todos los sábados me zarpo.

—¿Y no te podés controlar un poco alguna vez?

—No te pongas la gorra.

—Yo fumo cada tanto o tomo una raya, dos. Ustedes se meten toda la mierda junta. ¿Cómo pueden inhalar esa porquería?

—Pagales vos de la buena.

—Sí, claro. Ya bastante te tengo que bancar así en mi casa.

—Yo no te pedí nada, nena. Aguantá que ya me voy.

La resistencia del chico la exasperó.

¿Para qué lo dejé entrar? Se hubiera ido con alguno de esos pungas y listo.

Los amigos estaban antes en el orden de la obligación moral. Ella ni siquiera era su novia.

—Vení, vení acá al lado mío— propuso Ezequiel, cambiando de tono.

—¡No! ¡Vomitá! —gritó ella.

Ezequiel se levantó con dificultad y se metió en el baño. Magda oyó las arcadas y se calmó. Le gustaba que le hicieran caso. Fue a la cocina y abrió de nuevo la heladera. No había casi nada. Solo la botella de un malbec destapada, en el mismo estante que el resto de guiso. Se sirvió una copa y se sentó en el sofá a esperarlo,

mientras dejaba que la bebida se le entibiara en las manos. Ezequiel volvió del baño y se acostó en el sofá hecho una bolita. Apoyó su cabeza en el regazo de Magda y cerró los ojos.

—Mi amor…

Magda sintió como si le tironearan la piel.

—No me digas mi amor.

—Andate a la concha de la lora.

Lo miró asustada.

—Yo te quiero, pero sos mala —dijo el chico.

Ella se quedó muda por un rato.

—Decime algo.

—¿Qué?

—¿No ves cómo sos?

Ezequiel huyó de sus piernas.

—Me gustó que saliéramos hoy —dijo Magda y él apoyó de nuevo la mejilla en su regazo, juntó las manos y las metió entre sus muslos y el sofá. Magda pasó los dedos por encima de sus párpados, las mejillas, el contorno de las orejas. Cuando la respiración del chico cambió, se incorporó de a poco, manoteó su saco del apoyabrazos y le hizo con él una almohada. Corrió sus piernas hacia la derecha y se paró. Ezequiel se acomodó al nuevo nivel y se estiró, largo y flaco, sobre el sillón.

Magda pensó que mientras se vieran y pudieran pasar un rato disfrutando de la compañía del otro, cualquiera podía decir que eso era afecto. ¿Qué otra cosa iba a ser? Terminó de tomar su vino y miró el reloj. Eran las nueve de la mañana. Estaba despierta desde hacía 23 horas. Se fue al cuarto y se sacó las medias. Una fantasía de micro red con flores en dos bandas laterales. Le había costado conseguirlas, pero la escena que se había imaginado cuando las compró era muy distinta a esa. Ella con Ezequiel, después de la salida. Había pensado ponerse esa lencería como algo especial. Las ligas. El portaligas. La atracción por esos accesorios debía ser común. Mostar algunas partes, comprimir otras. ¿O sería un truco de vieja? Claro que no. Estaba segura de que el chico se las habría querido sacar para encontrarse poco a poco con su piel, con su culo todavía abultado hacia afuera y no hacia los costados.

Se puso un camisón de verano sin ropa interior. Desde la ventana ya se oían sirenas, bocinazos. La basura urbana de todos los días. ¿Por qué vivía en una ciudad tan decadente? Sabía la respuesta. No le gustaba empezar de cero.

VIII

—Lo que no entiendo es cómo podés ser tan promiscua.

—No soy tan promiscua, Ángela. Lo que pasa es que vos estás en pareja. Y sos una mojigata. Ni siquiera sé cómo te aguantás estar tanto tiempo cogiendo con una sola persona. No es natural, nena.

—Claro que no es natural. Es una elección. Yo elegí la monogamia cuando me casé, no fui siempre así, vos lo sabés.

—Bueno, es que uno cree que lo va a poder sostener, pero después, con el tiempo… ¡Y vos lo sostuviste! Te admiro, de verdad.

—Mentira, no me admirás, creés que soy una pelotuda, una tarada conformista, pero en realidad, abrir la puerta a otras relaciones en este momento a mí, al menos, no me aportaría nada.

—Bueno, sí, variedad, a lo mejor incluso le haría mejor a tu relación con Mauricio, ¿no?

—Puede ser, pero me doy cuenta de que no es lo más importante para mí.

—¿Qué cosa? ¿Estar bien con Mauricio?

—No… eso sí… O no sé, tal vez tampoco. Lo importante para mí es seguir en pie como sea, llegar a vieja, recorrer toda la vida y hacer cosas, cosas que me gustan, disfrutar de mis hijos y de mi esposo también, pero si ellos no me dan bola, entonces sacarles el jugo a mis amigos, al resto de mi familia, viajar…

—Sí, para mí también, pero bueno, el sexo es importante. Tener sexo copado, cada tanto al menos, y supongo que la monogamia estricta no podría sostenerla, me parece.

—Igual, la vez que Mauricio me metió los cuernos, me contagió un montón de pelotudeces.

—Bueno, esa es la única de la que te enteraste, ¿no? En realidad, no podés estar segu...

—¡Me hago el control de las ETS cada año!

—¿En serio? Nunca me dijiste.

—Y, no. Es un poco exagerado, yo sé, pero…

—Para ser monógama, sí. ¿Y vos nunca, en serio?

—No, bueno, casi se los meto esa vez, en el cumple de Marisa, ¿te acordás?

—No. ¿Cuándo? ¿Qué año?

—No sé, hace mucho. Que vino un pibe y me estuvo chamuyando toda la noche y casi agarro viaje, pero después pensé que no, que ni daba, ni lo conocía. Me vi haciéndome de nuevo todas las pruebas de ETS a los seis meses por chupar una pija esa noche. Ni en pedo.

—Todo el mundo hace eso, Ángela. Algo de riesgo hay. Si no, no tendrías que coger nunca, boluda.

—Lo que te quiero decir es que también por eso prefiero la monogamia. Porque soy muy paranoica con las enfermedades.

—Pero tu monogamia te enfermó de boludeces, me acabás de decir. Mauricio no la pudo cumplir a rajatabla.

—Y, no.

—A lo mejor, si se lo permitieran más seguido, él podría ser más cuidadoso. No estaría tan desesperado cada vez que coge con alguna minita de afuera.

—Sí, bueno, puede ser, pero igual, el hecho de que yo no lo haga, minimiza los riesgos, al menos para mí, porque yo desde aquella vez me cuido mucho con Mauricio también.

—Así que presuponés que él te mete los cuernos todavía, cada tanto.

—Sí, digamos que sí, que ya no asumo una fidelidad estricta, pero tengo la sensación, ya sé que solo la sensación porque la prueba no la tengo, pero sí la creencia de que no pasó nada desde aquella vez.

—O que se cuidó mucho.

—O que se cuidó mucho, sí. Y además, la monogamia me sirve también psicológica o emocionalmente, no sé. Como que en algún momento tuve una necesidad muy grande de elegir, de cerrar otras opciones. ¿No te pasó nunca eso?

—Sí, en otras cosas sí. En la carrera, por ejemplo. Si me pongo a pensar no estoy muy segura de que odontóloga es lo único que pude haber sido, pero me sirve haber hecho esa elección y no volver atrás. Imaginate si cada tantos años me pusiera a pensar "¿y si mejor hago arquitectura…?"

—A mí me pasó.

—Sí, sos más diletante, digamos.

—Qué forra…

—Bueno, Ángela, qué se yo. Sos más, no sé cómo decirlo, más dispersa, te interesan muchas cosas, te la pasás cocinando, pintando, trabajando en el jardín. Yo me la paso estudiando siempre lo mismo.

—Sí, sí, ya sé, me molesta que me lo digan, nomás. Mauricio también me lo hace notar. Que no me concentro en una sola cosa, que no tengo metas claras comparado con vos.

—¿En serio te compara conmigo? ¡Qué pelotudo! ¿Qué se mete?

—Bueno, él lo dice a veces para que me ponga las pilas, para que no me deje estar. O para que elija otra cosa, no sé…

—¿Otra cosa más?

—Que dé un volantazo, algo así. ¿Sabés que empecé baile?

—¿En serio?

—No, es joda. ¿Mirá si ahora voy a empezar baile?

—Y, qué se yo… No te digo clásico, pero…

—Retomé el curso de pastelería, eso sí. Lo había abandonado, ¿te acordás? Con la casa, las clases, los chicos. Al final, nunca terminaba nada.

—¿Y yo? Mi laburo me encanta, me va bárbaro, pero en todo lo otro soy un desastre. Como si tuviera veinte años… ¿hace mucho que no hablamos o qué?

—Puede ser. Yo también siento que pasaron mil años.

—Tengo que contarte algunas cosas.

—¿Qué?

—Ahora me estoy viendo con el pibe que trabajaba en mi casa, Ezequiel.

—¿En serio? ¿Con ese pibe? ¿Pero de dónde lo conocés?

—De la obra nomás, pero...

—Me estás jodiendo.

—No. Un día cayó en pedo a mi casa. Me dijo que el tío le debía plata y que se había olvidado unas herramientas.

—¿Y lo dejaste pasar?

—Es que por el portero no me di cuenta. Igual, cogimos después, no enseguida.

—¿Cuándo?

—Ese mismo día, pero más tarde.

—Te estás haciendo la boluda, Magda. Contame o no me cuentes.

—Siempre te enojás conmigo de nada. ¿Qué te pasa?

—No, es que empezás con esa actitud, te hacés la misteriosa, no te banco cuando hacés eso.

—¡Pará!, soy tu amiga, che. No sabía que había cosas que te parecían insoportables de mí.

—Perdón, no quise decir eso.

—¿Te sigo contando?

—Sí, dale.

—Bueno, el pibe llegó medio en pedo, pero no me pareció para tanto, y me dijo eso, que el tío no le pagaba desde hacía como dos semanas y que se había olvidado su caja de herramientas.

—¿Y vos qué le dijiste?

—Que pasara, que la buscara, pero que yo a Rubén ya le había pagado, que arreglara con él. El pibe subió y revisó todo y no las encontró. Y entonces pegó un alarido en la terraza y yo fui enseguida a ver qué le había pasado. Y cuando llego lo encuentro sentado en el piso, medio llorando de bronca, y ahí me doy cuenta de que está bastante más en pedo de lo que yo pensaba.

—¿Y no le dijiste que se fuera?

—No, no sé, me dio cosa… Habíamos almorzado varias veces en la obra, le tenía confianza.

—¿Pero ya había pasado algo entre ustedes?

—No, pero nos tratábamos bien. Se ve que algo había; un histeriqueo, al menos.

—Y ese día cogieron ¿ahí, en tu casa?

—Sí, sí, yo trataba de calmarlo, se fue dando de a poco.

—Es un pendejo, ¿no?

—Tiene 22.

—Y además…

—¿Qué?

—Y, ¿no es medio desastre?

—¿Porque se puso en pedo ese día? ¿Te parece tan terrible?

—No, pero caer en pedo a la casa de una mina que apenas conocés y reclamar por la guita que te debe tu tío y todo eso… A mí me hubiera dado un poco de miedo.

—A vos te hubiera dado asco.

—Ah, listo. Ahora te creés la Madre Teresa porque te cogés a un albañil. ¿Y sabés algo de él? ¿Dónde vive, por ejemplo?

—En Flores.

—¿En la villa?

—¡No! vive al lado, no adentro de la villa. Pero sí, Bajo Flores. ¿Qué tiene?

—¿Cómo qué tiene? ¿Y lo vas a ir a visitar a su barrio, ponele?

—Recién lo conozco. ¿Qué sé yo lo que puede pasar?

—Tené cuidado, Magda.

—Bueno, un montón de gente vive en la villa y van a laburar todos los días y siguen vivos.

—Ya sé, pero estás expuesta a cosas más jodidas, nena. Tampoco te hagas la pelotuda. ¿O vivís en un taper?

—Es un poco calentón nomás, pero es normal, digamos, no es un desastre, Ángela. Es un pibe que siempre laburó, lo que pasa es que a veces hace pelotudeces…

—¿Cómo qué? ¿Qué pasó con el tío? ¿Le debía la guita? ¿Se la pagó?

—No porque Rubén decía que él no había trabajado bien, que había dejado cosas sin terminar y se había ido varias veces antes de tiempo… Y tuvieron un quilombo en otra obra, una losa que no fraguó. El tío dice que es porque él se afanó el cemento.

—Y, por ahí tiene razón. ¿Él que te dice?

—No, que nada que ver, que no fraguó bien porque ese día llovió y bajó mucho la temperatura. Y que no fue culpa de él sino de Rubén porque él se lo advirtió y el tío se hizo el pelotudo porque quería terminar rápido.

—Che, y se da con todo, ¿no?

—¡No!

—¿Fuma paco?

—No creo. Pero el otro día vi a algunos de los amigos inhalando alguna cosa rara de un trapo, a lo mejor pegamento, no pude ver bien.

—¿Qué?

—Un bajón. Y sí, es más común de lo que pensamos.

—¿Y cómo los conocés?

—Es que salimos hace dos sábados.

—¿En serio? No te puedo creer, nena. ¡Tenés casi cuarenta años! ¿Vos querés aparecer en una zanja?

—Ay, qué exagerada. ¿De qué siglo sos, Ángela?

—Una cosa es coger algunas veces. Otra es seguirla y salir con sus amigos, tener una relación. ¿No te das cuenta del quilombo que te puede armar un pibe así?

—Sí, pero no estoy pensando en eso ahora. Cogemos solamente, vos sabés cómo soy. Recién hablábamos de eso. No es que yo quiera ser promiscua. Es que a veces prefiero correr riesgos antes que no estar con nadie. Y además, no tengo una pareja como vos. Y a lo mejor, nunca la voy a tener. Desde tu lugar, tu familia, es re fácil decir que hay que estar con tipos que sean así o asá pero cada uno se rasca con lo que puede.

—Pero de ahí a salir con él.

—Ya te dije que cogemos a veces y nada más.

—Si te hace feliz…

—Lo único malo es que no nos cuidamos mucho. Nos mandamos cualquiera últimamente.

—Ay, Magda, me sacás de quicio. Te vas a pegar sida, boluda.

—Me dijo que no coge con nadie más.

—Seguro…

—Bueno, le creo. ¿Por qué me va a mentir?

—¿Y por qué te va a decir la verdad? ¿Para qué? ¿No te lo preguntaste?

—¿Vos te creés que porque Mauricio es un garca todos los tipos son garcas? ¿Que se la dan de una cosa y después hacen otra?

—Pensé que Mauricio también era tu amigo. Ahora porque yo bardeo a ese pendejo que conocés hace dos horas mi marido es una mierda.

—Lo bardeás porque es de la villa.

—Ves que es de la villa. ¡Antes me dijiste que no!

—Lo bien que hice.

—Ay, pará, que vos estás libre de prejuicios...

—Sos una racista de mierda.

—Y vos sos una hipócrita. ¿O qué te creés? ¿Que te vas a bancar la diferencia?

—Me la banco. Me lo estoy cogiendo, te acabo de decir.

—¿Sí? Y por eso ya me lo presentaste, ¿no? Seguro que ya lo llevaste a tu casa, con tu viejo, con tu hermano.

—Andate a la mierda, forra…

CAPÍTULO TRES. SUEÑOS

"Todo lo que se pudre forma una familia"

Fabián Casas

Mayo, 2015

IX

Magda se despertó temprano para llevar a su hermano, Pablo, al aeropuerto. Se había enamorado de una chica australiana un año antes y ese tiempo le había alcanzado para convencerse de que tenía que mudar toda su vida a Melbourne. Horas más tarde, al pie de la escalera mecánica que conducía al preembarque, Horacio dejó caer las primeras lágrimas que le veía Magda desde que había muerto su mamá. "Vamos a hablar todas las semanas", dijo su papá para darse ánimos, pero en la placidez de Pablo de los últimos minutos Magda había visto que esa necesidad no era recíproca. El hombre apoyó el bastón que usaba hacía unos meses y con toda la fuerza de su brazo derecho en la empuñadura pegó la vuelta en dirección al estacionamiento. Magda estudió la renguera. Le parecía que había empeorado el último tiempo porque veía que su papá trataba de no apoyar el talón izquierdo. Apenas lo arrastraba. Se preocupó porque sabía que convencer a Horacio de que iba a tener que entrar de nuevo al quirófano iba a ser mucho más difícil ahora, sin su hermano cerca.

Horacio iba unos metros adelante porque ella seguía la velocidad de Amanda, que, fascinada con las luces y pantallas electrónicas, se demoraba el doble que su abuelo. El hombre aprovechó para descansar y se sentó en el canto de un macetero, un poco agitado.

—Estoy viejo, che —dijo en cuanto su hija estuvo al lado de él.

—Sí, y corrés media maratón.

—Ya no —golpeó el regatón de goma contra el suelo todo lo fuerte que pudo como para que hiciera ruido.

—Pero esto es temporal, pá. Tenés que operarte y vas a andar bien de nuevo.

—Vamos, dale.

El viento del exterior los devolvió al frío húmedo de Buenos Aires. Magda sintió que su familia se había agujereado. Pablo era un egoísta. ¿Cómo podía estar tan contento de irse a vivir a la otra punta del planeta? Ella nunca hubiera tomado una decisión como esa. Los había relegado al lugar de parientes lejanos a los que vería una vez al año, para las fiestas. ¿Eso eran para él?

—No pensé que se iba a animar. Hasta el último minuto, te juro. Siempre lo traté como a un nene porque en el fondo creía que éramos lo más importante para él. Pero no…terminó eligiendo a esa mina antes que a nosotros —dijo ella.

Amanda miraba los aviones con la boca abierta.

—¿Sabés que ahí adentro entra un montón de gente? —dijo Horacio, todavía emocionado. La nena sonrió, sin despegar los ojos del cielo.

—El tío Pablo está ahí, viajando calentito, con música, una cerveza en una mano, un libro en la otra y cuando llegue a Australia, lo va a ir a buscar una chica muy linda, aunque nada que no se pueda conseguir acá, no te vayas a creer.

Con ese comentario, Magda se sintió acompañada por primera vez desde el desayuno de la mañana. Destrabó las puertas del auto, puso a su hija en la butaca y le abrochó el cinturón. Amanda bostezó y se recostó hacia un lado. Magda acompañó a Horacio hasta la puerta del copiloto y lo ayudó a sentarse. Acomodó el bastón en el asiento trasero, a los pies de la nena. Arrancó. Los tres se hundieron en sus secretos.

Horacio miraba un punto fijo por la ventanilla y boqueaba como un pez moribundo. Magda puso la radio y subió el volumen.

A los cuarenta minutos, ya estaban en Capital.

—Pensé que Anabelle te parecía una maravilla, pero por lo que dijiste recién…

Las palabras de Magda desbarataron el embrujo.

—Me parece una chica bárbara pero igual estoy triste. Triste por mí, pero agradecido a la vez por los hijos que tengo, porque Pablo me haya despedido con cara de felicidad.

—A mí eso es lo que me cae mal. No hacía falta que estuviera con una sonrisa de oreja a oreja como si no pasara nada, ni que nos fuéramos a ver el mes que viene.

Horacio apretó los labios con un gesto a la vez piadoso y frustrado.

—Se pueden sentir las dos cosas —dijo y volvió a mirar por la ventanilla.

Magda salió de la autopista y chequeó a Amanda por el retrovisor. Horacio sintonizó una AM de noticias. Al ratito, buscó en la memoria y dejó una de las programaciones.

—Ah, me encanta eso que pusiste —dijo Magda. —Solo pasan música coral. De todo el mundo, no sabés las cosas raras que escuché.

El hombre no contestó. Ella trató de romper el hielo.

—Yo no pienso que él sea un dominado ni nada. No quise decir eso. Solo que no sé si ella hubiera dejado todo por venirse para acá. Me parece que las mujeres valoramos más lo que tenemos.

Horacio la oyó con un silencio que a Magda le resultó tranquilizador, como si hubiera diluido las últimas dudas que tenía sobre el asunto.

—Ni que vos estuvieras tan presente. Te la pasás pidiendo favores —dijo el hombre, y ella sintió que otra cosa hablaba por su padre. —Esa es tu forma de estar presente.

Magda tragó saliva. Nunca había notado tanto enojo en su voz al responderle. Ni cuando lo culpó por haber dejado que su mamá manejara sola una noche de tormenta, ni cuando lo acusó de estar destruyendo la casa familiar con tantos perros.

—Pablo, aunque sea, está dispuesto a perder. Por eso se fue con esta chica. Porque no está pensando siempre en cómo defenderse o qué puede sacar de esto o de lo otro. Se va con ella a Australia como se iría a la Antártida.

—Ah, qué buen consejo del paladín de la supervivencia. Andate, dejá a tus amigos, a tu familia por una calentura, dale, hacele tres pibes, arruinate la vida cuando te separes y no te los dejen traer de vuelta a Argentina.

—No entiendo cómo podés vivir así, siempre en plan de guerra. ¿Vos sabés que hay relaciones que funcionan, no? ¿Qué hay gente que se quiere de verdad?

Magda revoleó los ojos tratando de ser expresiva y a la vez, no salirse de la autopista. Odiaba cuando su papá se ponía condescendiente con ella.

—Pablo confía y listo. Yo no sé si eso se aprende. A lo mejor, no se aprende ni se enseña. Yo a vos no te lo pude inculcar y mirá el daño que te hice.

Magda se ofuscó. No podía hacerle eso de nuevo. Revertir cualquier situación para darle la razón a Pablo, al débil, a la víctima entre ellos dos.

—Yo no siento que me hayas hecho ningún daño —dijo Magda con arrogancia. Horacio hizo chasquear la lengua y se palmó el regazo como cuando hablaba con sus perros.

—Deberías reconciliarte con ese chico, el padre de tu hija, pedirle disculpas. Hiciste una cosa muy fea, Magda, y hasta hoy no me había dado cuenta de hasta qué punto es mi culpa.

Magda no consiguió hablar, pero tampoco pudo detener su pensamiento en el resto del viaje. ¿Reconciliarse con Ezequiel? ¿De dónde había sacado eso? Este no era Horacio el deportista, el profesional intachable. Este era otro, el degradado por la soledad y la vejez. Su padre era el que decía que una persona se medía por la intensidad de su pasión, y la pasión había que volcarla en el mundo, no dejarla que se volviera sobre nosotros, se confundiera con falsos deseos o con la melancolía engañosa de todo lo que no fue. Ella había seguido ese consejo y había salido indemne. Más de cuatro años educando a su hija sola, manteniéndola con sus ingresos. Se había convertido en una profesional de la logística y todo a la par de su trabajo en el hospital y el consultorio.

—A mí déjame acá que tengo que pasar por la veterinaria —dijo Horacio.

—No, pá, te espero. Me quedo acá hasta que vuelvas. Es que, si bajo, tampoco te voy a poder ayudar a caminar porque Amanda ya se durmió.

—Está bien. Ellos me llevan la comida a casa. Además, quiero estar un poco solo, de verdad. En todo caso, vengan a visitarme mañana a la noche y cenamos juntos. Le digo a Lidia que me deje preparadas unas pastas rellenas o lasaña.

"Deberías reconciliarte con ese chico", se repitió Magda con malicia. Pensó que su papá era injusto. A la distancia, era fácil juzgarla como una desalmada. Ella no había elegido nada de lo que había pasado. Había lidiado con esas circunstancias, que no era lo mismo. Lo saludó a través del vidrio y siguió su camino.

X

Hacía un mes que se despertaba sobresaltada. Necesitaba levantarse a cada rato para ir al baño, tomar agua, relajarse y volver a dormir. Amanda había dejado de pasarse a su cama, de reclamarla a la noche, pero justo cuando empezaba a disfrutar de un sueño continuo y profundo, le había surgido eso.

Más que pesadillas, Magda sentía que sus sueños eran premoniciones. No era una persona supersticiosa pero sí creía que la mente se valía de diversas maneras de interpretar los signos del mundo. Y, además, les prestaba atención a sus intuiciones porque creía que a través de ellas iba a poder ayudar a su hija, al menos, hasta que pudiera poner en palabras lo que sentía.

Las maestras ya la habían citado varias veces del jardín para comunicarle lo difícil que les resultaba lograr que la nena participara en actividades grupales. En el hospital, le hicieron varias pesquisas auditivas y visuales para descartar trastornos congénitos en el habla, pero como todos los análisis le dieron bien, su pediatra llegó a la conclusión de que Amanda tenía algún problema emocional y si era de otro tipo, debían esperar a que se manifestaran nuevos síntomas. Otro médico que consultó se inclinaba por un Trastorno General del Desarrollo o T.G.D., como llamaban a todas las complicaciones inespecíficas vinculadas con la sociabilidad o las habilidades comunicativas. De todos modos, si era un caso de T.G.D., le dijo, no era de los más extremos porque su hija entendía indicaciones y, aunque poco, hablaba, hacía contacto visual, retenía esfínteres y había aprendido a caminar a la edad promedio.

Los problemas de Amanda habían aparecido en la sala de tres. Hasta entonces, todo había sido normal, pero desde que arrancó el jardín, los informes de las maestras fueron cada vez más alarmantes. Le decían que su hija necesitaba más estímulo que otros nenes porque era demasiado tímida. Casi no hablaba y no mostraba ningún interés por las actividades grupales y cuando se frustraba, respondía con golpes, empujones o mordiscos. Con el tiempo, la preocupación de Magda creció y se convirtió en miedo y recelo. Los nenes no querían jugar con su nena, le hacían burla. Magda se daba cuenta de que otras madres cuchicheaban a su alrededor como si Amanda fuera la responsable de todo lo malo que pasaba en la sala. A ella también la excluían y en varias oportunidades presentaron quejas en el jardín porque sus hijos volvían a casa con marcas de mordeduras.

Cuando Amanda cumplió cuatro años, Magda empezó a recorrer instituciones especializadas en T.G.D. Algunos médicos ya no querían recibirla. “La nena habla”, le decían, “solo que es muy tímida.” Un psicólogo que la vio por varios meses le dijo algo parecido: era posible que fuese una nena muy introvertida y justo hubiera dado con un grupo de chicos demasiado avasallantes Y que los años, la diversidad de contextos la hicieran madurar. Había que esperar unos años para ver qué pasaba.

La timidez, sin embargo, no era poca cosa para Magda. Había sufrido mucho por eso. Desde chica le había costado hacerse amigos, integrarse a grupos nuevos. Su papá la había cambiado varias veces de escuela hasta que ella misma pudo elegir en cuál quedarse. Los últimos dos años de la primaria fueron de los mejores de su vida. Por eso la entristeció tener que cambiarse de colegio para empezar el secundario. Ahí sí que se había sentido sapo de otro pozo y todavía no estaba segura de poder decir que en algún momento de su adolescencia la había pasado bien. Cuando miraba a su hija, descubría

en ella sus mismos problemas de personalidad, solo que intensificados. Le daba terror pensar que pudieran volverse todavía más serios, pero que no empeoraran tampoco era suficiente. ¿Qué sería suficiente? Tener amigos, aprender a leer y escribir. Poder amar y trabajar cuando fuera más grande. Nada de todo eso estaba servido en bandeja. Incluso para llevar una vida cotidiana sin demasiada ambición hacían falta un montón de conocimientos: de las expectativas de los otros, de sus códigos y valores. ¿Y si su hija nunca los aprendía?

Ezequiel no estaba en sus vidas desde hacía más de cuatro años.

Cuando aparecieron las pesadillas, no las relacionó con él, pero un día soñó con un accidente y otra vez se vio en su consultorio, removiéndole una muela partida. Al despertarse, las palabras de Horacio en el aeropuerto se le mezclaron con esa escena.

Magda lo había dejado unos meses antes del parto. Había sido drástica, lo suficiente como para que él aceptara no verlas más, ni a ella ni a Amanda.

Le costaba seguir pensando en Ezequiel como un chico. El tiempo había pasado para los dos. Si ella iba a cumplir cuarenta y cinco, él tendría casi veintiocho años.

Ya no podía acercarse a ese periodo de su vida sin remordimiento: la situación final, sus palabras cortantes, innecesarias. No entendía cómo había podido ser tan fría. De repente, su soledad tuvo una causa. Se merecía su distancia del mundo. Había sido cruel con una persona que la había querido.

Por eso los sueños empezaron a tener sentido para ella.

Son intuiciones de algo que voy a provocar.

Tuvo que traducir esas palabras a algo en lo que creyera.

Son indicios confusos de algo que ya ocurrió.

Se preguntó cómo sería Amanda de haber estado él con ellas. ¿Más alegre, más extrovertida? Su nombre, incluso, no sería el mismo o hubiera tenido que negociar con él uno que les gustara a los dos. Ezequiel había sugerido “Morena” para nena y Tiziano para nene” pero a ella le habían parecido nombres que él había elegido sin criterio solo porque estaban de moda.

Ella había llegado a “Amanda” gracias a listas interminables que vio en internet y a las sugerencias de sus amigas con hijos que la ayudaban a descartar los nombres que se usaban demasiado.

La alarma sonó a las seis y media y Magda se levantó enseguida. Hacía bastante que se había desvelado. Fue a la habitación de su hija, que dormía profundamente. Si bien la nena había empezado a ir al maternal a los cuatro meses, todavía le resultaba

difícil tener que despertarla tan temprano, con las noches invernales que se extendían hasta las ocho de la mañana.

Anotó lo que había soñado en un cuaderno. A pesar de que ya no escribía su diario, iba a intentar retener esas imágenes, lo que fuera que combinara el cerebro mientras dormíamos. Si se volvía metódica, podría llegar a transcribir un sueño completo y con el tiempo, interpretar algo de toda esa información.

Puso el desayuno en la mesa. Le encantaba compartir ese rato con su hija. Era, mucho más que la cena, su momento de estar juntas porque cuando llegaba de trabajar la nena ya estaba cansada y varias veces la encontraba dormida. Tampoco almorzaban en casa durante la semana.

Le pareció que esa mañana su hija estaba contenta y más expresiva que de costumbre. Aprovechó para recordarle que en poco tiempo iban a llevar una compañía de teatro al jardín.

—¿Tenés ganas de ver la obra?

La nena no contestó y Magda se dio cuenta de que le había hecho una pregunta sin sentido.

—Es una obra sobre los abuelos. Se llama *Los abuelos no mienten* ¿Te contó la seño de qué va a ser?

Amanda no dijo nada, pero le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Al abuelo Horacio le encantaría ir, pero no le gustan los lugares en los que hay demasiada gente. Como a vos, ¿no?, a vos tampoco te gustan.

La nena levantó los hombros con apatía. Magda se sorprendió de ese gesto. Nunca se lo había notado antes.

¿En qué situación lo habrá aprendido?

Temió que fuera una en la que su hija hubiera tenido que sufrir la indiferencia de los demás.

Acarició su mano chiquita y Amanda sonrió. A veces creía que no había nada raro en su hija. Era única y especial, y ella no deseaba que cambiara.

Es introvertida, sí, pero no es fría. Solo frágil y miedosa.

Magda no quería que Amanda superara la timidez armándose una personalidad distante y desconfiada como la suya, pero sabía que los hijos toman lo que ven de sus padres mucho más que sus consejos y ella todavía no había aprendido a ser de otra manera.

La nena agarró un trozo de pan y se lo devoró. Después, otro y otro. Siempre con la mano izquierda porque era zurda como Ezequiel. Una vez, el chico le había dicho que

los zurdos tenían más destreza física, y esa era la razón por la que él era más habilidoso con el cuerpo que con el cerebro. Magda se había reído con el comentario, pero en situaciones como esa, se preguntaba si su hija solucionaría todos sus problemas cuando descubriera los deportes. Amanda estaba muy por encima del peso aceptable para su edad y estatura. El pediatra le había insistido que la hiciera nadar, bailar o andar en patines, que solo la actividad física la haría adelgazar. Magda no se había hecho todavía el tiempo para llevarla a un club, pero estaba entre los planes del año. Otro más, uno de los tantos de su lista mental.

A Magda le gustaban los deportes, pero le llevó tiempo descubrir cuáles eran los suyos. Arrancó con los que le ofrecían en la primaria, a los ocho años, y en todos se sentía incómoda de solo pensar que un equipo completo podía perder por su culpa. Entonces, probó con deportes individuales. A los catorce años empezó a andar en bicicleta en el Velódromo de Palermo y a nadar en un club municipal. Aunque no tenía facilidad en ninguna de las dos cosas, las disfrutaba mucho, pero en cuanto demostró suficiente compromiso, su papá consideró que era hora de entrenar de verdad y el placer se convirtió en frustración porque sus resultados eran casi siempre mediocres. A los quince, abandonó los dos deportes y no retomó ninguno hasta que terminó la carrera. Empezó a correr y volvió a nadar y andar en bici como al principio, con regularidad, pero sin método.

Horacio era exigente con el deporte porque de joven había sido un gran atleta. En el 63 había ganado una medalla de oro en los Juegos Panamericanos de San Pablo. Después, se había dedicado a su profesión de médico, pero nunca había dejado ni de jugar al básquet ni de correr. Todavía lo hacía hasta principios de ese año, cuando se lesionó la pierna.

Amanda terminó su desayuno y fue al baño. Magda preparó la mochila de su hija y la vianda para el almuerzo. Cuando estuvieron listas, salieron. En el auto, Amanda tarareaba en voz baja *De los cuatro muleros*, un tema que interpretaba Pro-Música de Rosario. Magda le dijo que casi no la podía oír. La nena siguió cantando, pero todavía más bajito que antes y mezcló varias canciones del mismo disco. A Magda le encantaba que su hija eligiera esos temas entre los muchos que aprendía con su maestra o la tele, pero también supo que era hora de llevarla a ver cosas nuevas. La estaba criando en una cáscara de nuez, en el recuerdo de su propia infancia.

La dejó en el jardín y manejó en dirección al consultorio. No tenía cirugías en el hospital así que había reprogramado algunos turnos para la mañana. Los semáforos estaban mal sincronizados y tuvo que pararse en casi cada esquina. Cuando llegó a

Primera Junta sintió un fuerte impulso por desviarse hacia Flores y volvió a pensar en cómo se habían desencadenado las cosas. Después de muchas idas y vueltas, embarazada de seis meses, ella le escribió una carta a Ezequiel en la que le explicaba sus razones para dejarlo y criar sola a Amanda. Se la dio en la mano y salió corriendo para no tener que verle la cara al leerla. A los dos días, Ezequiel la llamó, la insultó y ella sintió miedo.

Magda lo escuchó en silencio y al día siguiente, solicitó una restricción perimetral. Por tres meses, él tenía que moverse a por lo menos quinientos metros de distancia de ella. En enero, él violó la orden y fue a su casa para buscar una reconciliación, aunque fue inútil. Esa fue la última vez que se vieron.

Casi cinco años después, nada era como Magda se lo había imaginado. La crianza había sido intensa y emocionante pero también, la había secuestrado en su casa mucho más de lo que ella podía soportar. Las rutinas con su hija se volvieron repetitivas y aburridas para las dos.

Había salido muy pocas veces con algunos tipos, cada vez que su hermano o Ángela se habían podido ocupar de Amanda, pero de esos encuentros casuales no había surgido ninguna relación. Magda creía que todo había empeorado después de que Pablo se mudara a Australia y ella se quedara sola con su papá.

Si no le hubiera escrito esa carta no habríamos llegado a la perimetral. *Nos hubiéramos separado más tarde o más temprano, pero de otra manera, más natural. Y a lo mejor, no perdíamos el contacto.*

Sabía que eso no hubiera sido fácil tampoco. De haber pasado tiempo juntos, Ezequiel se habría encariñado con Amanda y hubiera querido negociar otras condiciones para la tenencia.

Recién ese año sintió que no podría manejar la incertidumbre de su hija cuando le preguntara por su papá. Hasta entonces, no había tenido que mentirle. Bastaba con decirle que no lo veían porque él vivía en un lugar al que no podían ir solas. Que su papá no tenía ni teléfono fijo ni el mismo número de celular que antes. Tampoco aparecía en las redes sociales con su nombre. Además, ella apenas conocía a su familia y amigos y nunca había ido a su casa. ¿Cómo había podido llegar tan lejos con un extraño? Siguió manejando hasta su trabajo. Miró el reloj. Era tarde otra vez. Tenía que cambiar ese hábito. Levantarse a las seis en lugar de a las seis y media y no retrasarse tanto en el desayuno. Había logrado cambiar casi cualquier aspecto de su vida que solo dependiera de ella, ¿por qué no ese también?

Saludó a Vanesa y entró al consultorio. Cuando cerró la puerta, volvió a recordar algunos fragmentos de la carta: "*No quiero arrepentirme de este tiempo que pasamos juntos así que mejor, la cortamos acá. Te pido que me dejes tranquila, que no me busques más. No me hagas tener que decirte cosas horribles."*

Sus palabras hacían eco en su cabeza, la aturdían.

Encontralo. Pedile perdón.

Sabía que eso quería decir aceptar otras reglas de juego.

Dejó las cosas en el armario. Se puso el guardapolvo y se lavó las manos. Los pacientes fueron pasando uno tras otro en un continuum lento, pero ella no estaba ahí. Le había costado mantener el pulso y varias veces la habían descubierto mirando el reloj. Su vida no cambiaba, pero ella sí: estaba perdiendo carácter. La Magda de siempre podía focalizar en su trabajo, no pensar en nada más que en lo que tenía que hacer. Desde el día que murió su mamá, había ejercitado la capacidad de sobreponerse a cualquier sentimiento para seguir estudiando. Ya de grande, aplicaba la misma técnica de concentración en casi todo. Agarraba las ideas dolorosas y las ponía entre paréntesis. Parecía un juego cínico, pero le funcionaba. Solo en las cirugías no necesitaba de ningún método para no dispersarse porque el mismo estrés de la situación lo hacía por ella.

Podía rastrearlo si se lo proponía. Buscar a su hermana o a su tío Rubén, ir a la policía, al Registro Nacional de las Personas. Nadie era inhallable en estos tiempos. Y aunque él no quisiera saber nada con ella, le tendría que conceder al menos una tarde para charlar, para poner blanco sobre negro. La restricción perimetral, que en el contexto de la separación le había parecido su carta más fuerte, ahora se le hacía una cosa menor comparada con otros recuerdos que no podía destruir: su frialdad del último día; las palabras escritas con desprecio. Finalmente, la medida solo había durado unos meses y él podría haber vuelto a contactarlas a través del Juzgado de haber querido.

Ya eran las cuatro. Terminó de atender al último paciente. Podía buscar a su hija y llevarla a la plaza a tomar la merienda. Tenía ganas de pasar tiempo con ella, abrazarla.

En el jardín le dijeron que Amanda había dormido mucho a tarde, y que iba a tener que acostarla más temprano. Cuando llegaron al departamento, cansadas de la plaza y de las actividades de todo el día, ya se habían hecho las ocho. Magda preparó una cena baja en calorías y ayudó a Amanda a desvestirse para meterse en la bañadera. Pasó la siguiente media hora deambulando entre la cocina y el baño para controlar la comida y a la nena.

—¿Te gustó? —preguntó Magda mientras recogía los platos. La nena asintió con una sonrisa amplia.

Se acostaron temprano pero igual no pudo pegar un ojo. A eso de la una, se levantó y prendió la computadora. Entró a Facebook. Buscó de nuevo todos los posibles sobrenombres de Ezequiel que se le ocurrieron, pero ninguno lo llevó a él. Intentó de nuevo con su hermana Agustina, pero tampoco tuvo suerte. Se acordó de la escuela de Flores a la que habían ido. ¿O era Caballito? El límite. Tenía que buscarla por la calle. El chico le había dicho que tomaba un colectivo en Alberdi para volver a su casa. Alberdi o Carabobo.

Aunque Ezequiel no hubiera terminado el secundario ella dio por sentado que su hermana sí. El día que la conoció, la chica le dijo que estaba en sexto año de una escuela técnica. Ese detalle no lo había olvidado porque Agustina no se parecía en nada al prototipo del industrial que ella tenía en mente y entonces, al mismo tiempo había aprendido que sus prejuicios eran viejos. Ezequiel se había cambiado un montón de veces de curso, de turno y de escuela antes de abandonar; en cambio, su hermana había ido siempre al mismo colegio desde primer año. Se lo había contado Ezequiel con admiración. Buscó los nombres de todos los secundarios públicos de Flores y Caballito. Ahí estaba, la Escuela Técnica 8 Vicente López y Planes. Encontró su página en Facebook y en seguida se desilusionó: no tenía forma de acceder a su lista de miembros o amigos, pero leyó algunos mensajes para ver si reconocía a Agustina bajo algún seudónimo. Se desanimó pronto. Facebook no era su aliado. Tenía que retomar el contacto con Rubén, aunque era probable que él tampoco conservara su número del 2010 y además, no tenía ganas de darle explicaciones a nadie.

Empezó a agobiarse. Se estaba complicando de nuevo la vida. ¿Qué necesidad tenía de remover el agua? “No te metas en situaciones de las que no puedas escapar si algo sale mal” era el consejo eterno de su padre. Las heridas se habían cicatrizado. Lo más factible era que Ezequiel se hubiera olvidado del asunto. Tendría una familia. Dos o más nenes. Eso era lo normal. Arrancar mucho antes de los treinta. Criar hijos por etapas: bebés, adolescentes y de nuevo bebés.

Cerró la computadora. Si analizaba lo que estaba haciendo se daba cuenta de que lo que más quería era que el chico la perdonara, pero buscar eso solo era injusto para él. Que Ezequiel la odiara era el precio que le había tocado pagar a ella. ¿Por qué no aceptaba que todo había sido una negociación?

Había otra cosa además de su culpa y eran Amanda y sus problemas. ¿Era traído de los pelos pensar que hubiera alguna relación entre ellos y la ausencia de un padre?

Fue a la cocina y se preparó una taza de leche caliente. Nunca tomaba leche para dormir, pero le pareció otra buena oportunidad para probar algo nuevo. Observó los detalles de su cocina, los muebles color almendra, las imperfecciones del porcelanato. Las cosas se enrarecían bajo la lupa. Se asomó por el balcón y miró hacia la calle, tratando de descubrir a algún otro al que le costara dormir esa noche. No sabía casi nada de su barrio. Conocía a muy pocos vecinos. Ni siquiera, a las personas de su edificio. Con los inquilinos más antiguos había compartido algunas conversaciones casuales. A los nuevos los había saludado al llegar y nunca los había vuelto a cruzar porque tampoco iba a las reuniones de consorcio. Le habían prometido una vida mucho más variada cuando era chica. Había alimentado la fantasía de que incluso podía ser épica, pero a sus cuarenta y cuatro años, se daba cuenta de que el problema no era la existencia, por insulsa que fuera, sino sus expectativas. Estaban siempre fuera de escala. No se correspondían con nada: ni con las ambiciones de su papá o su hermano, ni con los deseos de sus amigas. Nunca habían incluido lo que se paga por hacerlas realidad. Recién lo estaba descubriendo: todas las elecciones tenían un precio y cualquier organismo, para desarrollarse, había tenido que abrirse camino anulando un montón de posibilidades intermedias. Ya no importaba que se sintiera buena o mala. Había puesto algo malo en el mundo.

Escuchó los pasitos de Amanda. La nena le preguntó si se podía meter en su cama. Magda tardó en responder. Había dormido con su hija hasta los dos años y conseguir que se quedara toda la noche en su cuarto había sido tan difícil que no quería dar marcha atrás por la pereza de un día. Se levantó con la taza en la mano, todavía llena. La nata fría le dio asco y tiró la leche por la pileta. Alzó a la nena hasta que sintió un dolor en la cintura y la obligó a caminar. Se acostó con ella y la abrazó el hasta que se quedó dormida.

XI

A veces le gustaba provocar a Ángela para que le dijera algo doloroso. Hacer la prueba de si tenía o no la piel de acero.

—¿Cómo que es imposible de saber? ¿Te parece que no soy lo suficientemente abierta con mi hija, eso me querés decir?

—No…

—Entonces, ¿qué?

—Los chicos no aprenden lo que les decimos sino de lo que hacemos. Por qué los castigamos, cosas así.

—¿Y vos creés que la pude haber traumado o que le pongo mucha presión para que hable y por eso le cuesta tanto?

—No sé, Magda. Eso no te lo puedo decir yo.

—Pero podés decirme algo. ¿Cómo te parece que soy?

—Y bueno, vos sabés. Sos rígida. Distante. Sos capaz de hacer lo que le hiciste a Ezequiel de un día para otro. Cortar la relación. No cualquiera hace una cosa así.

—No puedo creer que justo vos me vengas a decir eso. Si fuiste de las primeras en criticarlo.

—Ya sé… Tuviste tus razones.

—¡Obvio!

—Pero, aunque Ezequiel no fuera un buen padre igual es su padre. Ves la diferencia, ¿no?

—Ya te lo expliqué… en ese momento él tampoco podía hacerse cargo. Yo tomé la decisión por él pero ahora veo las cosas de otra manera.

—Menos mal.

—¿Cómo "menos mal"? ¿Qué me querés decir? ¿Que no merezco tener una hija?

—Eh, pará, siempre tenés que exagerar todo para que suene absurdo.

—No, al contrario. Trato de pensar lo peor para ver si me lo puedo bancar. A veces me digo: ¿y si termino presa? Algo bueno debe tener… de última, hago ejercicio, leo, juego al ajedrez... Me ayuda a poner las cosas en perspectiva.

—Claro, pero también de esa manera no te hacés cargo de las cosas que sí podés cambiar, qué viva.

—Vos sabés que lo de Amanda es más complejo... ¡Tampoco tiene que ver solo con lo que pasó con el padre! Hay un montón de chicos que no tienen padre. Y además, ya te dije que los médicos me dicen que no tiene nada. Que le falta soltarse, integrarse nomás, madurar.

—Ojo que los problemas del principio del embarazo, las peleas a los gritos sí pudieron haberla traumado.

—Tampoco vivía una situación de violencia extrema. No exageremos, Ángela.

—A lo mejor, la tenés que cambiar de terapeuta, nomás, ¿no?

—Sí, ya lo pensé, pero no estoy muy convencida.

—Me parece que ella hace demasiado hincapié en esto del padre y quizá te confunde, te mete presión.

—Hay que descartar hipótesis.

—Tenés ganas de volver a verlo, ¿no?

—Puede ser…

—¿Y para qué?

—…

—¿Para pedirle perdón? ¿O te gustaría tener una relación con él?

—¡No!

—¿No será que te sentís sola, aburrida? No vas a hacer lo mismo que al principio, Magda.

—Bueno, pará… Además, ¿qué problema hay si estoy aburrida?

—Ninguno, pero entonces, no lo vayas a buscar. Te podés coger a otro tipo. ¿Por qué justo a él?

—No me pasó lo mismo con otro tipo.

—¡Pero qué ganas de armar quilombo, nena! Además, es demasiado pendejo para vos.

—¡Estás celosa!

—Uh, sí, no sabés.

—Si pienso en cómo cogíamos claro que lo quiero volver a ver, pero no es solo por eso. Me siento culpable por cómo lo traté. Me gustaría pedirle perdón, no sé. Y está lo de Amanda también, por supuesto. Si no, ¿de qué estuvimos hablando recién?

—Bueno, se me hace un poco raro que te pase así, de repente.

—No es de repente, pasaron cinco años.

—…

—Igual, no es que espero gran cosa de él. No mucho, solo que se vean un par de veces.

—¿Y le vas a mostrar al padre para que lo vea un par de veces? ¿No te das cuenta de que es peor?

—¿Por qué peor? ¿Qué es mejor para vos? ¿Una vez, dos veces o nunca? Para vos siempre es mejor nada de nada, ¿no?

—Lo decía por Amanda. Yo estoy pensando en ella.

—Yo también.

—No me trates de pelotuda.

—Es que no creo que sea malo para nadie. Que lo vea y punto. Si prospera, buenísimo y si no, entonces, tenía razón.

—No tenías razón porque hiciste que esa relación no exista. Y a lo mejor ya es tarde.

—Pero él nunca la reclamó, tampoco es solo mi culpa.

—Mnn…

—Me mandé una cagada, lo acepto.

—Hiciste una cosa horrible.

—¡Ya lo sé! Pero también existe el arrepentimiento, ¿no?

—¿Es que no ves lo que te moviliza ahora? ¿No te das cuenta? Te lo querés coger un par de veces y después dejarlo pagando. Por lo menos sé sincera.

—¡No! Me gustaría pedirle perdón por muchas cosas. La orden de alejamiento, por ejemplo.

—Bueno, él te amenazó.

—Me insultó mucho, feo, pero no es lo mismo. Cuando lo pienso no lo puedo creer.

—Igual, el pibe era un sacado, ¿qué sabés lo que te podría haber hecho?

—Es verdad… Lo que más me choca es esa carta que le escribí cuando nos separamos.

—¡Pero la carta la debe haber tirado a la mierda!

—No.

—Te creés el centro del mundo, boluda.

—Y vos enredás todo, te ponés moralista. También hay pasiones, impulsos. Y además, las personas podemos cambiar.

—Sí, a veces para bien y otras para mal.

—Tengo casi 45 años y él cumplió recién 28. Es patético todo esto, ¿no?

—¿Y la edad qué tiene que ver?

—Que si él me ve ahora se va a querer matar. Va a pensar que por una vieja como yo sufrió tanto, qué bajón, por dios.

—Tampoco somos tan viejas, che. Además, estás bárbara.

—Seguro…

—Y tampoco sabés si sufrió tanto.

—…

—Yo creo que me pegó muy mal que se fuera Pablo, también. Él pasaba un montón de tiempo con Amanda.

—Hay que ver cuánto aguanta allá, ojo.

—¡Si vivía con mi viejo hasta hace poco! Esta mina lo ayudó a despegar, qué se yo. Yo no creo que vuelva.

—Bueno, pero no estás sola. Tenés una hija, a tu viejo. Me tenés a mí. Todos somos tu familia.

—…

—La familia no es solo una pareja y sus hijitos.

—Supongo…

—Estás obsesionada con eso. Yo tengo ese tipo de familia y a veces también me siento sola.

—¿Sí?

—Pero esos días, agarro y te llamo.

—Qué bueno. Soy una desagradecida, ¿no?

—No sé. Una histérica seguro.

Cortó. Se daba cuenta de que estaba idealizando el pasado desde la distancia y del mismo modo, no podía ver nada del presente. Recordó un episodio, al principio del embarazo. Ezequiel la acompañó al médico y ella lo aceptó, confundida, como todas las veces que se vieron desde que ella tuvo la noticia de que iba a tener un hijo. Él quiso manejar y ella lo dejó, pero no manejaba bien. No usaba los espejos. Magda se puso furiosa, quiso tomar el control del volante. Se pelearon. Una discusión corta, agitada, que se disipó cuando llegaron al hospital. Le hicieron una ecografía porque había sentido contracciones y se había asustado. No le prestaron mucha atención. Le dijeron que volviera si tenía otros signos de alarma como pérdidas o dolores, que las contracciones eran normales mientras no fueran regulares y duraran mucho, que eso podía anunciar un parto fuera de término, pero que tuviera criterio, que ella era una profesional de la salud, que no sobredimensionara lo que le pasaba. Ella no dijo nada, pero aceptó la condescendencia del médico de guardia. Ezequiel se frustró, lo insultó y le pidió que se disculpara ante su mujer. Magda lo terminó sacando a empujones del consultorio.

Cuando nació Amanda, unos meses después, ya no estaban juntos. Las contracciones empezaron la mañana de un lunes. Eran regulares, se sentían como cuchillazos. Magda tuvo la certeza de que estaba entrando en trabajo de parto. El dolor era inaguantable y llamó a Ángela. No quería hacerlo. Desde que se acercaba la fecha había esquivado a su amiga todo lo que había podido. La relación con Ezequiel había

cambiado para siempre el vínculo entre ellas. Primero, para mal; después, ya ni sabía. Ángela la había juzgado por salir con él y después, por abandonarlo. Entonces, Magda había optado por tocar el asunto lo menos posible con ella y poner el foco en su embarazo. El bebé era impune, el espacio en el que se fundían todas las razones. De ese modo, habían seguido adelante. Ángela era una amiga leal, pero a cambio, había que seguirle algunos caprichos, como entender sus valores cambiantes. Magda siempre había querido tener una hermana mujer, pero cuando pensaba que podría haber sido como Ángela se daba cuenta de que no hubiera podido crecer al lado de una mujer así sin sentirse insegura y acomplejada.

XII

Nunca se imaginó que algún día iba a tener ganas de volver a verlo. Había aceptado con alivio la decisión de Ezequiel de dejar de llamarla, pero ahora que sí quería encontrarlo, se daba cuenta de lo poco prudente que había sido al no armarse de una red de contactos que le hubieran acortado el camino para llegar hasta él. Intuía que a través de la hermana iba a ser más fácil pero no tenía verdaderas razones para pensar eso. Y si ya de Ezequiel sabía bastante poco, de Agustina ¿qué sabía? Casi nada. Apenas podía calcularle la edad.

Un mínimo de 23 y un máximo de 25.

Una noche soñó que iba a la escuela a buscarla de ella. El edificio se parecía mucho al jardín de Amanda. Pedía por la secretaria y preguntaba si había alguna manera de conseguir datos actuales de una persona que había estudiado ahí. La secretaria se llamaba Sara. Lo recordaba con facilidad porque era uno de los nombres que había considerado para su hija junto con “Amanda”. Sara la trataba con desgano, había decidido muy pronto que no tenía nada que hacer por ella. Magda se ponía insistente, la golpeaba y muy pronto la escuela se llenaba de policías. Cuando le preguntaban a la mujer qué había pasado, Sara la señalaba como la loca que había ido a pedir datos de menores cuyo parentesco no podía justificar.

Solo yo sé que es el padre.

No había chances de que fuera de otro hombre porque no había tenido relaciones sexuales con nadie más que con él ese año. El hecho de que el único sostén de esa certeza fuera su memoria la hacía sentirse incómoda. Sabía que si se acercaba otra vez

al chico corría muchos riesgos. Desconcertarlo, volverlo loco, desatar la agresión que él había elegido no liberar contra ella. Había dado una muestra de sabiduría la última vez que se vieron. O de desidia. Ezequiel se había dado cuenta a tiempo de que no tenía tanto interés en pelear por una hija que ni siquiera había querido tener. Magda se había aferrado a esa idea para pasar página.

Más de una vez pensó que se los encontraría por la calle. Las opciones eran siempre parecidas: Ezequiel corría y la insultaba o terminaban en un telo a la hora de la siesta. Cuando pensaba en la chica, se armaba una imagen más nítida de su aspecto físico: el pelo recogido con una hebilla, el maquillaje impoluto, las botas lustradas encima del jean. Que no hubiera pasado todavía no quería decir que jamás fuera a pasar. La chica, además, tenía algunas cosas a su favor en un encuentro cara a cara: la superioridad moral; el derecho a réplica.

Y veintipico de años contra más de cuarenta.

Pensó que no había nada peor que sentirse malo y viejo. La maldad era un derecho de la juventud.

Amanda estaba en el jardín y ella ese mes cubría la licencia por maternidad de una colega del hospital. Al día siguiente, tenía tres cirugías programadas. El jueves, una interconsulta con un estomatólogo de La Plata. El viernes, un Congreso. No podía vivir sin esos objetivos porque los resultados la animaban, le daban la inyección de intensidad a la que era adicta, pero después de quince años de trabajar a ese ritmo se sentía agotada.

Sonó el teléfono.

—Llaman del jardín de Amanda. Dicen que se siente mal. ¿Te paso? —preguntó la chica de la recepción.

—Sí, por favor.

Magda se disculpó con su paciente. Atendió, alarmada.

—Hola.

—¿La mamá de Amanda?

—Soy yo.

No quiso preguntar para no anticipar la respuesta. Tenía pánico de que sus palabras pudieran direccionar en algún grado lo que iba a pasar.

—Amanda está decaída y se toca mucho la panza. ¿Podés venir a buscarla?

—Sí, sí. Salgo para allá.

Su agenda giraba en torno a las necesidades de su hija, que se complejizaban en lugar de simplificarse, como era de esperar. Los primeros años se había organizado

mejor, con Amanda bebé y sin ningún diagnóstico que le desdibujara el mapa de su vida. El cambio había sido drástico, pero Magda había estado abierta a esa dinámica y había podido pagar por toda la ayuda que le había hecho falta. El último tiempo, sin embargo, todo se había deteriorado y no por su falta de organización sino porque se sentía insatisfecha con los resultados y no sabía qué dirección tomar para que mejoraran.

Laura se había ido a Paraguay y Romina, la niñera de reemplazo, nunca atendía el teléfono. Llamó a su secretaria para explicarle lo que había pasado y le pidió que cancelara los turnos de esa tarde y los del día siguiente.

—¿Por qué no la traés acá y yo la cuido? —sugirió Vanesa.

—No, no, ya veo cómo me arreglo. Gracias.

Llamó a su papá, pero no lo encontró. Insistió con Romina, pero tampoco tuvo suerte.

No podía creer que su hija se enfermara justo esos días. No se enfermaba desde que tenía dos años. Todo lo que pasaba le parecía signo de otra cosa.

Salió corriendo hacia el garaje. Apenas estuvo en la calle, pensó en la propuesta de Vanesa.

Podría probar con ella esta única vez.

El celular le vibró en el bolsillo.

—Hola Magda. Soy Vanesa de nuevo. Llamé a mi hermana y me dijo que no tenía problema, que te puede cuidar a Amanda. ¿Por qué no se la dejás a ella, así no colgamos a los pacientes?

—Vanesa, te dije que hoy suspendíamos toda la agenda.

—¡Pero todavía estamos a tiempo de reubicar los turnos! ¿Cuánto podés demorar?

Magda cortó. Pensó que quizá la chica estaba poniéndole demasiada energía a un trabajo como ese. Tuvo ganas de advertirle que no lo hiciera. Que no valía la pena. Que un trabajo tenía que darle mucho más que eso para pagarlo con abnegación. Y ni siquiera.

Miró el teléfono para ver si su secretaria la llamaba de nuevo. No lo hizo.

Cuando llegó al jardín, volvió a mirar el celular. Tenía cinco llamadas perdidas de Vanesa. Un mensaje:

"Magda. No quería molestar sino ayudarte. Me parece que no podemos cancelar turnos cada vez que pasa algo imprevisto porque no es profesional. A lo mejor, no estés a gusto conmigo y prefieras contratar a otra secretaria."

Magda sintió un alivio inusual. Entendía las razones de la chica. No iba a cuestionar su decisión. Tal vez, todo ese tiempo se había estado preparando para algo así.

Le di muchas razones para que se quiera ir.

A veces, prefería trabajar en contra de sus sensaciones, usar solo sus métodos para avanzar, aunque la hicieran sufrir. Le resultaba más fácil cumplir con objetivos que sentirse bien con los resultados.

Amanda salió del jardín de la mano de una preceptora. Estaba pálida. Tenía el pelo enganchado en una colita amarilla, el flequillo a un lado.

—Hola bebé. ¿Cómo te sentís? —le preguntó Magda. Amanda no dijo nada, pero la abrazó del cuello. Magda se hundió en el olor rancio de su transpiración, su placer favorito.

—¿Te duele la panza?

La nena dijo que sí, aunque no muy convencida.

Subieron al auto. Magda le escribió un mensaje a Vanesa:

"No te vayas sin verme antes. Te merecés una indemnización extraordinaria."

Manejó hasta su casa, mirando a la nena por el espejo retrovisor. Sintió que su cuerpo ya no le respondía y que en cuanto se acostara no se iba a despertar. No tenía ganas de recomponer lo que se estaba empezando a destruir. Recibió otro mensaje de su secretaria.

"¿Estoy despedida?"

Magda le contestó que no pero tampoco le dio explicaciones. Apagó el celular. La llamaría más tarde, arreglaría las cosas. O no.

Llevó a Amanda a upa hasta su cama. Le tomó la fiebre. Estaba muy alta. Tenía 39,5. Cargó un medidor con Ibuprofeno y un vaso con Seven Up y se los dio.

—¿Mi papá dóde está? —preguntó Amanda, inquieta.

—Muy lejos.

Nunca le había mentido antes, pero empezaba a temer que su hija tuviera más información de su papá de la que ella le estaba dando y se diera cuenta de que era una farsante. Las maestras sabían más del asunto. A lo mejor, le contaban.

—¿Va venid?

—Yo te dije que teníamos que esperar un tiempo, pero que ya lo íbamos a encontrar. Todavía no hablé con él.

—¿Pod qué no?

—Es que tengo que encontrar el número. El que yo tengo no funciona.

—Ah…

—El tío me puede ayudar. Mañana lo llamo. Y si no lo encuentro, voy a hablar con otro hombre que lo pueda encontrar. A tu papá o a tu tía Agustina.

—¿Agutina?

—Sí, sí. Tu papá tiene una sola hermana y esa es tu tía.

—¿Tu tía?

—No. Ella sería mi cuñada.

La palabra le resultó extraña en su boca.

—Pero como yo no vivo con tu papá, en realidad, no es nada mío.

—¡¿Pedo qué es?! —insistió.

La sorprendió la pregunta.

—Hagamos de cuenta que vos tenés una hermana y un marido.

—¿Qué es un badido? —La voz de la nena sonaba más aguda que lo habitual. Magda notó que era la fiebre. La enrarecía, pero a la vez, la volvía locuaz.

—Ezequiel, tu papá, sería como mi marido. —Amanda batió sus manitos en el aire y se reclinó otra vez contra la almohada.

Llamó a Vanesa. Le pidió disculpas y le dijo que se vieran al día siguiente para conversar. A la hora, Laura le mandó un mensaje para contarle que había vuelto de Paraguay. Magda sintió que había recuperado su red y pudo dormir.

Se despertó convencida de que lo mejor sería llamar al tío de Ezequiel. Buscó la agenda del 2009 en el último estante del placar y ahí la encontró. Marcó el número, pero una grabación le informó que estaba fuera de servicio. Se acordó de que había conseguido el contacto de Rubén a través de Francisco, el vecino de enfrente.

Cruzó la calle y le tocó el timbre. El hombre la atendió por la ventana y le hizo señas de que esperara.

—Hola Francisco. Disculpe que lo moleste. Quería saber si todavía conservaba el número de Rubén, ¿se acuerda? El albañil que me hizo la reforma de la casa a finales del 2009, principios del 2010.

—Sí, sí, Rubén, claro que me acuerdo, lo que pasa es que se fue a vivir a Mendoza y ya no supe más nada. ¿Vos lo necesitás urgente? Mirá que tengo el teléfono de otro albañil, también muy bueno, que me hizo la parrilla.

—No, no, es porque tengo que encontrar a su sobrino, y no sé cómo contactarlo si no es a través de él, pero no se preocupe, ya veo cómo me arreglo.

—Y, no sé… tal vez yo puedo hablar con Miguel, que era vecino de Rubén. Él me había pasado el contacto una vez y a lo mejor tiene el número nuevo.

—Ah, eso puede ser. Muchas gracias, Francisco.

—Bueno, dale. Si lo consigo te aviso.

Volvió a su casa nerviosa. Ya había encendido la mecha.

XIII

Terminó de suturar. Se lavó las manos. El paciente todavía estaba anestesiado y tenía que esperar unos veinte minutos para irse. Magda se disculpó ante el acompañante y salió del consultorio. Llamó a Laura y ella le dijo que no se preocupara, que Amanda no había tenido fiebre en toda la tarde. Ya hacía tres días que estaba en casa y empezaba a mejorar. Se mordió los labios al imaginar que Laura la cuidaría mejor que ella.

Volvió al consultorio para despedir al paciente. Le dijo que no se sacara la gasa, que no se hiciera buches por dos días. Tenía mucho trabajo y poca energía. No había sabido nada del vecino y estaba empezando a considerar que la única posibilidad de encontrarse con Ezequiel sería yendo a su casa, aunque no tuviera idea de qué haría después. Por eso, fantaseaba con dejarle otra carta en la que le explicara todo, que el chico agotara por su cuenta los reproches que ella ya se había hecho y que en ese proceso la perdonara y decidiera olvidar lo que ya no se podía destruir y solo los lastimaba.

No estaba segura de si quería verlo o si solo necesitaba que se encontrara con su hija. A lo mejor, Amanda no tenía ningún problema y solo se aburría con ella, detestaba la vida que le había armado, siempre rodeada de adultos poco sociables. ¿Cómo se le había ocurrido que podía criar a un chico?

Las manos le transpiraban.

Quizá prefiera no verme más, no quiera saber nada de mí o de Amanda, aunque se lo pida de rodillas.

¿Qué haría en ese caso? ¿Reclamarlo a través del Juzgado? Ya había usado a la justicia para apartarlo. En esa oportunidad no había dicho que Ezequiel era el padre de la nena. Solo un exnovio despechado que la amenazaba.

Si él no quiere, lo voy a tener que respetar.

Sabía que resignarse, aceptar los límites que le ponían otros no estaba en su naturaleza. A lo mejor, no podía cambiar. Salir a buscarlo como una loca de un día para otro era la prueba de eso.

Iba a hacerlo igual porque lo contrario era la garantía de que Amanda la odiara.

A las ocho de la noche terminó con su último paciente. Solo un día a la semana trabajaba doce horas seguidas en el hospital. Los otros, alternaba con el consultorio. Los viernes a la mañana daba clases en la facultad. En el hospital, hacía cirugías dento—maxilares, por lo general ambulatorias, a menos que algo se complicara. En su consultorio, se dedicaba más a la odontología general. Era un trabajo distinto y disfrutaba de esa combinación. Por eso, los días que atendía solo en el hospital la agotaban.

Miró su celular. Laura le había escrito para contarle que Amanda se había ido a la cama temprano y ya dormía. Llegó a su casa en menos de media hora. Se bañó y se acostó sin cenar.

Se despertó a las seis. Miró el celular y ahí estaba: un mensaje de Francisco con el número de Rubén. Lo iba a llamar más tarde, cerca de la una, con solo media jornada por delante y la panza llena.

Laura vino temprano otra vez para quedarse con Amanda. Probablemente, recién el lunes volvería al jardín. Magda terminó de desayunar, le dio un beso a su hija y salió de la casa sin maquillarse.

A media mañana, se decidió a llamarlo. El teléfono sonó dos, tres, cinco veces y apareció el contestador.

"Hola Rubén. Soy Magdalena, del departamento de Medrano en el que hizo la reforma en el 2010. Necesito hablar con usted porque quiero encontrar a su sobrino Ezequiel y solo tengo su celular viejo. Si no, también me puede pasar el de su hermana Agustina. Es urgente. Por favor, llámeme a este número o al 011 1576448. Gracias. "

Le mandó también un mensaje de texto con la misma información excepto porque en él aclaró que había conseguido el número a través de su vecino, Francisco, un conocido de Miguel. Pensó que quizá Rubén no escuchara los mensajes de voz ni tampoco leyera los de texto, como su padre, que usaba el celular como un teléfono inalámbrico. En ese caso, no había pasado nada, no había hecho más que volver a la situación del día anterior. Salió corriendo del hospital. Tenía que despejarse. En la recepción dijo que no se sentía bien, que volvería a los quince minutos. Fue a caminar a la plaza. Necesitaba recuperar la atención en lo importante: su trabajo, la salud de sus pacientes, pero no podía pensar en otra cosa que en el encuentro con el chico.

A las dos de la tarde, terminó su jornada en el hospital. Subió al auto. Miró el celular y no vio ninguna llamada ni mensaje.

Quizá Rubén no quiera saber nada de Ezequiel y nunca me va a responder. No tiene ningún motivo para hacerlo.

Aunque a lo mejor, sí había hablado con el chico y Ezequiel le había dejado bien en claro que no tenía intenciones de volver a verlas.

No. *Me detesta a mí sola y por mi culpa Amanda no va a tener nunca un padre.*

De pronto, la sensación de falta se transformó en lo contrario.

En cuanto lo conozca lo va a amar.

Siguió la historia hasta el final. Nada competía con un padre que llegara a sus vidas con un montón de novedades. Pero los celos que le despertaba pensar en eso no eran nada comparado con el miedo a perder la tenencia exclusiva. Ezequiel era más grande, podía asesorarse mejor o llevársela por la fuerza.

De repente, se sintió iluminada. Estaba pensando todo mal. La vida no era un boceto que se pudiera corregir, pero cada tanto, nos abría una ventana al pasado para actuar mejor en el presente. Sonó el celular. Sintió euforia, una dulce excitación. Encendió la pantalla.

—¿Hola?

—¿Hola Rubén?

—Magdalena… ¿Cómo te va?

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—Bien, bien.

—Soy la mujer de la casa de Medrano. ¿Se acuerda?

—Sí, claro, por eso te llamé. Y además, tuviste una nena con mi sobrino así que somos familia, ¿no?

—No estaba segura de que se fuera a acordar.

—¿Cómo no me voy a acordar?

—No sé, pensé que, como hace tanto tiempo que no nos vemos, después de lo que pasó con Ezequiel…

—¿Pero vos sabés? En tu mensaje me pareció que no sabías.

—¿Qué cortó relación con él?

—No, que Ezequiel se murió.

—¡¿Qué?!

—Yo vi que decías que lo andabas buscando. No sabía qué hacer porque igual no tengo contacto con él desde lo de mi hermana, pero como decías que era urgente. Además, tenés que saber. Por tu hija, la hija de los dos.

—¿Cuándo murió, Rubén?

—Un mes más o menos. A ver, no. Un mes y medio justo. Sí, yo fui al velorio y después me volví porque no me gusta estar allá, pero fui por mi sobrina porque está muy sola, para darle una mano.

—No lo puedo creer.

—Es una tragedia. Nadie se lo podía imaginar. No sabés cómo estaba la piba.

—Dios mío.

—Y encima hace tres años se murió la mamá de ellos también, mi hermana, la Graciela.

—¿Pero un mes y medio nada más? ¡Qué estúpida que soy! Mi hija lo podría haber conocido.

—Bueno, vos qué podías saber.

—Soy una imbécil.

—Calmate, querida. Igual está la Agustina. Es su tía también.

—…

—Llamala. Hablá con ella.

—¡Pero no! Debo ser la última persona que ella quiere escuchar después de una cosa así.

—No creo. Tiene una nena también, la Brisa. Le va a venir bien hablar con vos. Haceme caso y llamala.

—Lo voy a pensar, Rubén. Gracias.

—Pero ¿qué? ¿Vos no supiste más nada de él desde que tuviste al bebé?

—No, la verdad que no.

—¿En todos estos años?

—Es que no lo volví a ver. Nos separamos unos meses antes de tener a la nena.

—Ese pibe, las que me hizo pasar. Muchas macanas se mandó conmigo, pero yo lo perdoné hasta que me volvió a fallar, ahí dije no, se acabó, acá se corta todo.

—Qué triste…

—Sí, la verdad, tampoco se justifica terminar así, tan joven.

—Pero ¿cómo se murió, Rubén?

—Lo mataron. Para robarle el teléfono.

—¿En serio?

—Eso dice la hermana, pero yo no sé…

—No lo puedo creer.

—¿Y para qué lo querías ver de nuevo? Vos sos médica, ¿no?

—Soy odontóloga.

—¿Y qué te iba a dar mi sobrino a vos?

—Es por la nena. Yo pensaba que le iba a hacer bien conocerlo.

—Y, los nenes necesitan a su padre, es verdad, pero mi sobrino… No puedo creer que ni siquiera se hiciera cargo de una hija.

—No, Rubén, no es que no se hiciera cargo. Es muy complicado.

—¿Y tu nena cuánto tiene entonces?

— Ahora tiene 4 y medio. En marzo cumple cinco.

—Uh, cómo pasa el tiempo. ¿Y el Ezequiel no la vio nunca?

—No.

—Pobre piba, y pobre él también, che. ¡Qué vida! Por eso te digo que le hables a la Agustina. Llamala que se pueden ayudar.

—¿Y usted me podría pasar el número de ella? Porque no la encuentro en Facebook. La busqué antes para contactar a Ezequiel, pero no aparece con su nombre. Debe haberse puesto un pseudónimo.

—De eso no entiendo, che. Yo lo que te puedo dar es el celular, pero no sé cómo hacer mientras estoy hablando. ¿Te lo puedo pasar después?

—Sí, claro, muchas gracias. ¿Podría buscarlo y escribirlo en un papel? Yo lo llamo de nuevo en cinco minutos.

—¿Pero le vas a hablar ahora?

—No creo, no.

—Mirá que la piba no está bien, quedó muy mal con lo del hermano. No le vas a decir algo que la ponga peor y como tenés la noticia en caliente…

—Hoy no, Rubén. Es para tenerlo nomás.

—Mañana mejor, más tranquila.

—Sí, o la semana que viene. Todavía no puedo creer lo de Ezequiel… ¿Y lo enterraron o lo cremaron?

—Lo enterramos un domingo a la mañana, después del velorio que duró como un día y medio. Lo que pasa es que tardaron en devolvernos el cuerpo porque le tenían que hacer la autopsia y había que avisarle a la gente, pero nunca se sabía cuándo se lo podía ir a buscar, ¿viste? Fue horrible para la hermana.

—Una pesadilla… ¿Y dónde lo enterraron?

—En el Cementerio de Flores.

—¿Y fue algún otro familiar a despedirlo? Además de usted y Agustina, quiero decir.

—Familiar, nadie más, que yo sepa. Pero vos vieras la cantidad de pibes que había. Tenía un montón de amigos.

—Qué bueno… Lo habrán querido mucho.

—Parece que sí.

—Qué pena que nos hayamos vuelto a contactar por una cosa como esta, Rubén, pero gracias por contarme todo.

—De nada, querida.

—Entonces, ¿lo llamo en cinco minutos y me pasa el número?

—Sí, yo te lo busco, no te preocupes. Eso sí, a la Agustina hablale después de las cinco o seis. Trabaja ahí en el Bon Vivant de Rivadavia.

—Ah, bueno, perfecto. Chau. Y gracias otra vez.

—Chau.

Cuando cortó, sintió que no podía respirar. Ezequiel muerto. ¿Cómo se lo iba a explicar a Amanda? ¿Lo haría alguna vez?

Los pensamientos la abrumaban. Ni siquiera a su parte más obsesiva se le había ocurrido ese final. Ezequiel era esquivo y desconfiado, y ella lo recordaba como alguien capaz de sobreponerse a todo. Ahora entendía cuánto se había equivocado. Una vida sufrida no te hacía más resistente al dolor. Simplemente, contenía más cantidad de sufrimiento.

No tenía ni una foto de él ni una sola prueba de lo que habían vivido juntos. Bueno, sí. Estaba su hija. Lo llevaba en su ADN. Pensó que habían sido una familia mal que mal. Poco tiempo, los meses que duró el embarazo, aunque quizá ni eso, pero se aliviaba evocando el contacto minúsculo que habían tenido Amanda y él. Ezequiel le había hablado una vez a través de la panza, había empujado la gruesa piel que los separaba tratando de tocarla. Amanda habría alcanzado a distinguir su contorno, a formarse una memoria de su voz.

Pero no era eso lo que más recordaba de él. Solo a Ezequiel podía pedirle las cosas que la excitaban de verdad sin sentir que trataba de satisfacer un deseo que no era el de ella. Pensó que le hubiera gustado mostrarle algún signo de gratitud por eso que solo había tenido con él. No era una cosa menor. Era casi todo, y a pesar de eso, ella se había deshecho de él de un día para otro como una persona sin valor.

Porque te parecía poco para vos.

Ya no podía esconder esa vocecita. El embarazo no había sido la razón de la ruptura. El origen estaba atrás, mucho antes. El origen era su desprecio.

Recordó el primer día que estuvieron juntos. Ezequiel lloraba de bronca porque no encontraba sus herramientas y ella se arrodilló y lo agarró de las muñecas. De un momento a otro, el chico se calmó y la miró a los ojos de una manera nueva y acercó su cara a la de ella y la besó. Magda se dejó arrastrar hasta el living. Ezequiel la acostó en el sofá con las piernas colgando hacia afuera, por encima del apoyabrazos, y se quejó de que ella se hubiera comprado un pantalón con tantos botones. La empujó para entrar en el sillón y puso los talones encima de sus hombros. Ella enganchó los dedos en el pelo enmarañado del chico. ¿Vos no te sacás nada? Todavía no. Magda contó diez, quince minutos, no podía haber durado tanto, no me sigas chupando, vení, la cabeza del chico moviéndose, los ojos de él que se asomaban por su pelvis y sus dientes mordiendo los nudillos. Estás muy lejos, venite encima, dale, te quiero besar. Y cuando lo besó olía a aceite y a nafta. ¿Qué te pusiste? Es aguarrás, pero me lavé bastante. Él se sacó la remera y ella buscó los forros. No se acordaba de eso. Lo estaba inventando. El chico en su memoria estaba callado y cuando habló fue para pedirle: abrí la boca.

CAPÍTULO CUATRO. EL CIELO SIN ESTRELLAS

Agosto, 2010

XIV

Ezequiel dormía enroscado a la almohada. Magda se despertó y miró el reloj. Las once. Buscó un deshabillé y las pantuflas. Antes de ponerse la bombacha, se arrodilló al lado de la cama y levantó la sábana para verlo desnudo. Ezequiel abrió los ojos con una sonrisa y la besó. Ella lo masturbó hasta hacerlo acabar y se tiró boca debajo sobre la colcha. El chico, en lugar de buscarla, se apuró a cambiarse.

—¡Esperá! —gritó Magda. —Vení conmigo...

—No se me va a parar de nuevo, y tengo un hambre... —le acarició las mejillas con el dorso de los dedos. —¿De en serio estás embarazada?

Magda revoleó los ojos y se levantó.

—No quiero hablar de eso ahora.

Ezequiel le contó que había escrito una canción para la banda.

—A ver, cantala —dijo ella.

—Es un reguetón.

Magda se apoyó en el marco de la puerta con medio cuerpo afuera, por miedo a quedar acorralada por esa performance.

No sé qué querés de mí
Porque yo todo te lo di.
Te hacés la importante
Y no parás de hablar
Pero cuando te busco
Te echás para atrás.
Estás confundida, nena
Yo no soy tu juguete de cartón
Yo quiero tenerte
Y que me des pasión
No sabés lo que querés
Yo mi pecho ya te abrí

Y mi corazón te di

Aunque hoy me siento un gil.

No parás de histeriquear,

la flasheo con tu andar,

pero no sabés qué hacer

cuando te dan otra cosa.

¿Por qué todo es tan extraño, nena?

Ya no me banco tu juego.

No sé qué querés de mí

Porque yo todo te lo di.

—Es toda mía la letra, pero la música la hizo el Tomi, ¿te acordás?

—Ahá.

–Se llama *Gataflora*. ¿Te gusta?

—Está buena, sí.

—Tengo una banda de canciones que hice, pero nunca se las mostré a nadie. Ahora me voy a animar. ¿No querés que te escriba una?

—Si te dan ganas —dijo ella, coqueteando.

—Esta la hice para todas las mujeres.

Magda frunció el ceño, decepcionada. Había pensado que era para ella.

Se puso a preparar el desayuno. Ezequiel se metió en el baño.

—¿De cuánto estás, entonces? —gritó desde la ducha. Magda se puso incómoda. Todavía no era una cosa pública. Supo que adoraría y odiaría su estado. Ser y no ser madre. Fue hasta el baño y entornó la puerta.

—De unas diez semanas —dijo en voz baja.

Ezequiel salió de la ducha. Se puso los jeans sin calzoncillos y una toalla en la cabeza.

—Parece una cosa de esas… ¿cómo se dice? —y señaló con su dedo el bulto de tela.

—Un turbante —dijo Magda.

—Sí, eso. Yo me corté unos toallones en mi casa y me hice unos así chiquitos y les puse un botón acá, en la frente, para enganchar.

Magda caminó hasta él y lo acarició en el hombro. El chico retuvo su mano y la apoyó en sus labios.

Ella buscó las cosas para desayunar y las puso en la mesa. Ezequiel untó una rodaja de pan con manteca y después con dulce.

—¡Asqueroso! Usá otro cuchillo. ¿No ves que le quedan los restos adentro?

—Bueno, perdón —dijo él levantando las cejas.

Magda se dio cuenta de que había exagerado. ¿Cómo había pensado alguna vez que era una persona controlada? Solo sabía aprovechar los descuidos de los demás para sacarse los impulsos de encima, que no era lo mismo.

Un amigo me habría puteado.

Supuso que una mujer no podría despertarle al chico toda su agresividad. O que se estaría reprimiendo.

Me da lo mejor y yo busco lo peor.

Tenía que hacer la prueba de dejarse llevar por las decisiones de él, como le habían dicho que había que hacer en el río si te tomaba un remolino.

Cuando oigo la alarma, la ignoro. Sigo adelante y me doy cuenta de que es un engaño, que después de esa confusión viene la confianza.

El chico devoró lo que había en la mesa. La miró satisfecho y agradecido.

—Siempre tengo una lija en el desayuno…

Magda sorbió su café.

—No tenés nada abajo. Uhhhh —dijo Ezequiel y le pellizcó un pezón.

Ella sintió la advertencia.

No lo busques. No dejes que te rechace otra vez.

Se paró con las tazas en la mano.

—Sentate acá conmigo, dale. Siempre estás haciendo otra cosa ¿Qué te dijo el médico?

—Que por ahora todo bien. Me tengo que hacer un control cada mes, igual.

—¿Sabés que mi hermana también está embarazada?

—Me la crucé el otro día en la parada del colectivo, sí.

Ezequiel untó otro pan con manteca. Una tostada tras otra. Comía con voracidad y sin embargo, no tenía ni un gramo de sobra. Magda pensó en decirle que dejaran las cosas así, que se separaran sin sufrir. Ya se lo había planteado en el auto: podía tener ese bebé sola. No se iban a poner a jugar a la familia solo porque cogían bien.

Recordó que no se habían cuidado la noche anterior.

¿Y si él se acuesta con otras, con esas putitas que no saben ni lo que es un forro?

Sintió una mezcla de bronca y asco. Pensó en Agustina, en la tranquilidad con la que parecía llevar adelante su embarazo. ¿Cómo hacía para vivir así, sin planificar nada?

Como si estuviéramos en la prehistoria.

—¿Qué voy a hacer con tantos pibes? —preguntó el chico.

Magda decidió tomar el camino más corto.

Las cosas como son.

Ezequiel la miró un rato largo, como si leyera en ella las respuestas. Y al contrario que otras veces, ella no lo pudo subestimar.

—Vos sos muy pendejo, Eze.

—No tanto.

No iba a ser fácil. Magda detectó una pequeña sonrisa que la hizo preocuparse. Sintió que sus piernas se ablandaban, que se estaba sofocando. A Ezequiel le estaba gustando la idea.

Voy a desaparecer. Que se olvide de que existo.

Ezequiel la tomó de las muñecas.

—Yo te amo a vos.

Ella no quería oír esas palabras. No iba a responder por ellas ahora. Tenía que ocuparse de abrir un hueco en el futuro. Si hago esto, a lo mejor mañana...

—Podemos venirnos a vivir acá, los tres juntos —dijo él. —Yo cuido al bebé después de las seis, y a la mañana lo mandamos a la guardería.

—No tenés ni puta idea de lo que estás diciendo. Eso lo pensás ahora, qué vivo. ¿Vos sabés lo cansado que vas a estar a las seis de la tarde, después de laburar todo el día?

—¿Vos me vas a decir lo que es laburar?

—Si tenemos un bebé vas a estar mal dormido, agotado. A las seis vas a tener ganas de tirarte en una cama, no ponerte a hacer una papilla. ¿No ves que sos un inconsciente?

—¿Y qué vas a hacer, eh? ¿Querés abortar ahora? Yo no te voy a dejar matar a mi hijo ni a palos.

Claro que no voy a abortar.

Desde que supo que estaba embarazada, ese hijo era lo que más quería en el mundo. Un hijo para descubrir algo más duradero que el sexo y más importante que ella misma.

—Lo voy a tener como sea, ya te lo dije.

—Y bueno, me tengo que rescatar.

—¡Lo quiero tener sola!

—Pero no es tu hijo solo. Es de los dos. Vos me dijiste que era mío. ¿Qué? ¿No va a tener padre el guachín?

—Hay un montón de chicos que no tienen papá. Vos, por ejemplo.

—Porque mi viejo se murió, la concha de tu madre —Ezequiel se sobresaltó al escucharse.

—Lo vas a poder ver de vez en cuando, pero no armemos una familia: con el perro, el gato y la casita. No va a funcionar. Somos personas muy distintas, Eze.

—No... Yo me vengo para acá. No quiero vivir más en el Bajo. Este es alto barrio. A la noche comemos juntos, yo cocino, corte hago todo, y el fin de semana, a veces salgo yo y a veces salís vos.

—Con un bebé se acabaron los fines de semana, nene.

—Bueno, pero después. Yo qué sé. O salimos los tres, vamos al parque, a jugar a la pelota.

Se le empezaba a acabar la paciencia. Ni siquiera ellos habían pasado suficiente tiempo juntos.

—No quiero que nos arruinemos la vida.

Algunas lágrimas rodaron por la mejilla del chico.

—Yo pensé… —Ezequiel no pudo terminar. Dejó que saliera el llanto y se reclinó sobre sus brazos, encima de la mesa. —Si estaba todo bien, Magda. Entonces no lo tengas. Yo prefiero que estemos juntos, no quiero que no nos veamos nunca más.

No entiende.

Pudo verse en su lugar. Quizá ya había estado ahí, incapaz de interpretar cualquier signo del mundo, bloqueada por un sentimiento privado.

A veces hay que ser egoísta.

Maga cerró los puños con fuerza. Las uñas se le clavaron en la palma.

—¿De en serio lo vas a tener sin mí?

Ella sintió que en ese momento tenía el poder de convencerlo de casi cualquier cosa. Más tarde no. Él podría reclamar al bebé. Podría pelearle la tenencia cuando creciera.

—Todo lo que está pasando ahora va a cambiar nuestra vida de los próximos ¿qué? Veinte, treinta años. ¿Te pusiste a pensar en eso? —preguntó ella.

Ezequiel levantó lo hombros.

—Yo quiero tener un hijo, pero no es algo que vos estuvieras buscando. Si no era con vos podía haber sido con otro.

—¿Con quién?

—Es una forma de decir.

Magda levantó las últimas cosas de la mesa y se puso a lavarlas, dándole la espalda.

—Por eso me mentiste, ¿no? —dijo él, exaltado.

—Yo no te mentí.

—Sí, ¡me dijiste que no podías tener hijos!

—No, te dije que tenía un problema que me hacía muy difícil quedar embarazada. Vos aprovechaste porque no te gusta usar forro.

—Mentirosa. Me dijiste que eras infértil. Que no tenías ovarios o algo así.

—Que tengo un solo ovario y que soy muy irregular también, eso puede ser, no que no tengo ovarios. ¿No ves que escuchás lo que se te canta? Así vas a dejar embarazada a todas las minitas que te cojas, nene. Total, qué importa, ¿no? Un pibe más o menos. Lo importante es meterla sin nada.

—Bueno, con vos no me cuidaba, pero porque sos vos, porque estamos juntos. Y ahora que te hice un pibe ya no me querés ver más, ¡qué hija de puta! Me usaste y ahora me mandás a la mierda.

—No te estoy mandando a la mierda y tampoco es que no te quiera ver. Solo que no creo que podamos ser una pareja.

Se había quedado sin argumentos o ya no estaba segura de que iba a seguir creyendo en ellos por mucho tiempo.

—¿No te das cuenta de que soy mucho más vieja que vos, que cuando vos tengas mi edad yo voy a tener cincuenta y seis? ¡Te llevo diecisiete años!

—Pero vos ya estás embarazada, nena. A lo mejor, yo esperaba, qué sé yo, un par de años, pero ya quedaste y es mío y vos querés que encima los abandone.

Ezequiel se tiró sobre el sillón y puso la cabeza en el espacio que dejaban sus brazos, boca abajo. Magda se acercó, culposa.

—No llores, por favor y perdoname.

—No me quiero ir.

—No te vayas, entonces. Quedate hasta mañana.

XV

Su hermano Pablo trae el pernil y el aroma a limón y ajo invade el comedor. Apoya la bandeja en la mesa y con un cuchillo enorme empieza a cortar. Magda levanta una copa vacía y la golpea con un tenedor. Sabe que es ahora. Tiene que contarlo, pero Mauricio le gana de mano.

—¡Por los cocineros!

Magda se sienta de nuevo y se sirve gaseosa, aliviada.

—¡Bravo! —dice Ángela, aplaudiendo. —Está todo exquisito.

—¿Pero si ni lo probaron todavía? Primero lo primero —El padre de Magda corta una lonja fina y la sirve. —El invitado especial.

Horacio le entrega el plato y Ezequiel sigue sus movimientos con los ojos. Llega el turno de Magda. Una feta para ella con doble ración de ensalada. Preferiría servírsela sola pero ya es tarde. La remolacha dulce y el pernil con su toque cítrico combinan muy bien. Ezequiel abre la boca todo lo grande que puede para meterse un bocado de cerdo. Magda tiene ganas de decirle que coma porciones más chicas, pero no lo hace. Podría cortar la comida y anunciarlo de una vez por todas: “Estoy embarazada. Voy a tener un hijo con él”, pero no quiere generar tensión. Piensa que Mauricio hizo bien en interrumpirla.

Magda le pasa la ensaladera a Ezequiel, que la rechaza con toda la amabilidad que puede.

—¿Qué te pasa? —susurra ella.

Él agarra su mano y le dobla los dedos hacia adentro.

—No digás nada, es para bardo.

—Es mi familia —dice, poco convencida.

—Otro día. Hoy no —insiste Ezequiel mientras roza sus nudillos con los suyos. —Es la primera vez que vengo, pará un toque.

—Ángela ya lo sabe. A lo mejor mete la pata.

Magda deja que la carne se le enfríe en el plato. Ezequiel se sirve vino. A medida que va entrando en confianza se llena la copa más seguido. Magda lo mira atenta, como si con esto tuviera el poder de controlarlo. Ezequiel se lame los labios azules; los ojos también se le ven azules de tan negros. Ángela y Mauricio hablan entre ellos; Horacio y Pablo repiten movimientos como si estuvieran en sintonía. La comida salva la distancia. Magda especula con que ya hablarán después del postre. Igual, a su papá no le gustan las largas sobremesas así que sabe que el encuentro no se va a dilatar demasiado, aunque sea atípico.

—¿Así que vos sos el sobrino de Rubén? —pregunta Horacio. —Mi hija me habló maravillas de tu tío. Ya estuve conversando con él para hacer una reformita acá y todo.

—Ah, no sabía nada, señor.

—Pero no me digas señor, ¡che!

—Disculpe.

—Decime Horacio.

—Bueno.

—Y tuteame. Voseame sería lo correcto, ¿no, Magda?

—No sé, pá.

—¿Cómo no sabés?

—No sé si se dice voseame.

—Seguro que sí.

Vuelven a comer en silencio. Se oyen los ruidos de los tenedores que golpean los platos; los cuchillos que marcan la porcelana. Magda siente la mano de Ezequiel sobre su pierna. Mira a su alrededor y percibe desinterés en todos. Les ofrece ensalada de repollo.

—Ya comí —dice el chico.

—Pero este es blanco.

Ezequiel dice que no y se da unas palmaditas en los abdominales para demostrar que está lleno. Ella corta la carne en tiras angostas. Unas moscas sobrevuelan el pernil y el chico las espanta con la mano.

—¿Y estuviste en la obra desde el principio? Magda me dijo que trabajás muy bien, que sabés hacer de todo —dice Horacio.

Ezequiel se toma demasiado tiempo en contestar.

—La electricidad no la hacemos, no.

—Ah, igual que tu tío, claro, qué tonto. El otro día me aclaró eso. Ahora que te miro bien, son parecidos los dos, ¿eh? ¿Vos sabés que yo trabajé de albañil cuando era joven?

—¿Sí?

—Y hace poco también, con un capataz que se llamaba Antonio pero que ya se murió.

—Ah —dice el chico con la boca llena.

—Claro que yo después no estaba codo a codo con él en la obra, pero no te creas que le hago asco a la pala, ¿eh? Yo fui a un industrial de construcción, ¿Magda te contó eso?

Ezequiel mira a Magda y levanta la frente.

—No, nunca te conté. Nunca se lo conté, pá —dice ella y se muerde los labios, impaciente.

—Yo también fui al industrial de construcción —dice Mauricio. —Soy maestro mayor de obras, pero nunca ejercí.

—Bueno, ¡parece que se juntaron el hambre y las ganas de comer! —exclama Horacio.

Magda le da una palmadita a Ezequiel en su regazo para animarlo a hablar. El chico se sirve más vino y vacía la copa.

—¿A cuál fuiste? —pregunta Horacio.

—Al Esteban Echeverría, pero de Boulogne.

—Ah, cierto que vos sos del norte. Nosotros somos del sur, pero no del Conurbano. Del sur de la provincia. De Bolívar.

—Sí, sí. Yo voy mucho a correr a Bolívar.

—¿Ubicás Bolívar? —le pregunta Horacio a Ezequiel.

—No, no.

—Es como si fueras para La Pampa, al lado de Olavarría.

—No conozco, señor.

—¡Te dije que no me digas señor!

—Discúlpeme.

—Horacio, decime Horacio.

—Bueno.

—¡Pero decilo!

—Horacio.

—¿Quieren que traiga el postre? —pregunta Ángela. —Lo voy preparando mientras ustedes charlan.

—Sentate, che, dejá que yo junto —dice Magda.

—Pero si no me cuesta nada.

Ángela levanta una pila de platos sucios y le hace señas para que se quede sentada.

—¿No comen más?

Ezequiel agradece y Mauricio le devuelve su plato a Magda, que se apura a levantar todo lo que queda. Horacio la espanta con la mano, enojado de pronto.

—Eso que estás haciendo es mala educación.

—¿Qué cosa?

—Sacar los platos antes de que terminen todos.

—¡Pero si los levantó Ángela!

—Ella es la invitada. La anfitriona sos vos. Vos y yo, en cualquier caso.

Magda baja la vista sobre la vajilla sucia. Ezequiel la acaricia y trata de no mirar a Horacio, que limpia el plato con un pedazo de pan. Ángela vuelve al comedor con una bandeja con tortas.

—¿Qué preparaste esta vez, querida? —pregunta Horacio.

Ángela apoya la bandeja en la mesa y alinea las tortas. En el centro, coloca la más vistosa, un espejo naranja que de tan perfecto parece cortado a disco.

—Esta es una torta de lima. Se llama Key lime pie.

—¡Bravo! —dice Horacio y levanta una copa llena. Los demás lo imitan. Magda brinda con coca y husmea las opciones. Toca el borde de la torta de lima y saca el dedo de pronto, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿No es de crema?

—Ah, esa parte no. Eso es de glacé —aclara Ángela. —Azúcar impalpable.

—Horrible —dice Horacio.

—A algunos les gusta —se defiende Ángela.

Magda elogia la presentación de las tortas y le pide a su amiga que explique de qué está hecha cada una.

—Esta es una tarta tropical de kiwi y mango.

—El kiwi no es un fruto tropical —dice Mauricio.

—Ah, ¿no?

—No. Es un fruto de climas templados. En el trópico sufre bastante, de hecho.

—Ah, bueno, yo pensé…

—No tenés que decir si no sabés —Mauricio corta su porción con el canto de la cucharita. —Hubieras dicho torta de kiwi y mango.

—¿Y ésta? —pregunta Magda señalando la de chocolate y crema.

—Es una Selva Negra —se apura Mauricio. —La venden en todos lados.

—¿Y eso lo hiciste a propósito? —Magda mira solo a su amiga y toca la mousse que se desparrama sobre la bandeja con demasiada prolijidad.

—¡No! —dice Ángela.

—Tiene una mano con las tortas —le comenta Horacio a Ezequiel. —Repostera tendrías que haber sido vos, en vez de hacerte malasangre con los alumnos. ¿O no que tendría que haber sido repostera, hija?

Magda asiente con una media sonrisa. Ezequiel agarra la última botella que queda cerrada y la esconde entre sus piernas. Magda trata de sacársela antes de que termine de descorcharla, pero él la esquiva, llena la copa de Horacio, la suya y se la toma hasta el fondo.

—También tiene pasta con los alumnos, ojo —dice Mauricio, abrazando a su mujer. Ángela se queda quieta y se arregla el pelo.

—¿Cuál te sirvo, Ezequiel?

El chico se incorpora, sorprendido, y señala la Selva Negra.

—Ah… este… ésta.

—Gusto de niño —dice Mauricio.

—¿Es mejor la otra? —la lengua se le enreda al hablar.

—No, no, pero digo que cuanto más joven es el que come, más se inclina por el chocolate. No sé por qué, pero es así. En cambio, cuanto más viejo te hacés, y sobre todo las minas...

—Yo prefiero la de chocolate —lo interrumpe Magda.

—¿Desde cuándo te gusta mi Selva Negra? —pregunta Ángela. —¿No me dijiste la otra vez que te empalagaba?

—Te lo dije porque me hiciste un bizcochuelo de caja.

—¡No era un bizcochuelo! ¡Era esta misma receta! Me hubieras dicho y hacía otra cosa…

Magda come el resto de su porción en silencio. Percibe el alcohol en el aliento de Ezequiel y lo mira fijo.

—Che, ya que estás acá te comento —dice Mauricio. —El mes pasado cambiamos los pisos del quincho por unos baldosones rústicos, pesados.

—Mmm… —masculla el chico con la boca llena.

Ángela les sirve una porción a Pablo y otra a su marido.

—Bueno, la cosa es que el albañil nos largó duros con todo a medio hacer. Le salió una obra grande. Yo lo entiendo, ¿viste? Pero bueno, el trabajo no está terminado. Entonces, estaba pensando…

—¿Quiere que se lo termine?

—No, no, me quería animar a hacerlo solo. ¿A vos qué te parece?

—Bien, sí.

—Decime Mauricio, che. ¿Te parezco tan viejo?

—No, no, es que…

—Entonces, ¿me podés dar una mano? Te venís un día, se vienen con Magda, tomamos algo y me explicás cómo se hace, porque me da que se me van a ir chanfleando para un lado…

—Hay tutoriales de todo, Mauricio —propone Magdalena. —¿Por qué no te fijás ahí?

—No. Yo puedo ir. Todo bien —dice Ezequiel mientras se levanta.

—¿Ves que no es para tanto?

El chico camina hacia el baño.

—Escuchame —dice Magda y baja la voz cuanto puede. —Ezequiel trabaja toda la semana, incluso los sábados. ¿Te parece que tiene ganas de ponerse a laburar un domingo también, de onda?

—Ay, bueno, yo lo dije para invitarlos a casa, ahora que ya son una familia.

Mauricio le guiña un ojo y hace un chasquido con la boca torcida. Magda busca la mirada de su papá, que conversa con Pablo en la otra esquina de la mesa. Hace girar la cucharita como un trompo sobre el mantel.

—¿No se lo vas a decir? Pensé que nos habías invitado para eso —dice Mauricio.

Magda no le contesta. Ángela corta el hielo.

—¿Café?

Todos dicen que sí. Ezequiel sale del baño mientras se seca las manos en el pantalón.

—No hay toalla —dice bajito y señala con el dedo la puerta del baño.

—Yo ahora pongo.

—¿Café? —vuelve a preguntar Ángela y reparte las tacitas llenas.

XVI

Hoy van a ir a la fiesta de Goyo, un colega de Magda que cumple 40. Prometió en una conversación de pasillo que se luciría con el catering y que esperaba que nadie le fallara. Ella preguntó si podía ir con alguien y su amigo no paró hasta arrancarle toda la información que pudo acerca de Ezequiel. Magda se encargó de repetir que no eran una

pareja y que hacía poco que se conocían. Todavía no se le notaba la panza y no había contado nada en el hospital.

Para Magda, Goyo era muy pedante, pero sabía hacer que la gente se divirtiera y eso despertaba su admiración. Le pareció un buen plan ir con Ezequiel porque era una verdadera fiesta: la gente iba a estar pendiente de tomar, de bailar y de buscar sexo y no de mantener conversaciones exigentes. Estaba segura de que Ezequiel iba a estar incómodo entre personas tan distintas a él pero que se iba a relajar rápido en cuanto los viera borrachos y drogados. De todas las reuniones de Goyo, Magda había salido con veinte amigos y los había perdido el lunes inmediato después. No eran gente confiable pero tampoco le parecían cerrados. Y Magda creía que la juventud y la belleza de Ezequiel eran suficientes para que en ese contexto lo miraran con fascinación.

Van en taxi. Llegan temprano. Un amigo de Goyo que Magda recuerda como Alexis abre la puerta. Las pupilas dilatadas y ariscas le hacen un efecto extraterrestre.

—¡Hola! Goyo está en la terraza terminando de hacer sus ejercicios de tai chi y dice que en un rato baja.

A Ezequiel se le escapa una risotada que Magda intenta cubrir.

—Te dije que era medio raro —dice, buscando la complicidad de Alexis, pero él no le presta atención. Agarra la bolsa con cervezas que Ezequiel trae en la mano y le da un abrazo apretado, como si lo conociera.

—Bienvenidos.

Dejan sus cosas en el perchero y Magda saca de la cartera el celular y unos pañuelos de papel. Pasan al living. Una bandera de tela con la frase “Por otros 40” cruza el ventanal de lado a lado. En todas las esquinas hay lámparas de sal tiñendo la luz de naranja.

—¿Quieren unos tragos? —pregunta Alexis. —Recién le preparé un mojito espectacular a Goyo. Yo estoy tomando esto —muestra una lata de Red Bull.

—Yo paso —dice Magda.

Ezequiel asiente.

—¿Te comieron la lengua los ratones?

El chico se despabila y dice que sí a todo volumen.

—¿Y vos, linda, no querés otra cosa?

—Coca o soda, por favor —dice Magda. —Es que me duele un poco la cabeza ¿Vamos a buscar a Goyo? —camina hacia la escalera.

—No, no, esperen acá. Te dije que en un toque baja. Ahora va a caer el resto de la gente.

Ezequiel mira a Magda con las cejas levantadas, pero ella no sabe qué decirle.

—Tomemos algo, entonces. ¿Querés que te ayude a preparar el mojito?

—¿Y si le decís a tu amigo, mejor? —sugiere Alexis. Se arrima a la mesada, busca más limas en la heladera y las exprime. Magda sigue sus movimientos con atención. Alexis termina el mojito y sirve coca en otro vaso. Le lleva la bebida a Magda y se queda en la esquina mirando a Ezequiel.

—A este lo voy a cagar a trompadas —susurra Ezequiel.

—¿Qué?

—Que me quiere coger, ¿no te das cuenta?

—Ay, Eze, pará, se debe haber tomado un ácido.

—¡Con más razón!

—Pero es inofensivo. En serio. No te va a hacer nada que vos no quieras.

Unos pasos hacen chirriar los escalones de madera.

—¡Pero miren quién llegó! —grita Goyo. —¡Mi mejor colega!

—Y su amiguito —dice Alexis acercándose a ellos. —¿Cómo te llamás? No nos presentaron.

Ezequiel lo mira como si quisiera atravesarlo con los ojos, agarra el vaso y dice su nombre. Goyo los saluda con un beso y retiene a Magda un rato largo entre sus brazos. Ezequiel la tironea desde el puño de la camisa para que se desprenda.

—Llegaron temprano —dice el anfitrión mientras mira los mensajes de su celular. Alexis hace chasquear los dedos y Goyo se despabila, guarda el aparato en su deshabillé y les hace señas de que lo sigan. —La mayoría van a caer en media hora; los más colgados, a la madrugada. Ideal para que estemos los cuatro.

—¿Hace mucho que se conocen? —le pregunta a Magda —¿Ya me dijiste? Ezequiel camina atrás de ellos un poco más lento. Goyo se tira en el sofá con las piernas abiertas. Los calzoncillos rojos contrastan con el turquesa de la bata.

—Ups —se tapa. —En un rato me voy a cambiar, pero la verdad, si por mí fuera, me quedaría así toda la noche.

—Es muy tuyo ese estilo —dice Magda.

—¿Calzoncillos rojos?

—Vestirse informal en lugares en los que hay que estar formal y muy formal cuando hay que estar informal.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! ¿No lo sabías? —pregunta Alexis y le alcanza el mojito a Goyo. Con una lata en la mano derecha, se sienta en el brazo del sofá, al lado de Ezequiel que, apenas lo nota, se pega todo lo que puede a Magda.

—Cuando yo lo conocí, iba a la facultad con traje y rollers.

Magda festeja el comentario con una carcajada.

—¿El baño? —pregunta Ezequiel, ya de pie.

—Al fondo, a la derecha. Es universal.

Ezequiel termina el resto de bebida que le queda y se va.

—¿De dónde lo sacaste? —pregunta Alexis.

—Es un conocido de conocido, ¿no? —pregunta Goyo.

—¿Pero conocido de quién? ¿De tu ahijado?

—No, trabajó en la reforma de mi casa, es el sobrino de un constructor que me recomendó el vecino.

—Uh, ¿albañil? ¡Me lo como con dos pancitos!

—No sabía que eras gay.

—No aparece en mi tarjeta profesional, no. Tampoco te conozco tanto, nena.

—¡Pero en el cumple pasado estabas con una chica!

—You wish…

Goyo se para y saca un disco del último estante del modular.

—¿Cuántos vinilos tenés, ya? —pregunta Magda.

—Más de mil seguro. No los conté, ¿por?

—Tengo algunos de mi viejo, pero son básicamente de tango. Si te interesa te los regalo.

—A mí me interesa todo.

—Te los llevo al hospital.

—Dale. Me voy a cambiar. Ustedes pónganse cómodos y cuando termine este lado, den vuelta el disco.

Magda se toma el resto de gaseosa que le queda. Goyo se asoma por la escalera y le pide a Alexis que prepare la mesa.

—¿Tan temprano llegamos? —pregunta ella.

—Acá el que llega a una fiesta cinco minutos antes tiene por lo menos sesenta años.

—Es que yo pensé que era a las siete, por eso llegamos a las ocho.

—No. Goyo dijo a las ocho como queriendo decir nueve o diez.

—¿Te ayudo?

—Sí.

Ezequiel sale del baño acomodándose la bragueta.

—Me lo hace a propósito —dice Alexis, actuando.

—Está conmigo, ¿eh? —dice Magda.

—Ya sé, boba. Solo me gusta coquetearles a los chonguitos. No sabés cómo se ponen… después me lo vas a agradecer.

Magda sonríe y se acerca a Ezequiel. Le pide que la ayude a preparar la mesa. El chico le dice que espere un rato y camina hasta un cuadro que cubre media pared. Magda lo sigue, intrigada.

—Es el cuadro favorito de Goyo —dice Alexis a los gritos —Me lo explicó tantas veces que ya me lo sé de memoria.

—Explicánoslo a nosotros, ¿no? —propone Magda.

—Es una réplica de *El combate entre Don Carnal y Doña Cuaresma,* de Brueghel el viejo, un pintor flamenco del siglo XVI.

—¿Vos qué ves? —le pregunta a Ezequiel.

—¿Yo? No sé, no entiendo nada los cuadros.

—Pero lo que ves a simple vista, no lo que significa.

—Veo un quilombo.

—Claro, es un carnaval de campesinos. ¿Y qué más?

—Como que está cada uno haciendo la suya.

—Bien. Qué ojo.

Magda da pasitos cortos de un lado a otro, como si dudara entre escucharlo y cambiar de tema.

—¿Y acá? —pregunta Alexis.

—Yo qué sé… parece como una iglesia.

—¡Bien!

—Vamos —dice Magda. —Quiero subir a la terraza.

—Pero déjame que les cuente, no seas ansiosa.

—Es que…

Tarda en decidirse. Piensa que pueden interpretar el cuadro por su cuenta, que no necesita que los pongan a prueba.

—Ves, la escena muestra el contaste entre dos formas de vivir: la de los que celebran el carnaval y la de los que cumplen la cuaresma.

—Ta bueno.

—¿Y algo más que “ta bueno”?

—Yo qué sé.

—Esta es doña Cuaresma, ¿no? —interviene Magda. —Y este debe ser Don Carnal.

—Sí, y por eso tiene una colmena de sombrero, porque la miel simboliza la Cuaresma. Y esto que ven acá es la comida típica, al menos en esa época.

—¡Pescado! —dice Ezequiel.

—Bien y acá en el carro de la Cuaresma se ven unos mejillones y unos pretzels, que son como unas galletitas con forma de lazo. Son típicas judías, no sé si las probaron.

—Sí, comí un montón de veces —dice Magda.

—Y esto de acá…

—Listo, vamos.

—Pará, acelere —dice Ezequiel.

Magda se muerde los labios. Ezequiel frunce el ceño, confundido.

—Ta re piola el cuadro.

Se escucha la campanilla del timbre. Alexis no se inmuta. Tocan dos, tres veces más.

—Che, hay gente.

—¿Bajás? Mirá, ahí están las llaves. Es la de puntos.

—Voy —dice Magda y se acaricia la panza sin darse cuenta.

—Bancá que te acompaño —Ezequiel sonríe y le da la mano.

—No te voy a morder —dice Alexis, pero Magda y el chico ya están demasiado lejos para oírlo.

Cerca de las dos, la casa está repleta. La comida es tan buena como Goyo prometió: salmón, pastrami, salchichas de piel gruesa con chucrut. A eso de las cuatro, el anfitrión baja con un narguile y los invita a fumar. Se arrodilla y llena la base de la pipa con vodka. Ezequiel mira la preparación con interés. Magda piensa que no tiene sentido ir a una fiesta como esa estando embarazada.

—Le da un toque refrescante al humo —aclara Goyo. —Este lo traje de Turquía el año pasado —muestra un paquete de tabaco. —Es tan bueno que me compré como quince.

—¡Aguantá! —dice Ezequiel. Magda reconoce el cambio de timbre en la voz, los ojos que delatan su borrachera y le da un pellizco.

—¡¿Qué hacés?!

—No tomes más, che.

El chico revolea los ojos y llena otro vaso de cerveza.

—¿Y el narguile también lo compraste ahí? —pregunta una chica.

—No. Lo compré en Mercado libre.

Se escuchan algunas carcajadas.

Goyo pone tabaco en la cazuela y lo reparte con una cucharita de madera, formando un anillo. Hace todo con la lentitud de un chamán, como si cada paso tuviera un significado especial. Cubre la cazuela con papel de aluminio y hace unos agujeritos con un escarbadientes. Sobre el papel y con una pinza, pone varios carboncitos.

—Abran un toque la ventana, por favor.

Ezequiel se para y abre de par en par la puerta balcón. Está completamente borracho, casi no se tiene en pie.

—¡No tanto, flaco! —dice Goyo.

Alexis se levanta y lo ayuda a sentarse. Magda se acomoda en el sofá y le hace espacio para que se recline contra ella. Se arrepiente de haberlo llevado. Goyo enciende los carbones y aspira con fuerza. El humo hace burbujear el vodka y sale de su boca en forma de anillos mientras los demás lo miran hipnotizados. El narguile empieza a circular. Una chica chupa la boquilla y larga todo el humo en un solo soplido.

—Tragalo, ¡pilla! —grita Ezequiel.

—No hay que tragar el humo, nene —explica Goyo. —Es como una pipa.

—Yo en pipa me lo trago.

—El porro, pero no el tabaco. Además, este es muy rico para degustar, no tiene alquitrán ni todos esos venenos que le ponen a los cigarrillos.

Otro invitado retiene el humo unos cincos segundos en la boca y lo deja salir en tres bocanadas. —Acá al amigo— le pasa la manguera a Ezequiel.

Ezequiel agarra con cuidado la base del narguile y mueve la manguera hasta que la boquilla le queda cómoda. La chupa con desesperación y exhala el humo como un chorro de vapor.

—¡Esa no valió! —grita y de lejos alguien aplaude.

Magda se pone tensa y tironea la manguera que sostiene Ezequiel.

—¡Pará, bigote! —se defiende él. Ella lo deja dar dos pitadas y le saca la pipa. Se percibe un murmullo bajito en el grupo.

—Me toca a mí —dice Magda, para cortar el hielo. —Pero paso. Me duele la garganta.

—La garganta y la cabeza —dice Alexis.

Ezequiel le da un beso en el cuello y ella baja la vista, incómoda. Goyo los mira un rato antes de hablar.

—Cuando estaba en Katmandú…

—¿Y eso dónde es? —pregunta Ezequiel.

—Un lugar en Nepal.

—Uhhh, qué flashero…

Goyo espera a que el chico haga silencio.

—Cuando estaba en Katmandú, encontré unos tipos fumando en narguile en el bar de un hotelucho perdido a los pies del Himalaya, imagínense. La nada misma. Me acerqué y les pregunté si podía fumar con ellos. Pero se lo dije en castellano, ¿pueden creer? Y ellos me dijeron que sí. Entonces me senté, y me explicaron cómo fumar esto y cómo se armaba el narguile. ¡Pero siempre en nepalí! Yo todo el tiempo sentí que me entendía perfectamente con ellos. Y nos pasamos ese rato así, fumando y hablando, mitad en su idioma, mitad castella...

—Re loco —dice Ezequiel.

Goyo resopla con fastidio. Magda se levanta y se asoma por el balcón.

—¿Y vos? Contanos algo curioso que te haya pasado.

Magda mira a su colega con bronca.

—Uh, yo qué sé… de todo, me pasó de todo.

Se hace un silencio absoluto. Los invitados se unen para escucharlo.

—Hace un año y medio… —dice Ezequiel. —No, dos años, ponele, me llega una foto de mi viejo en un sobre abajo de la puerta de mi casa. Está mi nombre, todo, y hay una foto y atrás de la foto dice el nombre de mi viejo. Alberto se llamaba. Dice: Alberto Linares. Una emoción, corte dije: uh, mirá… me la quedé mirando así un rato. Y le digo a mi vieja si me la mandó ella y me dice que no. Y mi hermana tampoco. Y entonces me la llevo a la escuela y la tengo así, pegada acá la tengo todo el día y agarro a un pibe que se sentaba conmigo… Le digo, eh, le digo Agüero. Vos sabés, guacho, le digo, ¿se parece a mí algo o no? Sí, la cara, me dice. Corte toda la cara. Se re parece a vos. Es igual. ¿Bien ahí o no?, le digo. Sí, bien ahí, me dice. Él nunca se hizo cargo de mí, de los 5 años que estaba, nunca se hizo cargo de nada. Después, se murió. Eso yo lo sé porque… —se interrumpe y se levanta de golpe. Hinca la rodilla en el piso y vomita en la alfombra.

—¡La puta que te parió! —grita Goyo, fuera de sí. Magda ayuda a Ezequiel a levantarse y corre a buscar algo con que limpiar. Está furiosa. El resto de los invitados se dispersan para escapar del olor, pero muy pronto la fiesta vuelve a arrancar.

XVII

En cuanto se recompuso un poco, lo metieron en el auto entre varios. Goyo tampoco estaba muy lúcido, pero sí lo suficiente como para abrir la puerta y empujar un cuerpo sobre el asiento. Magda estaba segura de que iba a dejar pasar mucho tiempo antes de volver a ver a toda esa gente, excepto a sus colegas del hospital, a los que se iba a cruzar, aunque no quisiera. ¿Estaba exagerando? A lo mejor, solo a ella le había molestado la actitud de Ezequiel y los demás lo habían aceptado como lo que era: un pendejo. Tampoco tenía que hacerse cargo de él como si fuera su novio. Además, si lo fuera, ¿qué? Cada uno era quien era y no respondía por la persona con la que salía.

Cuando llegaron a su edificio, tuvo que pedirle ayuda al portero para hacerlo bajar del auto y llevarlo hasta el departamento. Se acordó de que el día que fueron a *Los reyes* lo había cargado sola, igual de borracho, pero ahora estaba embarazada. Él no podía pretender que ella lo cuidara cada vez que iban a una fiesta.

Ezequiel se tiró a la cama vestido. Magda trató de despertarlo. Quería saber cómo le había caído la gente del cumpleaños, si él también se había sentido incómodo. Lo estudió como a un extraño. Roncaba con la boca abierta. Todavía le gustaba, le parecía lindo casi hasta la perfección. No había visto muchas caras así, tan equilibradas y masculinas y mucho menos, un cuerpo como ese: pura fibra, ni un ápice de grasa. O los había visto pero nunca los había tenido en su cama. Era su amante ideal, ¿por qué tenía que ser más que eso?

Porque vas a tener un hijo.

Magda se reclinó sobre un brazo; Ezequiel se dio vuelta dormido y la cabeza quedó atrapada entre su pecho y la almohada. Se corrió hacia atrás para dejarlo respirar; le lamió los labios, pero él no reaccionó.

Es un desconsiderado, no solo un pendejo.

Lo palmeó en el hombro. El chico abrió los ojos un par de segundos antes de volver al sueño. Magda probó de nuevo con el dorso de la mano en la mejilla. Las uñas lo arañaron un poco, pero él no se inmutó. Ya molesta, le dio un golpe en el mentón. Esta vez lo despertó.

—¿Qué me pegás, gila? ¿No ves que estoy durmiendo? —giró para darle la espalda.

—No da que termines así, hecho mierda.

—Bueno, me gusta escabiar, vos sabés…

—Después te levantás a cualquier hora y perdemos todo el día tirados en la cama.

—¿Y qué tiene si es domingo?

—Ni siquiera vamos a coger.

—Mañana.

Magda trató de calmar su respiración y dormir, pero no pudo.

—Eze…—le rascó la espalda. El chico se tapó la cabeza con la almohada. Magda le chupó el cuello y le mordió la pielcita de la nuca. Él se sacudió, arisco. Ella le desabrochó el cinturón y lo tiró despacio hacia afuera para que se soltara de los pasadores. No lo iba a dejar tranquilo. No se lo merecía porque además de hacer un papelón en la fiesta la estaba rechazando. ¿Sería capaz de violarlo? La idea no la asustó. Quizá lo sorprendía para bien. Aflojó el jean en las caderas y lo empujó con el pie hasta sus rodillas. Lo demás era fácil. Se desnudó y lo rodeó con los brazos y las piernas, desde la espalda.

—Mañana cogemos. Ahora no puedo —se sacó la almohada de la cara y la dejó caer al piso.

—Dale, maricón.

—¡Basta! —gritó Ezequiel con una voz que no sonaba enojada del todo.

Magda se acostó del otro lado, le levantó la remera y apoyó los pezones duros en su pecho. Él tembló y cruzó las manos armando un escudo. Ella trató de romper la barrera, pero desistió a los pocos segundos. Sabía que era inútil. Ezequiel era la persona más fuerte del mundo. Se dio vuelta boca arriba y ella aprovechó la posición para montársele encima. El chico se sacudió de un lado a otro, y después se quedó quieto, con una sonrisa que parecía sincera. Magda pensó que por fin se estaban comprendiendo, pero enseguida lo escuchó roncar. Por más que lo intentó, no pudo despertarlo.

Se levantó, ofuscada, y corrió hacia la cocina. Cargó una pava con agua fría. Volvió a la pieza y se paró unos segundos al lado de la cama para convencerse de lo que iba a hacer. El brazo le temblaba un poco, aunque no lo suficiente como para detenerla. Lo levantó todo lo alto que pudo y desde ahí, dejó caer un chorrito sobre la cara del chico. El agua se abrió camino por las mejillas y las orejas antes de que Ezequiel reaccionara. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, rodó a la izquierda y se protegió los ojos con las manos.

—¡Despertate, forro! —sintió que su parte mezquina del cerebro daba las órdenes. Ezequiel manoteó el cubrecama, pero estaba empapado. Lo tiró lejos con un insulto y se tapó con la sábana. Ella llenó de nuevo la pava y se la descargó encima. Ezequiel gritó con furia y la empujó. Magda se cayó al piso sin tiempo de poner las manos. El golpe de la cabeza contra la silla se perdió en el rugido de un motor que vino de afuera. Antes de desmayarse, percibió las partículas de polvo que bailaban en los rayos de sol. Se hizo de noche. Cuando abrió los ojos de nuevo, Ezequiel lloraba a su lado.

—Perdoname, mi amor, perdoname —repetía, con la voz engolada por los mocos.

Magda trató de ubicarse: su cuarto, su cama revuelta, la silla que esta vez no habían usado de perchero, la ropa tirada. Ezequiel esquivó los ojos y la besó en la frente. Sintió humedad y un dolor picante y buscó la herida surcando el pelo con los dedos. Un agujerito del tamaño de un botón se abría atrás de su cabeza. Aterrorizada, se tocó la panza y la bombacha, pero no encontró nada raro. Sintió que el pecho se le hinchaba de frío.

—No pensé que te ibas a caer así —dijo él. Las lágrimas le empapaban la cara.

El chico fue hasta el baño y volvió con algodón y una botella de agua oxigenada. La limpió.

—¿No querés que te lleve al hospital?

Magda se palpó la herida de nuevo con las yemas.

—No es muy profunda. No creo que haya que coser.

Trató de incorporarse. Ezequiel le ofreció la mano y ella se la rechazó con una mirada despectiva y le pidió que mejor se fuera.

XVIII

Buenos Aires, diciembre de 2010

Hola Ezequiel. Sé que cuando leas esta carta a lo mejor ya hayan pasado días o semanas sin vernos. Quizá nunca la leas. No sé. Lo hago porque me resulta muy difícil hablar con vos y porque todavía me acuerdo del episodio del otro día en el que, por no poder expresar lo que me pasaba, hice una estupidez y terminé lastimada en el piso. No

digo que haya sido tu culpa, sino que prefiero que no nos matemos por no saber separarnos a tiempo. Te escribo porque quiero dejar las cosas claras entre los dos y evitarnos más sufrimiento.

Sé que con lo del bebé nos confundimos y pensamos (aunque yo supe desde siempre que era una locura) que a lo mejor nos quedaba una posibilidad de encarar el futuro juntos, de formar una familia o lo que sea que hace la gente para proteger a su cría mientras todavía se quiere. Pero no me queda otra que volver a mis primeros argumentos y recordarte que soy mucho más vieja que vos y que no necesito un psicólogo o algún libro para darme cuenta de que no va a funcionar. Creo que podemos pasarla bien juntos pero aislados del resto y eso no alcanza para una vida común. Apenas hablé con tu hermana un par de veces y no conozco a tu mamá y a vos mi papá y mi hermano te parecen unos pesados y en el almuerzo contabas los minutos para irte. Tampoco podemos estar juntos con mis amigos o los tuyos. ¿O me vas a decir que cuando fuimos a bailar a Morón te sentiste bien teniendo que integrarme? ¿Y el día que salimos a cenar con Marisa y Rodrigo? Tenías ganas de putearlos en la cara. Nuestras vidas, nuestros mundos son muy distintos. Sé que tuve muchos privilegios que vos no tuviste, pero eso hace que necesitemos distintas cosas para desarrollarnos o para aprender. Y porque vos tenés el cuero más grueso, como te gusta decir, nunca te va a servir la experiencia que yo le pueda aportar a tu vida porque a pesar de que soy grande, soy una "nena de papá" para tus ojos curtidos. Lo entiendo (antes no) y lo acepto, pero tengo que hacer mi camino y no lo puedo hacer con vos. Vos probablemente a esta altura ya te aburrís conmigo, pero estamos apegados y como no cortaste muchas relaciones, te parece que es el fin. Pero no es ningún fin, es todo lo contrario. Creo que separándonos ahora y sobre todo, pidiéndote que te olvides del bebé y de mí, te estoy dando libertad y la libertad es un comienzo, es la apertura a todo lo que nos queda por delante: a vos, todo por vivir; a mí, criar a un hijo, porque desde que sé que lo tengo en la panza me parece que es lo que más quiero en el mundo.

Y como no podemos ser una pareja no tiene sentido que nos sigamos viendo porque lo único que vamos a conseguir es que nos resulte más difícil tomar cualquier decisión. Eso sí, separar, nos vamos a separar igual, solo que ya habiendo intentado criar a un bebé y entonces, va a ser tarde porque ¿en serio vamos a compartir la tenencia con todo el quilombo que eso supone para vos, para mí y para un chiquito? Tratá por un segundo de imaginarte como sería tu vida si asumieras todos esos compromisos.

No quiero arrepentirme de este tiempo que pasamos juntos así que mejor, la cortamos acá. Te pido que me dejes tranquila, que no me busques. No me hagas tener que decirte cosas horribles. Sabés que puedo hacerlo porque ya no siento nada.

Te voy a dar esta carta en la mano y espero que te alcance como respuesta a todas tus preguntas.

Magda

XIX

Era enero. Hacía un calor tropical. Magda no tenía contacto con Ezequiel desde diciembre y a pesar de todo, cuando escuchó el timbre esa madrugada, supo que era él. Había violado la restricción perimetral.

—¿Qué hacés acá? Todavía no podés venir —dijo somnolienta a través del portero —Son noventa días.

—¿Por qué me pusiste la perimetral? —gritó él.

Magda bajó a toda velocidad por las escaleras. Abrió la puerta de calle.

—¡Dejame en paz! —le gritó.

—¿Y para qué bajaste, eh?

—Para decírtelo en la cara.

—Es que no entiendo qué te agarró. De un día para otro me pegaste una patada en el culo.

Ella sintió que se le reavivaba una repulsión que creía vieja.

—No tengo nada. No me dejes… —la abrazó como un huérfano. Magda se quedó petrificada. ¿Cómo no valoraba esa entrega? El impedimento de todas sus relaciones anteriores había desaparecido.

—Nos encerramos en tu casa, si querés —dijo con una sonrisa infantil. Hizo una pausa. Reflexionaba. —Si yo te doy lo que no te da ningún chabón.

Era verdad. Ningún hombre se había expuesto así ante ella. Ninguno le había regalado eso antes: una relación perfectamente desigual.

—Sacame todos los derechos de la nena, a mí me importa tres carajos. Yo quiero estar con vos.

—Pero yo no.

—Hiciste todo esto… Si ni siquiera te pegué.

Ezequiel se sentó en cuclillas y sofocó el llanto tapándose la boca con el puño. Magda seguía inmóvil.

—Bueno, me insultaste, me empujaste estando embarazada y me hice flor de herida con el golpe— lo acusó ella.

—Vos me cagaste mojando. ¡Te pedí que pares como mil veces!

Ezequiel dejó de llorar y se puso otra vez de pie.

—Y encima después me dejás con una carta.

—Sí —dijo Magda. —Era la única forma de que entendieras.

—Me hubieras llamado, por lo menos.

—¿Para qué? Si me agrediste por teléfono, por eso te pedí el alejamiento.

—¿Pero no ves que yo soy tu chongo, que esta es tu pija? —cambió el tono de voz.

—Ya estoy grande, Eze.

—Bueno, pero yo te amo. Sos grosa vos, sos la re cirujana. Y encima —frotó el índice y el pulgar como si contara plata —me das todos los gustos.

La abrazó. Magda se dejó besar. Reconoció su transpiración agridulce. Todavía la excitaba un poco.

—¿Y vos querés que una mujer te mantenga? Ningún hombre quiere eso.

—Me chupa un huevo.

Magda se hizo sonar los nudillos.

—En la villa hay un montón de pibes que se dejan hacer el culo por guita.

—Ya lo sé pero ¿qué tiene que ver?

Sintió que sus pies se le hundían en el cemento.

—O el Chileno, alto bagayero, corte un día se comió una vieja que era un escracho. Le digo, gato, no tenés estómago. No, dice, yo me como lo que venga.

La vergüenza la hizo exaltarse.

—Yo no estoy tan vieja como para tener que pagar para que me cojan —dijo, al borde de las lágrimas. Todo su poder se diluyó.

—¡Aguantá! Si las pibas hacen lo mismo, te digo. Se agarran un tipo con billete y se hacen hacer un pibe y listo.

Magda no podía creer lo que oía. ¿A qué venía todo eso? ¿Estaba intentando humillarla?

—Pero no es así para una mujer como yo, Eze. Yo tengo una profesión, yo…

Quería que desapareciera. Ya no sabía qué parte de sí misma intentaba proteger.

—Uhhh, sos re quemapelo vos. Vení —dijo, apretándola de la cintura.

—Ya cortamos, nene. ¿Por qué salís con este divague?

Ezequiel forzó la risa, agresivo. El brillo de sus ojos se intensificó. La empujó contra su pelvis.

—¡Es que decís una cantidad de pelotudeces! ¡Dios mío! Y mirá que sos una chabona inteligente, pero a veces te vas al carajo.

Cruzó su boca con la lengua y Magda se estremeció antes de empujarlo con los puños cerrados.

—No sé, es horrible lo que contás. Y además.

—¿Horrible para quién? ¿Comerte un pendejo? ¿Qué te fumaste?

Magda reprimió la bronca y ya no supo qué hacer.

—Nosotros no tenemos nada que ver, Eze. Es la verdad. Te lo puse en la carta, como pude.

—¿Porque vivo en la villa?

Ella bajó los ojos.

—Sos un buen pibe, pero...

—¡A mí qué carajo me importa! —le dio una patada a una bolsa de consorcio que habían abierto en el cantero.

—¿Ves cómo te ponés? Bueno, es que también sos un loquito y un violento. Ahora voy a tener que limpiar todo eso yo. ¿O lo vas a limpiar vos?

—¡Andá a la concha de tu madre!

Magda lo miró con distancia, como si estuviera fuera de su propio cuerpo y pudiera verlos a los dos, en la vereda, discutiendo.

—Vas a encontrar otra chica.

—¡Pero si vas a tener un hijo mío! ¿No te das cuenta?

Ella sintió un aullido en la panza y se puso las dos manos encima como para protegerla. Ezequiel frunció el ceño, desorientado.

—Ya te dije. No hace falta que te hagas cargo.

—¡No entendés nada! —el chico se tapó la cara con resignación.

—Vos tenés que ocuparte de tu vida. Ayudar a tu mamá, a tu hermana.

—De mi hermana se hace cargo mi vieja. Y de mi vieja, sí, me hago cargo yo. ¿Pero qué? ¡Yo no me voy a garchar a mi vieja!

Intentó abrazarla de nuevo. Ella dio unos pasos atrás.

—Vení, dale.

— Quiero estar sola. Siempre estuve sola. Yo soy así.

—¡Pero Magda!

—Ya fue. En serio.

—Me quiero matar…

—Es lo mejor para los dos.

—¿Qué va a ser lo mejor? Estoy en el horno. Ya fui yo. Ya estoy jugado.

Lloraba sin parar. La luna se reflejaba en su cara.

—Nadie te va a coger como yo, olvidate.

—Coger no es lo único que importa.

—Encima tenés todo lo que me gusta. —Ezequiel se lanzó sobre ella y le apretó el culo. Magda intentó soltarse. Hizo una mueca de vanidad.

—No digas boludeces.

—No quiero otra mina, ¡te quiero a vos!

—¡Basta! Te tenés que ir, che, mirá que si te encuentran acá te pueden meter en cana.

—¡Y pedí que me la saquen!

—No se puede. Ahora hay que esperar a que caduque. Después, listo. No voy a solicitar otra, pero empieza un nuevo trámite.

—Me chupa un huevo. —Ezequiel se abrazó a sí mismo y relajó todos los músculos de la cara.

—Andate, por favor —dijo Magda con fastidio.

El chico se acercó y le acarició la panza en círculos con sus manos callosas.

—¡Me debés una! No me podés dejar así.

Se hincó de rodillas y le dio un puñetazo a la pared. Descubrió los nudillos ensangrentados como una ofrenda. El fulgor de sus ojos era menos intenso que antes. Magda supo que su sed se estaba apagando.

—Ya fue, ¿no? Soy un gil, soy un gil —dijo, todavía en el piso. Respiró hondo, se fue calmando de a poco hasta que se tranquilizó del todo, como si su dolor ya fuera ajeno. Se puso de pie y ella pudo apreciar por última vez su hermoso cuerpo.

Magda entró al edificio y cerró con llave. Ezequiel apoyó la cara contra el vidrio y dibujó algo que ella no entendió. Magda le dio la espalda y empezó a caminar hacia el ascensor tratando de no darse vuelta. Cuando abrió la puerta tijera ya no pudo resistirse y giró la cara hacia la calle por encima de su hombro, pero él ya se había ido.

CAPÍTULO CINCO. CONTRAPARTIDA

"Sólo si nos atrapan y nos castigan podemos salvarnos."
Chuck Palahniuk

Octubre, 2015

XX

Agustina había sido en un inicio la alternativa que Magda había considerado en caso de que Ezequiel no quisiera verla. Ahora que el chico estaba muerto era un destino: no lo que ella hubiera elegido sino lo único que le quedaba de él.

Se preguntó si la hija de ella tendría relación con su papá. Por la forma en que su tío había hablado de su situación actual, parecía que no. A lo mejor, eso las acercaba un poco.

Lo importante es que le inspire confianza, se dijo, unos días después de haber hablado con Rubén. Se acababa de despertar y tuvo la seguridad de que ya estaba preparada para contactarla.

Manejó hasta su consultorio y se puso a trabajar. A las cinco de la tarde, hizo una pausa y la llamó. El tono sonó cinco veces. Los segundos que transcurrieron hasta que Magda pudo escuchar una voz fueron espesos.

Todavía estoy a tiempo de no hacerlo.

Sabía que si cortaba rápido la chica podría confundir el llamado con otra cosa. Las manos le temblaban, pero lo hizo. Volvió a llamar y esta vez, Agustina atendió enseguida. Magda reconoció el timbre agudo, su cadencia lenta. Hablaba muy distinto que su hermano. La ansiedad, de nuevo, la hizo cortar.

Su celular vibró. Magda miró la pantalla un rato largo, pero no contestó. Agustina volvió a llamar y Magda apagó el teléfono para no tentarse.

Dejó pasar dos días, con la esperanza de que la chica se olvidara del asunto y probó de nuevo a la salida del consultorio. Esta vez Agustina tardó en responder.

—¿Hola?

—Hola. Habla Magdalena… la mamá de la hija de tu hermano.

La chica dejó escapar un pequeño gemido. Hizo una pausa y cortó. Magda pensó que quizá les llevaría días conseguir una conversación completa pero no le quedaba otra que insistir.

—¿Qué querés? —preguntó Agustina.

—Me enteré por Rubén de lo que pasó.

—Ah.

—No lo puedo creer.

—Yo tampoco.

—¿Y vos cómo estás?

—Ojalá me habrían matado a mí.

Magda hizo una pausa antes de seguir. Hubiera preferido una reacción violenta a esa calma sonámbula.

—Cuando me enteré, me dieron ganas de saber cómo estabas. Espero que no te moleste.

—No, me habla todo el tiempo gente que nunca la vi en mi vida. A vos por lo menos te conozco.

—Rubén me dijo que le quisieron robar… ¿Cómo pasó? ¿No había nadie en la parada?

—Sí, pero fue todo muy rápido. Son testigos, igual… dieron información para la policía, pero no van a hacer nada, a quién le importa.

Magda sintió que el recuerdo de Ezequiel se despegaba de su cuerpo.

—¿Y no podemos juntarnos un día vos y yo? —en cuanto lo propuso, se dio cuenta de que había sido un arrebato. Agustina tardó en contestar.

—No sé, es que tengo que trabajar y después la busco a la Brisa por el jardín, acá cerca de mi casa. Es de la misma edad que la Amanda.

—¿Cómo sabés el nombre?

—Por el Face, más bien.

—Ahhh.

Magda dejó que se notara su sorpresa porque nunca ponía datos sobre su hija. Apenas tenía dos fotos de perfil y unos pocos comentarios, aunque era posible que en alguno se hubiera mencionado el nombre.

—Si querés, nos podemos ver a la salida. Te llevo a buscar a Brisa y charlamos un rato.

—Sí… Llevala a la Amanda.

Magda sintió el viejo recelo. Alguien que avanzaba sobre su terreno.

—No sé si esta vez, la próxima, mejor.

—Son primas —dijo Agustina. Parecía ofendida.

Magda empezó a transpirar. El ímpetu de los días pasados le había tendido una trampa. No había aprendido nada.

Si no puedo dar afecto, tengo que dar otra cosa.

Ahora estaba en deuda con la chica, pero ya no sabía de qué tipo.

—¿Cuándo vas a venir?

—Dejame pensar… A ver, mañana no puedo. A lo mejor el jueves o el viernes.

Agustina soportaba, estoica, las excusas de Magda.

—Creo que el viernes va a ser mejor.

—Yo el viernes salgo a las cinco, pero a la nena la busco a las siete, después de las compras o lo que haya que hacer.

—Y bueno, ahí tenés un bache. Te paso a buscar y vamos a un café hasta que la tengas que retirar.

—No porque no voy a llegar. A la Brisa la mando acá, cerca de mi casa. Un poco lejos del trabajo.

Magda se endureció. Resurgía el miedo. ¿Y si la piba la quería engañar para hacerle daño? ¿La llevaba hasta adentro de la villa y ahí reaccionaba como ella hubiera esperado?

—Entonces hacemos al revés. La buscamos y después vemos.

A lo mejor, esa era la primera promesa que no cumpliría. Ir a su barrio no era algo que iba a desear hacer cuando cayera la noche. Lo dijo esperando que la chica la disuadiera.

—Yo entro a trabajar muy temprano. No me puedo acostar tarde.

—Ah…podemos charlar en tu casa o…

Magda se calló antes de ofrecer la suya. Tampoco quería ir a lo de la chica, pero se le había escapado.

—En mi casa no —dijo Agustina.

—Mirá, nos vemos una hora o un poco más y después te acerco al jardín o… a la parada del colectivo.

Empezaba a recular.

—¿No la vas a traer a la Amanda?

—Es que la busca la niñera el viernes. Yo no vuelvo a casa antes de encontrarme con vos— mintió.

—¿Vas al hospital? —preguntó Agustina y Magda cerró la boca en un zumbido para hacer oír que estaba pensando.

—Ahá. ¿Hacemos así, entonces?

—Bueno. Está bien. ¿Sabés dónde trabajo?

—Ah, sí, me olvidé de preguntarte la dirección, pero Rubén me dijo que era el Bon Vivant de Rivadavia. Yo la busco, no te preocupes.

Cortaron juntas. En el auto, Magda repasó la conversación varias veces. Desconfiaba. Hubiera comprendido la agresión o el desinterés, pero no tanta curiosidad por conocer a Amanda. ¿Por qué no la habían reclamado antes en el Juzgado, entonces?

Llamó a Laura.

—Señora, yo no puedo irme tan tarde. Es peligroso y hoy traigo la plata de los pedidos.

—Disculpame, por favor. Ya llego.

—Pero usted me tiene que preguntar. Yo también tengo cosas importantes que hacer —habló con rencor, con un enojo que nunca le había mostrado.

—Te pago un remís a tu casa.

Magda apretó el acelerador.

¿Y si me están mintiendo?

Cuando llegó a su casa, Laura la esperaba en la puerta con un montón de bolsos colgándole de los hombros, lista para salir.

—La vi desde la ventana y llamé al remís. Ya viene —se disculpó.

Tocaron bocina y la mujer por la escalera sin despedirse. Magda cerró la puerta y se acercó a Amanda, que miraba dibujitos en su silla alta. Estaba recién bañada y tomaba la merienda.

—¿No es muy tarde para la leche?

Amanda la observó sin decir nada.

—Se te está haciendo nata arriba.

La nena sacó la gordura con el dedo y la puso encima de la mesa.

—¿Qué mirás?

—Danel tigue.

Magda se puso el pijama y un delantal. Cuando terminó de rehogar la cebolla y el ají, le agregó el puré de tomate y se fue al living para charlar con su hija, pero ya estaba dormida. La alzó. La cambió sin que se despertara y la acostó. Se quedó un rato mirándola, antes de empezar a cabecear de sueño.

No le puedo contar que su papá está muerto, pero puedo hablarle de su tía.

No era tan difícil sustituir a uno por otro. Ella lo estaba consiguiendo. Empujó la puerta. La bisagra estaba herrumbrada y tuvo que hacer mucha fuerza para abrirla. Entonces una idea la despabiló. No estaba sustituyendo a Ezequiel por su hermana. Todo lo contrario, estaba separando cosas que siempre había pensado unidas.

XXI

El miércoles canceló algunos turnos porque se sentía mal y volvió a su casa a dormir antes de ir a buscar a Amanda. Sonó el despertador y se levantó sobresaltada.

No está muerto.

Se desnudó y entró al baño, sin mirar el espejo. Se sacó el reloj y las hebillas. Oyó un ruido metálico y buscó en el piso lo que se había caído. Un arito. Se agachó a recogerlo con miedo. Cerró los ojos y se paró inhalando y exhalando en suspiros largos. Miró la hora. Todavía le quedaba algo de tiempo. Abrió la canilla y dejó que el agua se calentara. Se metió de a poco, primero un pie, después las manos, el pecho, la cara. Se inclinó contra los azulejos y apoyó la frente en la superficie fría, con las plantas bien estiradas. Había hecho lo mismo cuando nació Amanda, gran parte del trabajo de parto en esa posición. Siete horas entrando y saliendo de la ducha, caminando de un lado a otro hasta que las contracciones se volvieran regulares.

Ojalá hubiera estado ahí, pensó por primera vez y un sollozo se le atoró en la garganta.

Magda guardaba un registro preciso del día del nacimiento de su hija, tal como le habían sugerido que hiciera en el curso de preparto. Se envolvió en su batón y se sentó en la cama. Buscó el cuaderno en el fondo del estante más alto del placar con un poco de excitación porque sabía que estaba corriendo a contrarreloj. Las dos primeras páginas mostraban los intervalos de las contracciones y recién a partir de la tercera, aparecía el relato de lo que le había pasado ese día. Sintió que recuperaba aquella experiencia, un destello, y la perdía para siempre.

Leyó: *"A las dos de la mañana salimos con Ángela para el hospital. Me hicieron un tacto. Tenía solo 2 cm de dilatación. La obstetra de turno me dijo que esperara unas tres horas más, para ver si conseguía llegar a 6 o 7 y si las contracciones se volvían regulares. En cuanto se fue, empezó a ocurrir. Aparecían cada cuatro minutos, con un dolor cada vez más intenso. Me quedé caminando por el pasillo*

de la sala de dilatantes de un lado a otro y el dolor se fue volviendo cada vez más insoportable. A eso de las cinco de la mañana, vino la obstetra y me hizo otro tacto y un monitoreo. Me dijo que ya había dilatado bastante, que tenía más de cinco centímetros, y que era conveniente que me quedara porque el parto se iba a desencadenar en las siguientes horas."

¿Por qué no había recapacitado en ese momento? Ezequiel y ella podrían haber estado unidos un tiempo más por una misión que los trascendía. Aunque ya no fueran una pareja.

Siguió leyendo: *"A eso de las 7 de la mañana llegó el anestesista, me puso la peridural y recién ahí me pude acostar. Ángela me miraba con cierta distancia sabia, como si quisiera decirme que eso que a mí me parecía tan tremendo era lo que habían vivido las mujeres de todos los tiempos. Recién entonces tuve conciencia de que…"*

Miró la hora y cerró el cuaderno. Se cambió a toda velocidad y bajó por la escalera de emergencia. En veinte minutos llegó al jardín de Amanda. La portera le dijo que como todos los nenes ya se habían ido, la buscara en la secretaría. Amanda estaba sentada en una silla giratoria. Daba vueltas apoyando la punta de sus pies en las patas de hierro de la mesa. La maestra leía los mensajes de su celular.

—Perdón. Me quedé dormida.

—Ya te estaba por llamar. No te preocupes —dijo la mujer y desapareció por la puerta.

Magda besó a la nena. Le hizo upa y volvió al auto, pensando en el inminente encuentro con Agustina.

¿De qué mierda vamos a hablar?

De la vida de su hermano. De su muerte estúpida. Los hijos. El parto. Un parto podía ser una experiencia excitante, incluso a la distancia. La chica tendría su propio relato singular.

Miró a Amanda, que se entretenía con un paquetito de cartón.

—¿De quién fue el cumple hoy?

Amanda no contestó. Trataba de descifrar el contenido del souvenir a través de un agujero de la punta.

Magda miró el reloj de nuevo. Cinco y cuarenta. Era probable que la terapeuta ya se hubiera ido. Estacionó en la puerta del consultorio y le desabrochó el cinturón a su hija, que empezaba a quedarse dormida.

—Dale que estamos retrasadas.

Amanda hizo un gruñido.

—Vamos a ver a Patricia.

Tocaron el portero.

—¿Sí?

—Soy la mamá de Amanda Balmaceda. Tengo turno con la Licenciada Pontevedra.

—Uh, ya se retiró. ¿Querés subir a reprogramar?

—¿Ya se fue? ¿Pero si a veces la tengo que esperar una hora? Un día que llego tarde…

—Sí, ya se fue. Amanda era la última.

—¿Y qué hago?

—Le puedo dar otro turno.

—Venimos todos los miércoles.

—Pero cuando pasa esto a veces reprogramamos.

—Ahora subo.

Magda miró a su hija, que no parecía haber escuchado nada.

—Patri no está, mi amor. Llegamos tarde y se fue.

Amanda se desarmó en un llanto y le pegó una piña en la cadera.

—Bueno, hija. Ahora subimos y nos dan otro turno. A lo mejor, mañana mismo.

Amanda negó con la cabeza y se sentó en el umbral.

—¿Querés que vayamos al cine? —propuso Magda, pero su hija ni siquiera la miraba. Se abrazaba las piernas.

—¿Por qué no? Vemos la peli que vos quieras.

—¿Entraron? —preguntó la secretaria por el portero.

—Ahí subimos. ¿En serio no querés ir al cine?

La nena inclinó el mentón hacia abajo y la miró con desconfianza.

Postrecito, pochoclo, una coca, eso querés.

Magda se contuvo el enojo y subió al consultorio. Se calmó cuando le dieron un nuevo turno.

Amanda se quedó dormida en el auto y ella tuvo que bajarla en brazos con mucho esfuerzo. La desvistió y la acostó sobre la cama tendida y la tapó con una manta. Volvió a su cuarto y sacó de nuevo el cuaderno. Leyó desde donde había dejado. *"Recién a las ocho y media de la mañana comencé a pujar. Gruzinsky me dijo que lo estaba haciendo mal porque concentraba toda la fuerza en la cara, que tratara de llevarla hacia el abdomen y la pelvis. Debo haberlo hecho porque al ratito la partera me dijo que ya se veía el pelo del bebé, y que podíamos pasar a la otra sala. Ángela se*

puso atrás de la camilla y me sostuvo desde los hombros para ayudarme a estar derecha. La partera daba las indicaciones. Yo estaba nerviosa y tenía miedo de equivocarme, pero a la vez, no podía entender cómo se había vuelto tan difícil algo que se suponía que cualquier mujer podía hacer sola. Gruzinsky me alentaba y me retaba al mismo tiempo. La cabeza salió en tres pujos y apenas tomó contacto con este mundo, chilló."

Cinco años más tarde, con el cuaderno en la mano, volvía a experimentar el alivio que le trajo ese grito.

"Me la apoyaron en el pecho y ella abrió los ojos enseguida. Pude reconocer esa cara, sentir que era mi hija y le vi también, los ojos de Ezequiel."

Cerró el cuaderno impresionada. No se acordaba de haber escrito eso. Lo guardó en la mesa de luz y se acostó de espaldas, esperando el sueño.

Al día siguiente, pasó a buscar a Amanda y la dejó con Laura. Iba a encontrarse con la hermana de Ezequiel. Se dio una ducha rápida, se cambió y maquilló. No quería ir demasiado arreglada porque no era su estilo, pero cuando pensaba en la Agustina de cinco años atrás, la prolijidad de su peinado, las uñas esculpidas y el rímel espeso todo le parecía poco.

Volvió a considerar la posibilidad de que el chico siguiera vivo y que solo le estuvieran mintiendo. Había subestimado el odio que era capaz de generar en los demás, pero en el último tiempo, no podía abandonar la idea de que esa familia quisiera vengarse. De haber estado en sus zapatos, de haber sido ella la hermana de Ezequiel, hubiera intentado recuperar a Amanda de cualquier manera. Había muchas cosas de las que se podían valer para acusarla de mala madre: trabajaba mil horas, era promiscua, nunca había tenido parejas duraderas. Bastaba con ver a Amanda para darse cuenta de lo mal que comían. En ella no se notaba tanto porque hacía ejercicio, pero ¿y la nena? ¿No era su responsabilidad? Claro que, en comparación con Ezequiel, sus debilidades eran solo morales. Nunca había hecho nada estrictamente ilegal, como violar la orden de alejamiento. Igual, había muchos aspectos de la relación con el chico sobre los que no le gustaba ni siquiera pensar. No podía tolerar, por ejemplo, haber *quedado* embarazada. Magda sabía que lo correcto habría sido tomar ácido fólico seis meses antes, hacerse un examen preconcepcional exhaustivo, un test de enfermedades venéreas. Y no. No había hecho nada de eso y recordarlo, así como cuando hablaba de su relación con los hombres, la acercaba a sus sensaciones de fracaso. No haber formado una pareja en tantos años parecía ser la prueba de toda su ineptitud, su gran cuenta pendiente, pero se daba cuenta de que, a lo mejor, eso nunca había sido un deseo genuino en ella. Cuando

analizaba cómo había llegado a querer un bebé, también se sorprendía. Se acordaba de que las ganas se habían metido en ella de un día para otro, no habían madurado con el tiempo. Habían sido una explosión, como si su cuerpo la hubiera traicionado.

Te aprovechaste de él.

Con Ezequiel había sido desconsiderada, ya no podía negarlo, pero eso no le alcanzaba para dejar de hacerse las preguntas que le habían quedado abiertas. ¿Qué es lo que la hacía culpable en este caso? ¿Qué hubiera tomado una decisión injusta o que los resultados no fueran los que esperaba? No estaba muy segura de la respuesta porque había elecciones que, aunque fueran egoístas, eran mucho mejores que otras. Y si la vida nos dejaba salir indemnes, terminábamos considerándolas buenas.

Deberías haberte hecho inseminar.

A lo mejor Agustina le decía eso cuando la viera. No. Ese era su propio razonamiento. ¿Por qué la chica iba a disociar el sexo de las ganas de tener un hijo? A veces, esos impulsos se confundían.

Además, tampoco podía afirmar que hubiera buscado quedar embarazada. Quizá lo había deseado desde poco antes de conocer a Ezequiel o al mismo tiempo, pero estaba segura de que no había sido del todo consciente, aunque ningún tribunal fuera a darle crédito por eso. Se había acostumbrado a tener sexo sin demasiado cuidado. No parecía compatible con su personalidad, pero era cierto. Muchas veces, se ponía paranoica por las E.T.S. y entonces, corría a hacerse análisis de sangre, pero el susto le duraba poco. No escarmentaba.

—Ayer la re bardeamos —le advirtió un día Ezequiel, al mes y medio de haber empezado la relación. ¿No tenés que tomar la pastilla? Mirá que yo no quiero tener un pibe ahora, ¿eh?

Magda se sintió agredida por sus palabras. “Yo no quiero un pibe ahora” le sonaba a acusación y ella no podía ni siquiera imaginarse una respuesta. ¿Qué iba a decir? Los médicos le habían hablado varias veces de sus pocas chances de quedar embarazada, le parecía que ni siquiera tenía que preocuparse demasiado. Por otra parte, un hijo a su edad ya no le parecía algo tan grave como hubiera sido a sus veinte o incluso a sus treinta.

—No te preocupes —le dijo ella. Tengo un solo ovario funcional y casi cuarenta años. Es imposible que quede embarazada.

Sabía que no había sido un intento de manipularlo, pero al menos tenía que reconocer que no había sido honesta. Quizá por eso, cuando supo que esperaba un bebé, se tomó un tiempito antes de contárselo.

No lo cagaste con eso sino después.

Cerró los ojos y apretó los labios para no escucharse. ¿Todo el mundo tenía esa vocecita adentro que le decía lo peor de sí mismo?

Terminó de pintarse. Miró su reloj pulsera. Era la hora. Sintió un cosquilleo en el estómago y de nuevo, una revelación.

Está muerto, claro que está muerto.

Sabía que lo que estaba por hacer no tenía ni pies ni cabeza, que todo podía salir mal, pero igual, ya había llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás. Aunque no la perdonara, Agustina tenía que valorar su gesto. Había sido cruel, pero al menos, lo iba a aceptar adelante de ella. No quería valerse de ninguna coartada esta vez. Ella no iba a darle eso a la chica.

Carne podrida.

No. Ella le iba a contar lo que había hecho para que Agustina le dijera cuánto le debía.

Mentira. Eso no es lo que te importa.

Sintió que se ahogaba, que ya era tarde para todo. A lo mejor, era una causa perdida. Ezequiel estaba muerto y lo que viniera después no sería más que la secuela del mismo drama.

Tenía que aprovechar esa oportunidad y hacer algo distinto. ¿Pero qué? Siempre volvía al mismo punto. Estaba presa de los mismos argumentos. No había que desear otro pasado porque podía poner en riesgo la existencia de su hija. Solo podía lanzar sus mejores preguntas al futuro y esperar que algún día, llegaran las respuestas.

Se estaba retrasando. Miró el reloj y desconfió. Se le habían ido las ganas de ver a la chica. Quería llamarla para cancelar el encuentro. Sintió que una fuerza externa la retenía.

Es él. Es lo que él hizo en mí.

Le gustaba pensar que las personas sobrevivían dejando su marca en los otros. La forma de Ezequiel había condicionado la suya. Podía reconocer el eco de aquellos días que pasaron juntos en lo que hacía ahora; caminaba sobre sus huellas.

Amanda y Laura armaban un rompecabezas.

—¡¿Dode vas?! —preguntó su hija a pesar de que Magda intentó pasar desapercibida. Terminó de ajustarse el cinturón mientras inventaba qué decir.

—Voy a encontrarme con una chica, a tomar un café.

—Ah…

Laura arrugó la frente, pero ella prefirió no aclararle nada. Amanda volvió a concentrarse en el juego. Magda cruzó el umbral y tomó el ascensor.

Miró su celular. Tenía un mensaje de Agustina que decía que iba a salir diez minutos antes y prefería encontrarla en un bar. El mensaje le resultó extraño, demasiado formal.

¿Y si me pide guita a cambio de mantenerse lejos?

No tenía sentido. Si ellos nunca las habían molestado en todos estos años. Ezequiel no había aparecido ni para reclamar su derecho, ni para cumplir con su obligación. Además, ella la había buscado. La propuesta de verse no había salido de Agustina. La chica había seguido su plan, nada más.

Llegó al lugar en menos tiempo del que había calculado. Encontró un espacio vacío a pocos metros del bar y se bajó del auto. Trataba de no ser impulsiva y a la vez, de reprimir el miedo. Se mordió los labios, sus manos alteradas apretaron el broche de la cartera. Se asomó de refilón al ventanal del local y la buscó. Agustina estaba en una mesa, al lado de otra chica, y charlaban. No había cambiado nada: idéntico peinado, la misma cantidad de maquillaje. El bar parecía caro. Demasiado.

Todavía la puedo dejar plantada.

Aunque la cara de desilusión de la hermana de Ezequiel cuando descubriera que ella no iba a ir era más de lo que podía soportar. O su amargura del día siguiente, cuando recordara que había perdido la última chance de recomponer los lazos con la familia de su hija.

Un paso más y listo.

Estaba dispuesta a tolerar algún grado de maltrato, pero no uno ilimitado. Sabía que debía rendir cuentas, pero a la vez, no se sentía cómoda con que ese balance no se pusiera en palabras. Ya estaba adentro del local. Agustina la reconoció y la saludó.

Al menos, no me detesta.

Se acordó del día que fue a la comisaría a pedir el alejamiento. ¿Cómo había pasado de desearlo a apenas tolerarlo y de ahí a no querer verlo más? Ese era otro de los riesgos que estaba asumiendo de nuevo: que al principio se entusiasmara con la chica y después, se aburriera y se la quisiera sacar de encima. Magda llegó hasta el borde de la mesa y Agustina se paró a darle un beso.

—Estás igual —dijo.

—Vos también.

La amiga la saludó con pocas ganas y siguió contestando mensajes.

—¿Hace mucho que esperan?

—No, no, un ratito nomás.

Magda se sentó, intrigada por la presencia de la otra chica.

—¿Cómo está tu nena? —preguntó y notó que con muy poco el hielo se empezaba a derretir. Podía sacarles palabras a las piedras. Había aprendido a hacerlo en el consultorio con sus pacientes, con sus colegas en guardias interminables.

—Bien. La tengo que pasar a buscar de la mamá de ella después.

—¿No fue al jardín?

—Sí —se metió la amiga. —Pero le dolía la panza. La llamaron y ella le pidió a mi mamá que la retire para no tener que salir del trabajo.

Magda recuperó lo esencial. No estaban solas. Se cuidaban entre sí. Se acordó del mundo de su infancia, el de su abuela y sus amigas del barrio. Las inundaciones. La falta de luz. Toda su imaginación puesta al servicio de la comunidad.

—Ella vive cerca de mi casa, pero más hacia el barrio Rivadavia.

—¿Más hacia Caballito, digamos?

Las chicas se rieron con complicidad.

—¡Pero eso es re lejos!

—¿Y trabajan juntas en Bon Vivant?

—Sí, ella me hizo entrar —dijo Agustina y apretó la mano de la otra. Magda disimuló la curiosidad por saber si eran amigas o novias.

—Contame lo que le pasó a tu hermano, por favor.

Agustina cerró los ojos para pensar.

No tan rápido.

—¿Vos a qué viniste?

—No sé… Hace meses que siento que Ezequiel se me aparece. Me dice cosas.

Agustina y su amiga sonrieron con arrogancia.

—Yo no sabía que estaba muerto hasta que hablé con Rubén —dijo Magda. —Quizá es mi conciencia que me dice que tengo que arreglar lo que rompí.

—¿Y qué rompiste? —preguntaron las otras, pisándose al hablar.

—Nuestra familia —dijo. Agustina se apoltronó en la silla, relajada, como si hubiera ido solo para oírla decir eso.

—Nos encontramos.

—Sí, tantas idas y vueltas por teléfono…

Magda se preguntó si la chica no se estaría guardando lo que de verdad pensaba de ella. Si sería así de generosa hasta el final.

—¿Quién te dio el número de mi tío?

—Un conocido de mi vecino… —dijo, mientras descubría que esa tarde no tenía ganas de ocultar nada.

—Ah.

Magda le hizo señas al mozo.

—¿Ya pidieron?

—Sí, pedimos dos cafés.

—Me pido uno para mí también.

Las tres dejaron de hablar. El silencio se volvió rígido, como si cobrara cuerpo. Magda quería decir algo para evitar una crisis. Reconoció esa ansiedad: era el terror al derrumbe. Su mamá había muerto en un accidente de auto cando ella era una adolescente. Una sola llamada nocturna había alcanzado para que su familia comenzara a vivir como sonámbula de un día para otro. Se acordó de su papá: frenético, primero; depresivo después, hasta el punto de convertir su casa en un asilo de perros. En ese momento, enfrente de esas chicas, se dio cuenta de que tener a Amanda había sido su elección más arriesgada porque desde que había nacido, todo su mundo, su trabajo y sus amigos, se habían apretado en el minúsculo lugar que la nena les dejaba libres. Si la perdía, también desaparecía el sentido que le había dado a su vida hasta entonces. Perdía su presente y su pasado.

—Un capuchino y dos medialunas —ordenó Magda. —¿No quieren algo de comer? Yo invito.

Las chicas aceptaron; el mozo se fue con el pedido y una bandeja con restos de vajilla sucia.

—¿Vos cómo te llamás?

—Daniela.

Magda se hizo sonar los huesos de la mano, una costumbre que había adoptado con Ezequiel. Abrió su celular para ver si tenía mensajes. Agustina y Daniela empezaron a cuchichear entre ellas.

—¿Cómo es que no tienen Facebook ni vos ni Ezequiel? ¿O están con pseudónimo?

—Sí, ¡más bien!

—¿Y cuál es?

—¿Para qué querés saber? ¿Nos vas a estalquear?

—No, no, para nada. Es para ver fotos de tu nena, para mostrárselas a Amanda.

Daniela achinó los ojos con desconfianza.

—¿Pero por qué te interesamos así de un día para otro?

—No sé, me cayó la ficha. ¿Qué hizo tu hermano todos estos años? ¿Con quién se juntaba?

—Con los pibes de siempre. ¿No te acordás?

Magda creyó que sí.

—¿Pero en qué andaba? ¿Por qué lo mataron?

—Para robarle el celular.

—Yo pensé que… ¿O por qué usan pseudónimo los dos en Facebook?

—No tiene nada que ver —dijo Agustina, pero su tono secante no alcanzó para matar esa idea en Magda. Intentó concentrarse; quería evitar que su mente se le dividiera. Sabía que la chica buscaba algo más que eso.

Algo verdadero.

—Yo querría que tu hija y la mía se hicieran amigas. Me gustaría que las podamos juntar de vez en cuando, las llevemos a pasear.

Contale lo que le pasa a Amanda.

—Solo me querés pedir cosas.

Magda se acomodó en la silla, desconcertada.

—¿Qué? Perdoname. ¿Qué te dije?

Hizo un paneo por el bar buscando algo sospechoso. Agustina dio vuelta las palmas para estirar los dedos.

—Le tenés que pedir perdón —dijo Daniela. —Arrepentirse de corazón es lo más importante de todo.

—Estoy arrepentida. ¿No me creen?

—¿No sabés que antes que hablar hay que escuchar?

—Te pedí perdón por teléfono —dijo Magda, confundida y repasó el diálogo completo.

Daniela bufó dos veces. Agustina miró la hora en la pantalla.

—Yo no te iba a atender al principio. Me hacía la gila porque no quería saber nada con vos. Mi hermano me dijo que eras una estúpida. Que ojalá no te habría conocido.

Magda levantó las cejas. Que el chico la considerara una estúpida no estaba en ninguna de sus versiones. En la mejor de todas, Ezequiel seguía vivo y cuando se encontraba con ella, le ponía como única condición que lo dejara ver a su hija cada tanto. Amanda recuperaba a su papá y se volvía extrovertida y sociable. Con la muerte del chico las historias posibles se habían reducido a pocas: él la había perdonado antes de morir y su hermana la llamaba para contárselo, o nunca más sabían nada la una de la

otra hasta que el azar las volvía a cruzar muchos años después. En las versiones negativas, Agustina, su tío y algún otro pariente se complotaban para destruirla y arrebatarle a la nena. En ninguno de sus relatos mentales la despreciaban.

—¿Y cómo sabías que era yo?

—La primera vez que cortaste, ahí nomás me di cuenta.

—¿Y por qué quisiste verme entonces?

Agustina no contestó. Miró a Daniela, que le hizo el gesto de que esperara.

—No sé… mi hermano era un bardo igual. A lo mejor yo habría hecho lo mismo que vos.

Tragó saliva. No sabía si sentirse orgullosa o enojarse. Lo único que faltaba es que la chica se pusiera del lado de la *otra* Magda.

—Nunca la viste a Amanda vos, ¿no? Y no… qué boba. Si no te tengo como amiga en Facebook.

—¡Poné filtros si no querés que te vean todo!

—Uh...

—Mirá… —dijo Agustina y buscó algo en su bolso. Sacó una billetera rosa. La abrió y le mostró una foto adentro de un celofán. Ahí estaba su hija. No podía reconocer el contexto en el que la habían sacado y se dio cuenta de que era un montaje: Amanda, Ezequiel y quien suponía debía ser Graciela, la abuela de su hija. Magda sintió que se mareaba.

—La hice yo, ¿te gusta? —aclaró Daniela.

—Esta es tu mamá, ¿no?

—Sí, unos días antes de morirse.

—En la clínica, ¿ves? Este es el pasillo.

Magda se acercó la foto para ver los detalles, descubrir el truco delator.

—¿Y se la mostraste a Ezequiel?

—Sí, claro. Se emocionó mucho.

—¿Y por qué nunca me buscó en todos estos años?

—Vos le dijiste que se mandara mudar —dijo Agustina.

—Sí, pero igual…

—A lo mejor te tenía miedo. Yo me cansé de decirle que te buscara, que nos trajera a la nena —dejó que se le escapara un gemido.

—Estaba esperando. Todavía no era el momento —dijo Daniela, oscureciendo la voz. Agustina la miró intrigada.

—Y al final…

Magda se interrumpió sola. No tenía ganas de justificarse.

—Ezequiel decía que estabas media loca. Que te ponés histérica por cualquier cosa.

—Soy bastante nerviosa, sí.

El mozo trajo el pedido y lo sirvió en la mesa. Aprovecharon la comida para hacer comentarios triviales sobre las tortas que hacían en ese lugar.

—Tengo otra —dijo Agustina.

—¿En serio?

No estaba segura de querer que eso siguiera, pero necesitaba saber hasta dónde llegaba la información que tenían de ella y de su hija.

—Mirá —y extendió otra foto. Esta vez, aparecía ella con su hija, una al lado de la otra sobre una mecedora de mimbre.

—¿Y las subiste a internet?

—No. Ezequiel no me dejaba. Decía que así nunca iba a poder ver a Amanda. Que él tenía que hacer las cosas bien, y que después, algún día… —se tragó las palabras.

—¿Algún día qué? ¿Qué estaba esperando?

—Juntar plata para salir de la villa, alquilar una pieza más cerca de tu barrio.

Magda se abrió el cuello de la camisa. Se sofocaba.

—Yo no le quise sacar a la nena —se defendió. —Solo que…

—¿Si le pediste el alejamiento? Después de eso él se vino abajo.

—Es que me daba miedo, se ponía como loco cuando le decía que nos separáramos…

—Mirá. Yo misma te dije que mi hermano era un bardo. Y no sé si iba a salir de la villa algún día y buscar a la nena, todo eso. A lo mejor era chamuyo. Pero lo que sé es que nunca te tocó un pelo. Eso, fija, pongo las manos en el fuego. ¿O no? — preguntó dirigiendo los ojos a Daniela. —Todo el mundo lo quería al Eze, no era un golpeador o algo así. Si lo sería, no estaría muerto.

La amiga la abrazó y le batió el pelo.

Aceptá todo lo que te diga.

—¡Son las siete! —dijo Agustina. —Mandale un wasap a tu mamá que ya vamos.

Magda se apoyó contra el respaldo y movió el cuello de un lado a otro, haciendo sonar las vértebras.

—Tengo una foto más.

La imagen mostraba a Amanda frente a una torta de chocolate. Era una foto muy reciente, del último cumpleaños de Magda. Una que le había sacado Ángela y había subido al instante. La nena tenía la mirada torcida, como si estuviera detenida en algo externo al cuadro. En el fondo, Agustina había insertado una foto de ella y de su hija Brisa como dos invitadas a la fiesta.

—Me gusta porque es como que está viendo un fantasma —dijo la chica.

—A Ezequiel —sugirió Daniela.

Magda sintió que una corriente eléctrica le paraba los pelos de todo el cuerpo. Tenía que hablar con Ángela. Decirle que dejara de publicar fotos de ella o de Amanda. Que era una irresponsable, una inconsciente.

—¿Y mi amiga publicó fotos de mi hija abiertas a todo el mundo? No me acuerdo de haber visto estas.

—No, yo las bajé de tu hermano. Las subió hace unos días.

—¿En serio?

—Ahá.

Comprendió que vivía separada del resto en una burbuja anacrónica, solitaria. Este era el mundo, el de ellos, no el suyo.

—¿Y cuándo la vas a traer a la nena? —preguntó Agustina.

Magda no supo qué contestar. Quería, claro que quería, pero a su modo.

—No sé, me gustaría adaptarme primero. Conocerlas de a poco.

—¡Pero si somos su familia!

—Está bien. La próxima vez que nos veamos la llevo —dijo, no del todo segura.

Agustina se limpió el maquillaje corrido. Magda le pidió la cuenta al mozo y abrió su billetera para pagar. Las chicas amagaron con sacar la suya.

—Invitaba yo, ojo.

Daniela se mantenía seria y callada. Después de un rato, habló.

—Nosotros sabemos quién lo mató.

Magda tragó todo lo que tenía en la boca. Una pared se alzó otra vez entre ella y las otras.

—Fue el Mono —dijo Agustina —porque después en el ciber le quiso vender el celu de mi hermano al Toto.

—No se metan con esos pibes, chicas —susurró Magda.

—Además también nos pasó el dato el Tomi, que estaba en la esquina cuando lo mataron.

—¿Y por qué no lo denunció a la policía?

—No quiere nada con la poli.

—Fue el Mono —repitió Daniela. —Todos en el barrio lo saben.

—Me gustaría arrancarle los huevos con las manos, te juro.

Los ojos de Agustina se llenaron de lágrimas otra vez.

—Vos si fuera tu hermano ¿qué harías si supieras quién lo mató?

Magda apretó los dientes. La fricción le hizo doler los oídos.

—No sé… supongo que haría la denuncia. Buscaría pruebas.

—Pero las pruebas ya las tenés.

—¿Cuáles son? No alcanza con lo me dijiste, Agustina.

—Un día me lo crucé al Mono en el almacén del Esteban y se cruzó de vereda. Ni me quiso mirar.

—¿Y qué? Puede que sepa algo y le dé miedo hablar, como a este otro chico, Tomás. Y además, ¿lo vas a matar vos sola?

—Yo no. Pero le podemos pagar a uno para que lo haga —dijo la chica.

Magda sintió que una a una se le acomodaban las fichas de lo que estaba pasando.

—Necesitamos diez mil pesos —dijo Agustina con una voz sedienta.

Magda corrió la silla para atrás, asustada.

—Chicas, sé que la justicia no existe, pero igual, aunque no funcione creo que es mejor que haya un sistema para todos y no que cada uno decida lo que le parece que debe hacer en cada caso.

—No es mucho diez mil pesos para vos —dijo Daniela.

—Pero no es por la cantidad, es porque no me parece que esté bien darle ese uso.

—Hacé de cuenta que te estoy pidiendo diez mil pesos para otra cosa. Para pagar el médico. ¿Me los darías?

—Supongo que sí.

—Bueno, es lo mismo. Esto es lo que yo necesito para seguir viviendo. ¿Me lo vas a dar o no? ¿No éramos familia?

—Pero es peligroso, ¿no lo ves? ¿No ves que quedás en deuda con un asesino a sueldo?

—No quedo en deuda. El tipo cobra eso y yo le voy a pagar. Además, es un conocido. Lo que pasa es que vos ves muchas películas.

Magda se estremeció.

—Estas cosas nunca se terminan.

—Es que para mí ya se terminó —dijo Agustina. Ya sé que está la Brisa y la quiero con toda el alma, pero cuando lo vi a mi hermano en el cajón me quería meter adentro con él.

La chica hizo silencio. Magda deseó nunca haber venido a verlas.

—Me tendrías que haber pedido la plata y listo. No me tendrías que haber dicho para qué era.

Agustina tenía la vista perdida en la ventana, sorda a cualquier explicación.

El mozo llegó con la cuenta. Magda puso su tarjeta de débito y su documento en el sobre de cuero y se lo entregó. Agustina agarró el ticket y se fijó cuánto habían gastado.

—¿No querés que…?

—Dejá, dejá. Por favor.

La chica le agradeció moviendo el mentón hacia abajo.

—Yo tampoco lo veo mucho al padre de Brisa, pero porque él nos dejó. Viste cómo son los tipos.

Magda levantó los hombros y la otra aclaró —Son todos unos garcas.

—¿Y no te podés asesorar en el Juzgado? Porque tenés que pedir la manutención, todo eso… —dijo Magda, aliviada de cambiar de tema.

—Sí, ahora lo voy a hacer, cuando tenga tiempo, son una banda de trámites. Algo de plata me pasa igual.

—Mirá que ahora la tenencia y la manutención son responsabilidad de los dos, ¿eh? No solo la plata sino también el cuidado.

—Cada uno hace lo que puede —acotó Daniela.

El mozo trajo de vuelta la tarjeta y el DNI y señaló en el ticket el espacio para que firmara. Ella garabateó su nombre y se lo devolvió.

—¿Cuándo me la vas a traer a la Amanda?

—Lo antes que pueda —dijo Magda, sorprendida por la insistencia de la chica.

—¿Y la plata? —se apuró Daniela.

—La plata nunca. No cuenten conmigo para eso.

XXII

Llegó tarde al cumpleaños. Las madres se habían amontonado en un rincón del salón. Se guardó el celular en el bolsillo y dejó los abrigos y su cartera en el perchero. Metió el regalo en un baúl de plástico y llevó a su hija hasta el castillo de la habitación de al lado. Le sacó los zapatos y la ayudó a subir. Amanda se cayó de rodillas en el pelotero y pegó un grito.

—¡Mamáaaaaaaaaa! ¡Me pujaste!

En cuanto se dio vuelta, notó que un montón de madres la miraban. Las ignoró y se metió en el cubículo en el que se había caído su nena. La ayudó a ponerse de pie y a trepar por una red. Amanda no apoyaba bien sus piecitos y era tan pesada que tampoco conseguía mantener el equilibrio. Un grupito de nenas se amuchó en la entrada del puente.

—¡Está muy gorda! ¡No puede subir!

Magda se alivió de que su hija no las hubiera escuchado. Probó levantarla desde la cadera, pero Amanda no ayudaba. Se metió en el pelotero y lo volvió a intentar.

Dieta urgente.

Se había puesto ese objetivo tantas veces que le faltaban esperanzas.

Deporte.

No podía llevarla a correr o a entrenarse con la bici con ella. Cuando cumpliera siete, ocho, quizá, pero ¿mientras? La había inscripto en natación, pero Amanda puso el grito en el cielo cada vez que ella o la profesora intentaron meterla en el agua. La mujer tampoco le tuvo demasiada paciencia y al mes y medio de arrancar, ya habían dejado de ir. Amanda se pasaba todo el día en el jardín y cuando volvía estaba demasiado cansada como para empezar otra actividad. Laura, además, le había pedido que no la hiciera salir de la casa con la nena porque no quería asumir un riesgo tan grande, y Magda no podía asegurarle ninguna actividad que empezara antes de las ocho.

Una vez que Amanda llegó al primer piso trepó, ella también, hasta la mitad de la red. Desde ahí estudió el laberinto y buscó los obstáculos que la nena no podría esquivar sola: una rampa demasiado empinada a la derecha, un caño de bombero para bajar de un piso a otro. Más allá de eso, todo parecía sencillo.

Su hija la miró enojada.

—¡Ite, mamá! —le pidió, con insistencia, como si ya se lo hubiera dicho varias veces.

—¿Querés que me vaya con las otras mamás?

La nena dijo que sí y Magda se sorprendió. ¿Cómo no lo había pensado antes? Ella era el obstáculo. Salió del laberinto. Miró a Amanda a través de la red multicolor y

descubrió que la nena se había calmado. No se integraba con los demás, pero parecía contenta. Se acercó a la boca del tobogán y ahí se quedó parada. Otra nena miraba hacia la mesa de los adultos a través de la red y Magda le llamó la atención.

—Ey, Mía, decile a Amanda que se tire, que no le va a pasar nada.

La nena se dio vuelta para encontrarla.

—Tiene miedo.

—Sí, porque nunca se tiró sola. Siempre que vamos a un tobogán yo le sostengo la mano.

—Yo me animo. No tengo miedo.

—Claro, pero Amanda no sabe. ¿No le podés decir que lo haga, por favor? Le contás que vos te tiraste muchas veces y que no pasa nada.

—Tiene miedo de caerse.

—Sí, sí, pero acá no se puede caer a ningún lado porque hay un pelotero. ¿Ves? ¿Adónde se va a caer? Además, las pelotitas son blanditas.

—No, ¡son duras! —dijo la nena y levantó la mano para saludar a alguien que estaba lejos. Cuando la mujer estuvo cerca de Magda lo primero que hizo fue recriminarle que nunca fuera a los cumpleaños.

—Casi nunca —respondió ella. — Es que trabajo mucho. Soy odontóloga.

Se sintió pedante con su respuesta.

—Uh… claro. Tenés un millón de pacientes, me imagino, sobre todo con las porquerías que comen los nenes.

—Ah, no, no atiendo a nenes. Solo a adultos.

La mujer movió los ojos con desinterés.

—¿Querés comer algo?

—Bueno.

—Ahora cuando viene el mozo le pedimos que traiga más coca y sanguchitos. ¿No querés un café o cerveza?

—Café, por favor.

Caminaron juntas hasta la mesa y se sentaron en una de las esquinas.

—¿Magdalena? —una mano la apretó del hombro derecho. —¿Vos sos Magdalena, la mamá de Amanda?

Los ojos que tenía enfrente la eclipsaron. Eran demasiado celestes.

—Sí, sí.

—Amanda se hizo caca en el laberinto. Y encima está descompuesta.

Magda se levantó de un salto. Buscó unas servilletas de la mesa y al mozo, para pedirle un trapo y un balde, pero no lo encontró.

—¿Todavía no controla esfínteres? —preguntó la mujer.

—¡Sí, claro que sí!

—Entonces tiene que hacer antes de salir. No le puede pasar esto en un pelotero.

—No le pasó nunca —se defendió Magda.

De camino, descolgó la cartera y sacó un paquete de toallitas húmedas y una muda de ropa para su hija y las escondió en su remera. No quería que las otras supieran que estaba preparada para algo así.

¿Qué miran, estúpidas?

Amanda lloraba e intentaba salir del laberinto, pero el peso del pantalón mojado le trababa las piernas y la hacía caerse sobre las pelotitas. Los otros nenes iban y venían a los gritos y se tapaban la nariz. Mía se acercó.

—Sacala del pelotero porque no podemos entrar. Hay olor a caca.

—Parece un bebé —gritó otra nena.

Magda pensó que quizá había sido alguna de ellas a su misma edad.

Amanda la vio llegar y estiró los brazos hacia ella. Magda la hizo salir y la llevó al baño.

—¿Cómo te vas a hacer encima? ¡Sos una asquerosa! —le dijo mientras la limpiaba.

—¡Tota!

—Por qué no avisás, ¿eh? ¿A vos te parece? Si te pregunté cuando llegamos: ¿querés hacer pis? Lo que no me imaginaba es que te hicieras caca. ¿Cómo te vas a hacer en el pelotero? Ahora hay que sacar a todos los nenes, ¡un enchastre!

Amanda se enjugó las lágrimas y dijo que tenía hambre.

—Ahora te doy algo. Esperá que termine. Además, estás descompuesta. No podés seguir comiendo tantas porquerías.

—¡Tego hambe! —gruñó y le dio un puñetazo en el pecho.

Magda sintió ganas de abofetearla. A veces, fantaseaba con eso. El celular le vibró en la pierna. Un mensaje de Agustina preguntándole si quería ir al parque algún día del fin de semana. Lo cerró sin contestar. Después del encuentro del otro día, necesitaba más tiempo para pensar qué haría con esa chica.

—¡Quedo comed ahoda mimo! —pidió Amanda a los gritos.

Magda prefirió complacerla antes que llamar de nuevo la atención. Caminaron hasta la mesa y se sentaron, lejos de todos. Magda le sirvió Sprite y le dio dos porciones

de pizza sin salsa. La nena las tragó casi sin masticar. Después, tomó un trago de gaseosa y estiró su manito reclamando las papas fritas del centro de mesa. Magda se las negó, pero le dio a cambio media empanada de pollo.

No negar, reducir.

Si ella le trozaba las porciones, la nena comía menos que si la dejaba sola. Unas mellizas se acercaron y se devoraron los sanguchitos que quedaban en el plato. Llenaron dos vasos con coca y se los tomaron. Eran muy flacas y altas. Magda se rio al imaginar que su madre las haría pasar hambre en la semana para darles libertad en los cumpleaños.

Volvieron a casa antes de que rompieran la piñata, así por lo menos habría unos cuantos caramelos que su hija no comería. Sabía que a ninguna de las otras madres le importaba si se iban o se quedaban, pero igual se disculpó ante todas por apurarse.

Llegaron a la casa a las ocho y media. Desvistió a Amanda y la metió en la bañadera. Puso sales y espuma y le arrimó sus juguetes para el agua. Se sentó sobre el mosaico húmedo y frío con los auriculares y se largó a llorar.

A eso de las doce, le escribió a Agustina por WhatsApp.

"¿Este domingo a la tarde te parece bien?"

El mensaje tuvo el visto al instante. El tiempo que se tomó la chica en contestarle la llenó de dudas.

"Dale"

No tenía por qué preguntarle si todavía esperaba que le diera la plata. Agustina tampoco lo había hecho.

El domingo, Magda las detectó a lo lejos, en la entrada del centro cultural del parque. A medida que avanzaba hacia ellas, recordaba cada lugar con más detalle: el vivero repleto de araucarias y palmeras, la Chacra de los Remedios, la pileta vacía. Los pies se le hundían en la tierra húmeda. El fajón de billetes le golpeaba la cadera.

Ya no sentía miedo. Una fuerza arrolladora la había llevado a ese lugar y no se creía capaz de pararla.

Agustina las reconoció en la distancia y dijo "hola" con la mano. Magda miró a su hija y se preguntó si ya habrían germinado en ella los reproches, los sentimientos que no le perdonaría. Estaba a pasos de enterarse de todo.

Ella es tu tía y ella es tu prima. Tu papá no va a venir nunca.

Se consoló pensando que al menos, algún día podría contarle que ella y Agustina habían vengado su muerte.

No les vas a dar nada. Ni un solo peso.

Ya estaban a menos de quince metros de las otras. Leyó en el piso el lema del parque: “la vida es movimiento”.

Cara a cara, Agustina no la había hecho acordarse de Ezequiel, pero ahora que veía a Brisa, se daba cuenta de que la nena era la versión de él en femenino y que era muy parecida a Amanda. Los ojos grandes; las cejas tupidas; las piernas apenas chuecas. Se saludaron con un beso. Amanda le soltó la mano y se acercó a la otra nena, que también fue hacia ella. Agustina las acarició y formó una ronda. Magda sintió un pequeño desgarro, una expulsión.

—Ella es Brisa —dijo Magda, pero la nena no la registró.

Amanda y su prima caminaron hasta una rayuela; las dos madres se quedaron atrás. Agustina las observaba con la entereza de quien sabe lo que va a pasar.

Magda se acercó a su hija y le hizo cosquillas en la nuca. Se agachó para besarla y esconderse atrás de ella antes de hablar.

—¿Vamos a sentarnos allá? —propuso Agustina.

—Amanda no se queda mucho sentada. No sé tu nena.

Se dio cuenta de que esa no había sido una buena forma de nombrarla. Tenía que entrar en confianza.

—Brisa.

Agustina caminó hacia la sombra de los árboles con su hija de la mano. Magda se acordó de la insolación que habían sufrido con Ezequiel y se apuró a cubrir a las dos nenas con bloqueador.

—Brisa no usa.

—Por las dudas.

—No usa, dejala.

Magda esperaba que la chica le recriminara algo de su actitud arisca de los días anteriores. Brisa soltó a su mamá y se unió de nuevo a Amanda.

—No vino tu amiga.

—¿La Dani? No.

—¿Por qué? —preguntó Magda, pero no estaba segura de querer saber. No tenía ganas de que se fueran por las ramas, se pasaran toda la tarde esquivando lo fundamental.

—Es que me peleé con ella. Eso justo te iba a decir.

—¿Qué cosa?

—Del Tomi, ¿te acordás? El que dijo que lo había visto al Mono que lo mató al Eze.

Magda dijo que sí pero dudaba.

—Yo me di cuenta que me estaba chamuyando.

—No entiendo nada.

—Ella me llenó la cabeza, los dos. Porque el Tomi anda con la Dani ahora. Yo cuando lo vea lo mato. Con lo que lo quería el Eze. Y a ella le hice la cruz.

—Empezá desde el principio, Agustina —dijo Magda.

—Que mandaron fruta, lo de la plata para matarlo, todo. Nadie sabe nada. Y al Mono se la tenían jurada unos transas del barrio y por eso le metieron dos corchazos el domingo. Apareció muerto en frente de la parroquia.

—¿Seguro no lo mató la policía? —preguntó Magda como por inercia.

—A seguro se lo llevaron preso.

Magda buscó a las nenas a lo lejos. Trató de encontrar en ellas la dirección de lo que iba a decir. El origen. El final.

—La verdad es que este tema ya me da mucho miedo.

—Si mi hermano estaría ahora, le pondría los puntos a ese gil y a la zorra de Dani.

—O sea que Daniela y su novio te hicieron creer que sabían quién lo había matado para que les des la plata.

Agustina dijo que sí con una timidez que no parecía natural en ella.

—Y el Mono no tenía nada que ver.

—No, pero se la tenían jurada y el Tomi lo sabía.

—¿Y a quién te dijeron que le iban a pagar para matar al Mono, entonces?

—La Dani batió que tenía un contacto pero que no me lo decía para no hacer bardo, para protegerme, supuestamente —dijo Agustina entrecomillando las palabras "contacto" y "protegerme". —Yo sola me trago ese sapo.

—Bueno, pero no te lo tragaste. Te diste cuenta antes de darles un peso.

Agustina levantó los hombros. Magda sintió una extraña decepción. Palpó los billetes con disimulo.

—No me di cuenta. Le vi unos mensajes a la Dani en el wasap.

—Ah.

Caminaron un tramo en silencio. Las nenas se sentaron en el pasto. Brisa sacó unas muñequitas de una cartera que llevaba colgada y se las mostró a Amanda. Después, las guardó, celosa.

—¡Prestale una! —gritó Agustina.

La nena dijo que no y Amanda lloró lo más fuerte que pudo.

—¡Amanda! No grites así. Ya te las va a dar —dijo Magda.

Agustina se incorporó en un solo movimiento y empujó a su hija.

—¡Prestale una, Brisa, la reconcha de tu madre!

La nena no le hizo caso. Agustina se puso furiosa y le arrancó una muñeca de la mano.

—Pendeja del orto —dijo, apretando los dientes para que no se la oyera —si te digo que le des la muñeca, se la das.

Estiró su brazo hacia Amanda, que dejó de llorar. Brisa empezó a correr por el parque.

—Vení para acá que no terminé.

La nena dio tres pasos hacia atrás con una mirada desafiante.

—No me saqués, pendeja de mierda, que te voy a cagar a palos.

Magda se paró para calmar los ánimos.

—Ya está, Agustina, pará un cacho… No es para tanto.

—Es mi hija, no te metás.

—Bueno, pero estás exagerando. Vinimos a pasar un rato tranquilas.

—Yo a vos no te digo lo que tenés que hacer con Amanda. Y eso que…

Y eso que está gorda, que no habla, que es una caprichosa…

No quería oír de la boca de esa chica el desprecio por su hija, reconocer en sus ojos el rechazo al que Amanda ya se había acostumbrado.

—Y eso que es más sobrina mía que Brisa tuya —dijo Agustina.

—¿Más sobrina que qué?

No sabía cómo terminar la frase. Quiso abrazarla.

—Sí, eso, que es más sangre mía, ¿no? Brisa no es de tu sangre, pero Amanda sí es de la mía.

Magda asintió. Agustina le devolvió una semi sonrisa. Después, se sentó en el césped y sacó una bolsa que traía guardada en la mochila. Dentro de la bolsa, un taper con tortas fritas. Un paquete de yerba. Azúcar. Una bombilla de las chinas y un mate de metal. Magda desenvolvió una bandeja con masas secas y se sentó sobre sus talones. Le hizo un gesto a Brisa para que se acercara y arrastró desde los pies a su hija, que jugaba con la muñeca, indiferente a todo lo demás. Brisa se sentó al lado de su mamá y apretó el juguete con fuerza.

Agustina cebó mate, eligió una torta frita del montón y ofreció el resto.

—No, gracias.

—¿No te gustan?

—Sí, sí, pero no tengo hambre.

—Tas nerviosa.

—No…

Sabía que Agustina buscaba algo. Acercarse, por lo menos.

—¿Y vos por qué viniste hoy?

Magda comprendió que todavía no había hecho ningún esfuerzo. Era la otra la que lo estaba haciendo.

—Te traje la plata —dijo en una voz casi inaudible.

Agustina aspiró una gran porción de aire, como si bostezara.

—Ya te dije que…

—Sí, ya sé, pero igual te la quiero dar.

La chica tenía los dedos de las manos cruzados sobre las piernas.

—Les va a venir bien, para lo que sea. Es plata que yo ahora no necesito —dijo Magda y con el mayor disimulo posible cubrió el fajón con un suéter y se lo dio. Agustina lo guardó en la cartera sin dejar de mirarla.

—Perdón por lo que les hice…Yo no sé qué pensaba… que yo sola iba a poder darle una buena vida a Amanda.

La nena dejó la muñeca de lado. Reconoció su nombre. Puso atención en las palabras que siguieron.

—Me gustaría que fuéramos al cementerio juntas un día —propuso Magda.

Agustina le agarró la mano y le dobló los dedos hacia adentro. Rodeó el puño con toda la palma. Ella recordó el gesto. Con Ezequiel hacían lo mismo.

—Yo te quería pedir una cosa también —dijo la chica.

Magda se acomodó sobre sus talones. Era toda oídos.

—Que le pongas a Amanda el apellido de nosotros: Linares. Amanda Linares Balmaceda.

Magda se frotó el paladar varias veces. Las nenas se levantaron y se fueron a los juegos.

—No sé cómo se hace el trámite, pero seguro que se puede.

—Ahora sí que somos una familia, ¿no? —dijo la chica con el último bocado.

Magda eligió el silencio para darle a entender que podía creer en eso. No sabía cuánto tiempo serían capaces de sostener el entusiasmo y el interés, pero se necesitaban y ya no se tenían miedo. Le pareció que con eso alcanzaba.

Fin

Buenos Aires, junio de 2015-diciembre de 2016

AGRADECIMIENTOS

A Abel Franzen y Mario Castells, por confiar en este texto.

A Martín Lojo, por su amor e inteligencia. Por ayudarme a pensar lo que quiero escribir.

A Diego Puig, por ser un excelente tallerista, editor y amigo. Por su prólogo.

A Sabrina Lara, por su tremenda puntería y por ayudarme a encontrar matices.

A Andrés Beláustegui, por insistirme en que lo importante no es publicar sino escribir.

A Norah Longo y Ana Paula Romano, por responder mis consultas sobre odontología.

A Juan Irusta, por su perturbador arte de tapa.

A María Ayelén Decuzzi, por sus sugestivas propuestas visuales y sus inspiradores collages.

A Gladis Aressi, por el asesoramiento en algunas cuestiones legales y su optimismo y afecto contagiosos.

A Soledad Gall, porque sentí como un abrazo que leyera esta novela en las horas que dura una tarde.

A Analía Godoy, porque encontró las líneas que yo creía que no se veían.

A Federico Lastra, por las devoluciones de su mente singular.

A Victoria Fernández, por estar siempre un paso más allá y un poco al costado.

A Martín Goiri, por la óptica cinematográfica.

A Milton Läufer, por un audio de 16 minutos sobre el primer capítulo. Y por encontrar a tiempo un montón de errores.

A Rosa Gisbert Díaz, porque es la voz de alerta que escucho cuando escribo.

A Pablo Klappenbach, por aportarme siempre algo desde la diferencia.

A Victoria Patience, por su mirada implacable.

A Héctor Marteau, por darme un voto de confianza.

A mi papá, por criarme con libertad, pero sosteniendo siempre el carrete.

A mi madrina Inés, que me cuidó en los largos veranos santafesinos.

A mis hijos: Genoveva y Ramón, mi eterno presente; a mis hermanos: Gabi, Fede y Manu, por nuestra alianza.

A Analía Martínez, cuyo trabajo hace posible mi trabajo. A mi mamá, que vive en mí; a mis primos, tíos, suegros, cuñados y a todos mis amigos, las redes imprescindibles.



Rapaz by Lorena Inés Gall is licensed under a Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional License.

ISBN 978-987-86-1834-0